

LA REVISTA DE SUSCRIPCIÓN GRATUITA MÁS LEÍDA POR LAS FAMILIAS CATÓLICAS DE ESPAÑA

Misión

Guía

Una
brújula para
orientarte en
la literatura

JOYAS
LITERARIAS
PERFECTAS PARA
DISFRUTAR...
O REGALAR

LOS AUTORES DE
SIEMPRE, COMO
NUNCA TE LOS
HABÍAN CONTADO

AUTORES
IRRENUNCIABLES

50

ENTREGAS
DE NUESTRA
BIBLIOTECA
IMPRESINDIBLE
PARA
LOS AMANTES
DE LOS BUENOS
LIBROS

MANUAL DE SUPERVIVENCIA LITERARIA

¿Quieres leer, pero no sabes por dónde empezar? Descubre nuestra *Biblioteca imprescindible*: la selección que, con muy buen pulso, ha escrito a lo largo de cincuenta ediciones de *Misión* el poeta Enrique García-Máiquez. Encontrarás muchos y muy variados libros y autores que merece la pena leer.

La BIBLIOTECA imprescindible de Enrique García-Máiquez

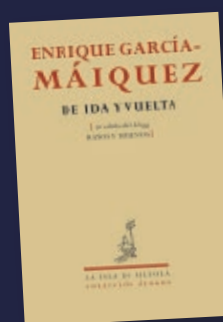
Enrique García-Máiquez no necesita presentación en *Misión*. Ha sido columnista de esta casa desde el primer número y, desde la edición número 29, además, comenzó a regalarnos –porque es un regalo– su Biblioteca Imprescindible. De aquella iniciativa ya van cincuenta entregas que hoy reunimos en esta quinta edición de nuestras guías *Misión*. Una guía también imprescindible para quien quiera adentrarse en la literatura sin perderse en el intento ni salir peor de lo que entró.

Su currículum diría que es poeta, articulista, crítico literario y profesor. Todo eso es verdad, pero se queda corto. Sería más justo llamarlo observador bienhumorado de la realidad, comentarista del espíritu de las cosas, aprendiz entusiasta de sus hijos y de su mujer y, sobre todo, hidalgo caballero. No en vano, al hablar en su biblioteca de los manuales de caballería, nos recuerda que lo que se exigía a quienes aspiraban a ser armados caballeros en los grandes siglos de su esplendor coincide, en buena medida, con lo que hoy deberíamos exigirnos a nosotros mismos. Él se lo exige –con naturalidad, sin aspavientos– y por eso resulta tan grato trabajar con él... y, claro está, leerlo.

Murciano de nacimiento por parte de madre (1969), es gaditano del Puerto de Santa María por familia paterna y porque desde 1969 ha vivido allí.

El hilo conductor de su vida es la lectura, junto con otra pasión que la ilumina: la fe en Dios. Durante años ha sido columnista habitual del Diario de Cádiz y del grupo Joly, escribe en el blog *Leer por leer*, y ha publicado varios poemarios y libros de aforismos. Su lectura, por cierto, debería dispensarse con receta médica: no por peligrosa, sino por sus probados efectos beneficiosos sobre el alma y el buen gusto.

Fotografía: Fito Carreto



Carta a los lectores

Tienes *aquí* una bellísima obra de nuestro colaborador **Enrique García-Máiquez**. La novedad es que –a diferencia de sus demás publicaciones– esta es una recopilación de su sección *Biblioteca Imprescindible*, editada en el formato de nuestras guías precisamente porque son textos que, número a número, han ido apareciendo en la revista *Misión*.

Con esta nueva guía *Misión*, además de poner en tus manos una auténtica joya literaria, queremos rendir un homenaje a Enrique porque, aunque por esta casa han pasado agudos periodistas, grandes colegas y firmas geniales, ninguno ha escrito –y, lógicamente, no podrá hacerlo– en todos y cada uno de nuestros números.

Haciendo gala de sus mejores dotes de hidalgo caballero, Enrique es nuestro único *invictus*. ¿Verdad que tiene un mérito extraordinario? Desde que **José Ángel Agejas** (ver p. 5 de esta guía), miembro también perseverante de nuestro consejo editorial y asesor infatigable, invitó a Enrique a escribir una columna para una revista católica y familiar naciente, García-Máiquez ha permanecido constante y entusiasta. Con el tiempo, además de su columna, surgieron otras colaboraciones, como su *Biblioteca Imprescindible*, de la que aquí reunimos las primeras cincuenta entregas, con la ilusión de que lleguen a ser muchas más.

Pero esta guía no contiene simplemente una selección de cincuenta autores o de cincuenta libros muy bien seleccionados. Abarca un abanico mucho más amplio. De algunos autores, Enrique cita varias obras; de otros, subraya una en particular, más allá de la extensión de su producción literaria; y hay libros que le sirven de pretexto para remitir a otras lecturas igualmente provechosas y deleitables.

Y, aunque cada una de las bibliotecas aquí recogidas es única, todas comparten esa deliciosa manera de penetrar en la literatura, tan propia de

Esta biblioteca es la historia literaria del hidalgo –cuerdo, muy cuerdo, alto y profundo– Enrique García-Máiquez

García-Máiquez: la mirada de un hombre que, además de poseer un gusto nato por la lectura y una capacidad de olfatear a leguas lo bueno, sabe descubrir los destellos de la Pluma de las plumas, incluso en aquellos escritores que aún no han recibido el regalo de la fe.

Además, Enrique se mueve como pez en el agua entre poemas, novelas, ensayos, obras de teatro, cuentos... con los ojos siempre nuevos de quien se asombra ante los destellos de verdad, bondad y belleza que contienen, y nos ayuda a degustar cada libro bajo la

óptica correcta. Y no es de extrañar, ya que, cuando en *Misión* quisimos entrevistar a Enrique precisamente para celebrar otro cincuentenario, nuestra edición número 50, él mismo nos decía que la literatura ha sido “el hilo conductor” de su vida y que siempre se había sentido “especialmente feliz leyendo”: “De una tarde leyendo nunca me he arrepentido. Disfruto mucho de vivir, y la literatura me parece el condimento perfecto de la vida”. ¡Olé!

Ha sido una dicha realizar este trabajo de la mano de Enrique: releer cada biblioteca y revisarla para asegurarnos de hacerla atemporal, es decir, que comparta ese palpito de eternidad que contiene a su vez la buena literatura. A medida que avanzábamos, confieso, me asombré al descubrir que todos estos textos formaban un único mosaico, que las cincuenta bibliotecas configuran una sola historia: la historia literaria del hidalgo –cuerdo, muy cuerdo, alto y profundo– Enrique García-Máiquez. Por eso, en lugar de reclasificar estas colaboraciones por géneros o autores, hemos mantenido, no totalmente, pero sí en gran medida, el orden cronológico en que fueron apareciendo desde el número 29 de *Misión*. Y aquí las tienes para degustarlas.

Gracias de nuevo, Enrique, por este extraordinario trabajo. Y a ti, lector, te deseo que lo disfrutes. ¡Buena lectura! 📖



Por **Isabel Molina Estrada**
directora@revistamision.com



Misión www.revistamision.com

Edita: Fundación Logos, vinculada al Regnum Christi y a la Universidad Francisco de Vitoria • **Directora:** Isabel Molina Estrada, directora@revistamision.com
Consejo editorial: José Ángel Agejas, Ángel Barahona, Amalia Casado, Javier Cereceda, LC, Isabel Molina Estrada, Paulina Núñez, Alberto Ramírez, Álex Rosal y Daniel Sada • **Ilustraciones recopiladas en esta guía:** Silvia Álvarez, Loreto Fernández, Marta Jiménez, Julián Lorenzo, María Olguín, Javier Ugarte y Rikki Vélez • **Fotografía:** Fito Carreto • **Corrección ortotipográfica y de estilo:** Francisco Rodríguez Criado • **Publicidad:** Viviana Mourgeon, publicidad@revistamision.com • **Responsable de marketing y fundraising:** Javier Ugarte • **Donativos:** María José Arranz, donativos@revistamision.com
Gestión de base de datos: José María Peña • **Suscripciones revista Misión:** Daniel Santos, suscripciones@revistamision.com, Tel.: 900 31 34 34
Webmaster: Christine Davies/Oficina de Comunicación del Regnum Christi en España • **Dirección postal:** Calle Praderas 1, 28221 Majadahonda, Madrid, España • Tel.: 91 110 13 32 • **Envíanos tus comentarios a:** redaccion@revistamision.com

Sumario

Guía Misión

Nuestro manual de supervivencia literaria

Narrativa



Poesía



Filosofía



Grandes autores



Humor



Pensamiento cristiano



- 8 Andrés Trapiello: Cotidiano extraordinario.
- 9 Gilbert K. Chesterton: El escritor total.
- 10 Nicolae Steinhard: Felicidad contra viento y marea.
- 11 Jane Austen: Novelas que enseñan a vivir.
- 12 Phyllis Dorothy James: El crimen sería no leerla.
- 13 Evelyn Waugh: Fresas, fe y champán.
- 14 La generación del 14: De cero a diez, ¡atorce!
- 15 Teresa de Jesús: Santa, fundadora y prosista.
- 16 Fabrice Hadjadj: Polvorín de ideas.
- 17 Dante Alighieri: Poesía para el Paraíso.
- 18 Wisława Szymborska: Poesía de alta velocidad.
- 19 Wallace Stegner: Oficio, tiempo y misterio.
- 20 Juan Manuel de Prada: Tinta infernal y plumín angélico.
- 21 Shakespeare y Moro: Dos gigantes en un libro breve.
- 22 Joseph Pearce: Una conversión aprendida.
- 23 Miguel de Cervantes: No el más alto ni el más ancho... El más hondo.
- 24 Isak Dinesen: Señorío y selva.
- 25 Nicolas Gómez Dávila: Precisa precisión preciosa.
- 26 José Jiménez Lozano: Un clásico contemporáneo.
- 27 Julian Ayesta: El verano para siempre.
- 28 *La sociedad literaria y el pastel de piel de patata*. Libro al cuadrado: un libro sobre libros.
- 29 *Clean Romance: Contra mundum*.
- 30 Robert Hugh Benson: Profecía de rabiosa actualidad.
- 31 Novela de aventuras: Se buscan héroes y heroínas.
- 32 Cuentos jasdicos: La bondad, la fe y la risa.
- 33 Alejandro Casona: Teatro muy vivo.
- 34 Jorge Manrique: La muerte no es el final.
- 35 Benito Pérez Galdós: España nueva y eterna.
- 36 Maurice Leblanc: Arsène Lupin, ladrón de nuestro interés.
- 37 John Senior: Contra las ideologías.
- 38 Mercedes Salisachs: La fortuna del hijo.
- 39 Miguel Delibes: La intrincada sencillez.
- 40 Premio Adonáis de Poesía Joven: La poesía es el premio.
- 41 Ramiro de Maeztu Whitney: Un futuro en español.
- 42 P. G. Wodehouse: La risa es una redención.
- 43 Mary Shelley: Quien avisa no es traidora.
- 44 Helene Hanff: Los libros de una vida y viceversa.
- 45 Antón Chéjov: Médico también del alma.
- 46 Manuales de caballería: De imperiosa necesidad.
- 47 Diego de Saavedra Fajardo: Política para católicos.
- 48 Chesterton y el Aquinate: Architomasiano y protochestertónico.
- 49 Los Salmos: Biografía íntima de Cristo.
- 50 J.R.R. Tolkien: Épica y filología.
- 51 Poesía religiosa: redundancia.
- 52 Villancicos: El género angélico.
- 53 José Miguel Ibáñez Langlois: Sacerdote y, además, poeta.
- 54 Oscar Wilde: La vida es un sacramento.
- 55 Charlotte Brontë: Libertad, Providencia y matrimonio.
- 56 Delphine de Vigan: La memoria misericordiosa.
- 57 Blanca García-Valdecasas: Más fuerte que la muerte.

¡Qué bello es leer!

Y sin embargo cada día me encuentro más con alumnos que me dicen: “Ya no necesito leer, la IA me resume todo lo que necesito saber de los libros”. ¿Todo? ¿Seguro? ¿Cómo lo sabes? Es más, ¿cómo sabes lo que necesitas? ¿Cómo has llegado a esa conclusión? ¿También te lo ha dicho la IA? Y ella, ¿de qué te conoce?

Vivimos en la era del sucedáneo. En muchos sentidos: hologramas en vez de cantantes, edulcorante en vez de azúcar, simuladores en vez de vehículos reales, redes sociales en vez de encuentros de amigos, materiales sintéticos en vez de madera y piedra... A estos ejemplos, y otros muchos que a todos se nos vienen a la cabeza, se añaden las tareas que hemos delegado en las máquinas que nos hacen la vida más sencilla –aprovecho para dar las gracias a la lavadora y el lavavajillas–. Corremos el riesgo de no percatarnos de que no solo hemos abandonado los trabajos incómodos que hacemos, sino que también vamos diluyendo dimensiones esenciales de lo que somos. Resulta que después de siglos de lucha por alcanzar la alfabetización universal, cuando muy pocos se quedan fuera del acceso a la cultura por no saber leer, una inmensa mayoría de nuestros contemporáneos han dimitido de leer. O le piden a la IA que les resuma los libros. Se nos está olvidando la inmensa riqueza de qué es y cómo leer.

Invertir en una biblioteca parece cosa del pasado. Y, sin embargo, en estos tiempos de platos precocinados, realidades virtuales, inteligencias artificiales y géneros fluidos, las páginas de



“Cada página de García-Máiquez, como cada libro, es un gesto caballeroso y caballeresco; una defensa valiente del oxígeno de sus valores ante el ambiente cultural que nos asfixia”

los libros nos sumergen en la realidad. ¿Aunque hablemos de ficción? ¡Incluso más en ese caso! Una buena ficción nos permite zambullirnos para disfrutar de un refrescante baño de la realidad profunda de lo auténticamente humano, nos recordaba **Tolkien**. O como sintetizó **Ángel González** en su poema “La verdad de la mentira”: Al lector se le llenaron de pronto los ojos de lágrimas, y una voz cariñosa le susurró al oído: –¿Por qué lloras, si todo en ese libro es de mentira? Y él respondió: –Lo sé; pero lo que yo siento es de verdad.

En *Misión* tenemos la suerte de contar con la guía de otro gran poeta y escritor español que, además de deleitarnos con su prosa pegada a la cotidianidad, nos regala reportajes con claves para crear nuestra propia biblioteca. Si no física porque no nos compramos todas las obras para las que nos abre el apetito, por lo menos para saber qué libros pedir prestados y no perdernos por nada del mundo.

Recogemos aquí en una guía imprescindible algunas de esas páginas dispersas a lo largo de tantos años. Es un tesoro, una especie de manual de supervivencia literaria en medio del tsunami de la IA y las pantallas. Autores clásicos y modernos, nacionales y extranjeros, creyentes y buscadores... En sus obras se palpa el aliento de lo humano, del deseo de Trascendencia. Con ellos aprendemos a querer el bien, a gozar con el amor, a rechazar las insidias del mal, a entristecernos con la injusticia..., a anhelar la Eternidad.

Cada página de **Enrique García-Máiquez**, como cada libro, es un gesto caballeroso y caballeresco. Una inclinación reverente ante el genio del escritor que nos presenta y una defensa valiente del oxígeno de sus valores ante el ambiente cultural que nos asfixia.

¡Qué diferencia hay entre leer y leer! El maestro **Azorín** distinguía entre los que leen para saber y los que leen para sentir... Ninguna IA, por más libros que maneje en sus memorias de datos, sabe nada de lo que en ellos se contiene..., y mucho menos podrá sentirlo ni saber lo que se siente. Leamos para saber, para sentir y, sí, también para saber sentir. Y ese saber, querido lector, nunca lo tendrá una IA. Atrévete a saborearlo. ¡Qué bello es leer! 



Por José Ángel Agejas

Catedrático de Ética. Facultad de Comunicación.
Universidad Francisco de Vitoria

“Tolle et lege”

El primer lector gratamente sorprendido de esta recopilación de mis artículos literarios soy yo. Espero no ser el último. Mi sorpresa se explica porque los mandaba siempre con la sensación de haberme quedado corto. ¡Había tanto que decir de cada libro y el exiguo espacio de la página, impertinente, imponía sus límites, aumentados por ilustraciones, sumarios, títulos y recuadros! En resumen, no podía explayarme.

Por tanto, cuando nuestra directora, Isabel Molina, me propuso la edición conjunta lo achaqué a su generosidad y a su amor a la literatura. Sin embargo, ahora que los he releído, veo que Isabel –como suelen tener razón. Espero que me perdonen esta vanidad con la excusa de que es sobrevenida y de que me ha cogido por sorpresa. Además, es ajena. Si existe la vergüenza ajena, con más motivo tendremos que admitir la vanidad delegada.

Estoy orgulloso de estas páginas no por haberlas escrito, sino por los

libros que he leído. Y porque, comprimidas por los límites, trazan una veloz diagonal de alfil o un inesperado salto de caballo. Son aperturas de ajedrez. Después, la partida ha de jugarla el lector con la obra. A veces el problema no es que una reseña haga un *spoiler*, sino que el crítico agote, no el argumento, pero sí la interpretación. Aquí eso no pasa (porque yo no tenía espacio, por fortuna).

“Sin jugar en la primera división del Parnaso, éstas son lecturas deliciosas que hacen mucho bien al alma y que, además, nos preparan para leer, releer o revivir a los clásicos”

La segunda ventaja también vino impuesta. Si me llegan a avisar de que mis reseñas se iban a reunir en un especial tan cuidado como éste, el temor reverencial me habría envarado y me habría ceñido al canon.

Planeando la sección número a número, de vez en cuando nos permitíamos libros más ligeros, por gusto o por alguna efeméride. Nuestro admirado **John Senior** lo

habría aprobado. Él diferenciaba entre los cien grandes libros –honda reverencia– y los mil libros buenos –sonriente gratitud–. Éstos, sin jugar en la primera división del Parnaso, son lecturas deliciosas que hacen mucho bien al alma y que, además, nos preparan para leer, releer o revivir a los clásicos. Esa teoría me la sé de sobra y la aplaudo, pero confieso que, de haber visto venir esta selección, me habría acogido a lo canónico. Ahora, sin embargo, me alegra este equilibrio juguetón entre autores de todos los tamaños, pero siempre buenos.

¿Se me disculpará este pequeño orgullo sabiendo que las dos grandes virtudes de estas páginas han sido involuntarias? Y los recuadros, sumarios, títulos e ilustraciones, además de recortarme el texto tanto como convenía, lo acompañan de maravilla. De todo, los beneficiados serán ustedes.

Lo que he descubierto gracias a la serendipia tendría que haberlo visto yo mismo, con tal de haber recordado a mis clásicos. Cuando **Agustín de Hipona**, a punto de convertirse, oye una voz que le insta a leer, ésta no le hace una crítica minuciosa ni le prescribe un prestigioso canon. Sólo ordena: “*Tolle et lege*”, toma y lee. Si estas páginas les animasen a coger alguno de estos títulos, yo ya puedo darme por satisfecho. El resto está en las mejores manos: las suyas. Y en los mejores libros: éstos. 



Por Enrique García-Máiquez

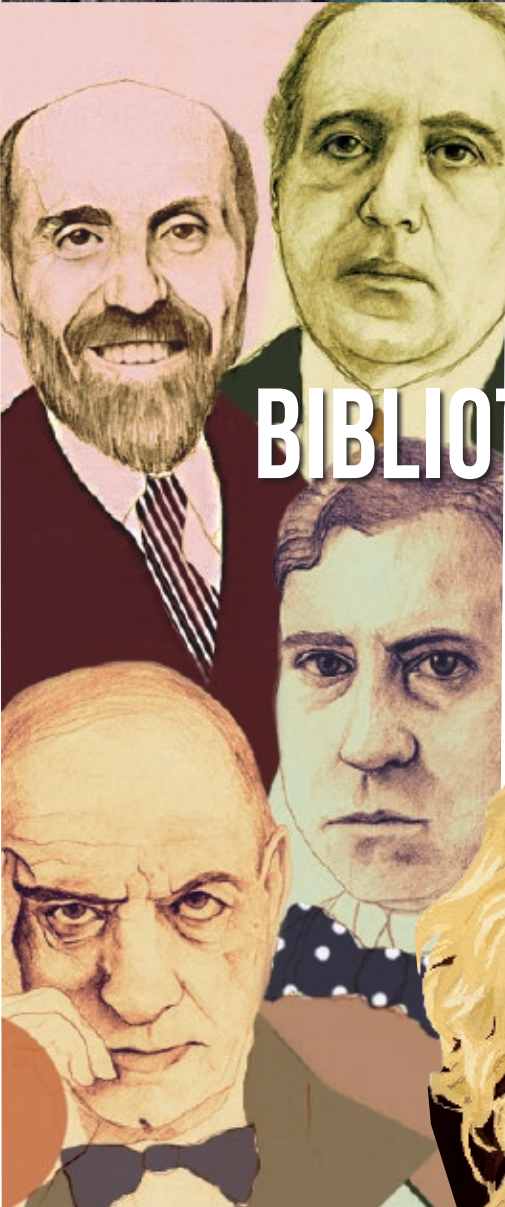
www.egmaiquez.blogspot.com



50 ENTREGAS DE



**NUESTRA
BIBLIOTECA IMPRESCINDIBLE**





Fotografía: Rafael Trapiello

Mucha **compañía** y **miseria** ninguna

Sería una lástima que a ustedes se les pasasen por alto los diarios de **Andrés Trapiello** (Manzaneda de Torío, León, 1950). El movimiento reflejo tras titular una sección “Lecturas imprescindibles” es irse, como poco, a la *Divina comedia*, pero lo de **Dante** ya se lo saben ustedes. En cambio, explicar por qué *Salón de pasos perdidos*, el “conjunto de los diarios” de Trapiello, es una de las grandes obras de nuestro tiempo puede ganarle algunos lectores, que nos lo agradecerán toda la vida.

EN UNA revista católica como *Misión*, hay que advertir de que **Trapiello** se muestra anticlerical algunas veces, pero son las menos y hemos de perdonárselo, siquiera sea por hacer honor a aquello de que seremos juzgados con la misma medida con que hayamos juzgado. Él, como crítico y editor, ha prestado una valiente atención a los buenos escritores católicos. Le debemos la recuperación de **Francis Jammes**, **Rafael Sánchez Mazas** o **Leopoldo Panero**, entre otros que andaban ninguneados. ¿Qué menos que tratar de leerle con la misma nobleza?

Su literatura lo merece, y el empeño titánico de sus diarios. Pocas prosas tan transparentes y tan versátiles, capaces de pasar, sin perder la soltura, del lirismo puro al epigrama, haciendo calas en lo costumbrista, en lo íntimo, en la aforística, en el humorismo... Y eso ya durante 24 volúmenes, que se dice pronto. Su empresa recuerda a los *Episodios nacionales* de **Galdós**, por la envergadura y por la intención de

seguir el pulso de la historia, con la diferencia de que, en el siglo XIX, la política estaba en primer plano, y en Trapiello pasa a telón muy de fondo. Él prefiere la intrahistoria: la vida de familia y la de sus adentros.

Y ahí radica la importancia de estos libros. Son una defensa de la intimidad del autor y, por ósmosis, de las de sus lectores, tan amenazadas hoy por el Estado intrusivo, la técnica, las modas y el pensamiento en serie.

Hay, por tanto, una lectura moral de estos diarios, implícita, sin moralinas. Y resulta apasionante ver cómo la va asumiendo Andrés Trapiello, que, en el volumen 18 de estos diarios, *Miseria y compañía*, escribió estas palabras que nos

“Trapiello prefiere la intrahistoria: la vida de familia y la de sus adentros”

¿POR DÓNDE COMENZAR?

De estos diarios en marcha de Trapiello dijo **Carlos Pujol**: “Escribir siempre desde el yo –tan traicionero– y contar el día a día sin poder inventar nada... salvo la manera de contarlos. Tal vez literatura en estado puro, sin más imaginación ni fantasía que la que se pone en las palabras”. **Pedro García Montalvo**, sobre ese “yo” añade: “Cervantes y Dickens están detrás del personaje que Trapiello ha creado a partir de sí mismo”. Juicios de fondo que envuelve **Benítez Reyes**: “Y todo eso contado con una prosa envolvente y de fluir magnífico, de modulación tan inconfundible, de entonación tan precisa, tan viva”. Pongamos que usted se ha convencido y quiere leer los diarios. Siendo tantísimos tomos gordos, puede achantarse. Ante todo, mantenga la calma o, como se repite en *Miseria y compañía*, tomándose y dándonos confianza: “No te encojas”. Los diarios no hay que leerlos todos ni en orden ni, mucho menos, de un tirón. Yo empezaría por alguno de los últimos, y a la vez recuperaría uno antiguo, comenzando por el primero, y mantendría ese ritmo binario. Eso asegura doce años –idoce!– de lecturas gozosas e imprescindibles.

acompañarán siempre: “Alguna vez dijo uno que no hay vida mala, sino mal contada. Yo ahora creo que si la vida ha sido mala, no hay manera de contarla bien”. 



CHESTERTON: LA NOVEDAD ETERNA

Acogiéndome a esa idea tan suya de que lo más milagroso es lo más normal, y viceversa, consigo encarar con algunas esperanzas la tarea imposible de recomendar en estas lecturas a un viejo conocido de todos, **Gilbert Keith Chesterton**. Por suerte, el trabajo de cogernos siempre desprevenidos es cosa suya. Como su personaje Domingo de *El hombre que fue Jueves*, es un autor que no para de crecer y crecer.

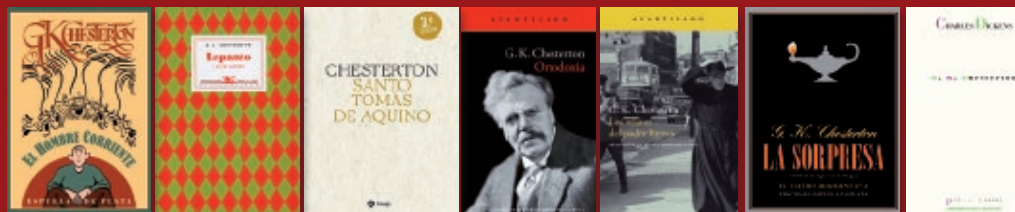


CADA VEZ que uno mira al escritor inglés, ve que su envergadura como periodista, como apologeta, como narrador, como filósofo incluso, ha aumentado. ¿Ha advertido ya alguien que su caso se asemeja al del invitado de la parábola de Jesucristo que se sentó en los últimos sitios del banquete, y le dijeron: “Amigo, sube más arriba” (Lc 14, 7-11)? Chesterton hizo todo lo que estuvo en su mano para quitarse importancia. Se definía como un *jolly journalist* sin más. Llegó a afirmar que sus libros eran su forma de estropear algunas buenas ideas. De hecho, según él, su importancia como articulista se reducía a haber esparcido a voleo un puñado de semillas intelectuales. Muchos le creyeron, aunque desde luego no los más listos. Entre sus admiradores estaban nada menos que **Hilaire Belloc, Evelyn Waugh, T. S. Eliot, W. H. Auden, Jorge Luis Borges...** Crédulos o perspicaces, todos llevamos más de 75 años diciéndole: “Amigo, sube más arriba”.

Chesterton es un juego de *matrioskas* en el que cada nueva muñeca es más grande que la anterior. (Es una imagen muy buena, ¿verdad? Yo estaba muy orgulloso de ella hasta que he recordado que no es tan original. ¿Acaso no llamó la atención el gran británico sobre las casas familiares, que son siempre más grandes por dentro que por fuera?). Por eso, a Chesterton

UN CHESTERTON PARA CADA GÉNERO

Hay Chesterton para todos pues no hay género que no tocara. Los cuentos policíacos del Padre Brown fueron el cimiento de su fama y todavía hoy constituyen una deliciosa introducción a su mundo. Entre sus novelas, aunque no es la más célebre, soy devoto de *Manalive*, una aguda reflexión sobre el amor y el matrimonio. Parte de su poesía está traducida en *Lepanto y otros poemas*. Si él se definía sobre todo como periodista, ¿cómo no leer alguna colección de artículos, por ejemplo, *El hombre corriente*. Su cumbre es, a mi juicio, el ensayo *Ortodoxia*, por mucho que el prestigioso Ian Ker prefiera su libro sobre *Charles Dickens*. Dentro de los retratos históricos, la biografía de santo *Tomás de Aquino* es insuperable según el gran tomista Etienne Gilson, con el que estoy de acuerdo, aunque hay quienes se quedan con la de *San Francisco de Asís*, y no tienen mal gusto. Y, antes de que caiga el telón, mucha atención a su teatro, que es el gran tapado de su obra completa. *La sorpresa*, traducida por primera vez en España en 2013, es fiel a su título.



“A Chesterton se le puede proponer como novedad incluso a quienes ya lo han leído”

se le puede proponer como novedad incluso a quienes ya lo han leído: lo seguirá siendo. Cada vez que lo revisitamos, vuelve a deslumbrarnos.

Palpitante actualidad

Abundan las razones que explican la actualidad de Chesterton. Vio claro que el capitalismo era una

ideología tan inhumana como el comunismo, y defendió un modelo basado en la Doctrina Social de la Iglesia, el distributismo, que hoy despierta renovado interés. Supo detectar que la herejía posmoderna giraría en torno a la moral y alertó de los peligros que se cernían sobre la familia y el matrimonio. Y supo, también, articular una apologética divertidísima, sustentada en el sentido común y en una lucha encarnizada contra el error y la petulancia, pero llena de cariño y comprensión a los contrincantes. Se ha mostrado altamente eficaz. Las personas que le deben su conversión (o, más secretamente, su perseverancia en la fe) son incontables. 



STEINHARDT

La adarga de la felicidad

La lectura de el *Diario de la felicidad* (Ediciones Sígueme, 2007), el único libro de **Nicolae Steinhardt** traducido al español y que constituye su obra cumbre, trae el quijotismo a nuestras vidas.

ME ATREVO a recomendarles *Diario de la felicidad* (Ediciones Sígueme, 2007), del padre **Nicolae Steinhardt** precisamente porque no los conozco. Con los amigos soy más prudente. No piensen que eludo mi responsabilidad, escurro el bulto o temo los reproches. Es al revés. Cuando alguien cercano lo lee y no le gusta, me deja perplejo. Me ha pasado alguna vez. Lo he recomendado cientos de veces y aún miro raro al único al quien no le entusiasmó. No me lo explico.

Steinhardt (Bucarest, 1912-1989) era judío, de clase acomodada, miembro de la refinada intelectualidad rumana de entreguerras y pariente lejano de **Sigmund Freud**, al que conoció en 1927 con quince añitos (y al que irritó sobremanera preguntándole por **Jung y Adler**). Sufrió la persecución antisemita de la II Guerra Mundial, pero fue con la llegada del comunismo cuando fue torturado y recluido en las peores cárceles. Es la experiencia que narra en *Diario de la felicidad*. El título, sin embargo, no es irónico: la felicidad es real, poderosa, totalizadora y, lo que a nosotros nos importa aún más: extremadamente contagiosa.

En aquellas terribles celdas, el joven Steinhardt, agnóstico y ultramoderno, se convirtió. La luz de su nueva fe es capaz de vencer la oscuridad de su situación concreta, que se nos cuenta sin delectación, pero también sin

edulcorantes. No se recrea en las penurias porque apenas importan comparadas con las maravillas de la vida interior y de la camaradería entre los presos. Por eso, tampoco es un libro típico del género “campo de concentración”. Sobreabunda la paz, la alegría, la cultura y la delicadeza en la mirada.

En realidad, se trata de un “libro total”, si se me permite pedir prestada la expresión a **Luis Rosales**, quien

“El pensamiento central en su obra es la defensa de la caballeridad y las buenas maneras”

VIENTO DEL ESTE

Una de las novedades en nuestro panorama cultural de los últimos años es la recepción de los escritores que habían quedado tras el telón de la Europa del Este. Allí la literatura no pudo ser, por razones obvias, un producto de mercado, ni se dejó arrastrar por los cantos de sirena de la propaganda política. Fue un instrumento de la resistencia del espíritu, con las armas de la ironía y de la verdad. Por eso, la lectura del checo Vladimír Holan, de los polacos Miłosz, Twardowski y Szymborska y, por supuesto, del rumano Steinhardt, entre tantos otros, es una bendición.

Tan poco, pero tanto



La inmensa mayoría de la obra del padre Steinhardt se publicó después de su muerte, cuando, tras la revolución anticomunista de 1989, la censura –que tanto le persiguiera– desapareció. Son más de veinte libros, algunos con títulos tan atractivos como *Entre la vida y los libros*; *Crítica a la primera persona*; *Las incertidumbres literarias*; *Hacia sí mismo a través de los otros*; *El peligro de confesar*; *A través de dar se debe recibir...* En España, por desgracia, no tenemos traducido más que el *Diario de la felicidad* pero, por fortuna, son más de 650 páginas y son, además, inagotables.

postulaba una “poesía total”, a la vez narrativa y épica, y teatral y cinematográfica, y ensayística y aforística. En *Diario de la felicidad* hay de todo: por supuesto, biografía; desde luego, mística; pero también humor, crítica literaria, apuntes líricos, digresiones cultas y un extravagante *savoir vivre* indiscutiblemente elegante en medio de las mayores penurias.

El pensamiento central en su obra, casi como un estribillo, es la defensa constante de la nobleza, del coraje, de la caballeridad y de las buenas maneras. Dicho pensamiento enlaza magistralmente con el cristianismo: explica, con perspicaces ejemplos, que Jesús era un perfecto *gentleman* y, más aún, el caballero por antonomasia. Le apasiona la figura del Quijote y considera la inteligencia y la cultura como deberes inexcusables.

Para Steinhardt, que se ordenó sacerdote ortodoxo, la estupidez es pecado; la libertad, aristocracia; la valentía, el secreto de la felicidad; y la buena educación, la caridad. En sus compañeros de celda encuentra “una atmósfera de grandeza, de medievalismo hierático, en las que ondean invisibles capas de púrpura y refulgen espadas de Damasco. Cada gesto revela un quijotismo contenido”. Estamos ante un libro de caballerías, que incita, como los que leyó **Alonso Quijano**, a la emulación.

Jane Austen

El corazón, en el centro

En estos tiempos en que el afán de ser y hacer como todo el mundo nos arrastra a auténticos disparates, la obra de **Jane Austen** resulta imprescindible. Sus heroínas triunfan porque tienen personalidad y se rigen por sus criterios, algo que se refleja a la perfección en las palabras de la insuperable Elizabeth Bennet a su rendido Mr. Darcy: “Te interesé por ser diferente a ellas”.

HACE CUATROCIENTOS años, más o menos, **Shakespeare**, por boca de Falstaff, exclamó: “Si mil hijos tuviera, el primer principio humano que les inculcaría sería abjurar de toda bebida insípida y dedicarse al vino de Jerez”. Permítanme una variación: “Si mil hijas tuviera, el primer principio humano que les inculcaría sería abjurar de todo libro insípido y dedicarse a las novelas de **Jane Austen**”.

No estoy solo. Las obras de Austen se reeditan sin interrupción. Una de las últimas novelas más vendidas en España, la muy recomendable *El despertar de la señorita Prim*, de **Natalia Sanmartín Fenollera**, es una perspicaz y combativa vindicación de la autora inglesa, a la que también infligen, pobrecita, terroríficas secuelas, como *Orgullo y prejuicio* y *zombis* o *Sentido y sensibilidad* y *monstruos marinos*. Y, también, se llevan al cine sus obras y se hacen series de televisión de corte británico, como la indispensable *Orgullo y prejuicio*, de la BBC. Entre todos estos fenómenos hay distintos grados de conciencia de la carga de profundidad que la autora lleva consigo. Desde el grado cero (o bajo tierra) de los zumbados zombis, pasando por el cine más comercial o esteticista, hasta llegar a nuestra Sanmartín, que receta a Austen a las jóvenes de hoy.

Fuerza en la placidez

Para entender la necesidad, hay que comprender, además de nuestra época

convulsa, la de Jane Austen, que no lo fue menos, con múltiples revoluciones en marcha: la liberal, la romántica, la industrial, la agrícola, la demográfica, la comercial... Y saber apreciar las tremendas fuerzas que esconden sus argumentos aparentemente melindrosos. A través de la placidez encantadora de sus novelas, Austen se propone encargar y encauzar los cambios.

A pesar de lo que se ha dicho, no se desentiende de la realidad social. Apenas nombra las guerras napoleónicas ni los vaivenes de la política, cierto, pero porque sabe que el orden matrimonial y familiar sustenta la sociedad. Pone el corazón en el centro de su mundo porque el corazón está en el centro del mundo.

“Las heroínas de Austen no renuncian a nada: ni al amor intenso ni al compromiso inteligente”

Reacciona a la vez contra el frío juego de las conveniencias matrimoniales, por supuesto, pero también contra el insustancial e inestable amorío romántico, del que cuanto tenemos ahora es hijo histriónico. En *Orgullo y prejuicio* se fustiga tanto el matrimonio calculador de Charlotte Lucas como

la fuga arrebatada de Lydia Bennet. Las heroínas de Austen no renuncian a nada: ni al amor intenso ni al compromiso inteligente. Esa es la clave.

Damas y caballeros

Tanta aspiración requiere todos los medios posibles para alcanzarse, y esos medios son la educación, la cortesía, la elegancia, el buen humor y la sensibilidad. **Virginia Woolf**, portavoz de la modernidad, afeó a Austen que en sus libros no había hombres y mujeres, sino damas y caballeros. Es justo lo contrario: para Jane, las personas son en tanto que moralmente exquisitas, como explica la profesora **María José de la Pascua**. Incluso alguien tan rudo y épico como **Rudyard Kipling** captó la intención, y presumió siempre de ser fervoroso austiniano.

Su potencia consiste en que no basa sus propuestas en una moral previa, que existe, claro, aunque en el fondo. El atractivo de las historias de Austen no caduca porque su complejidad, sus equilibrios sutiles y sus dulzuras las hacen, sin duda, mucho más entretenidas, hermosas y trepidantes. **M**



AMOR, LUJO Y ASESINATO

Fotografía: Origin Pictures/Robert Viglask



Phyllis Dorothy James (Oxford, 1920), mirlo blanco de la novela negra, sorprendió con la publicación, en 2011, de *La muerte llega a Pemberley*, secuela de *Orgullo y prejuicio*.

Protagonistas de la serie de Origin Pictures para TV basada en el libro de P. D. James: Matthew Rhys, como Fitzwilliam Darcy, y Anna Maxwell Martin, como Elizabeth Darcy

“DEBO UNA disculpa a la sombra de **Jane Austen** por implicar a su querida Elizabeth en la trama de una investigación por asesinato”, escribía galantemente **P. D. James**. En la parte que nos toca, como fervientes austenianos, no solo se lo disculpamos, sino que lo celebramos, pues le salió una novela negra muy colorida y luminosa. Dejaré el misterio policiaco intacto, pero trataré de desentrañar el secreto de su encanto.

En gran parte, es literario. La deuda de la novela policiaca inglesa con el mundo de Jane Austen es inmensa, tanto en los escenarios –casas de campo, reticencias y sobreentendidos– como en el suspense –no hay tanta diferencia entre descubrir quién se casará con quién y quién mató a quién–. Por eso, P. D. James rindió un homenaje con esta, su última novela, a la semilla de su género literario.

Aquí la muerte es lo de menos, tal vez una coartada. Le importa más Austen, y esto se percibe en el gusto con el que vuelve a contarnos lo que ya sabemos de *Orgullo y prejuicio*, en cómo desliza enjundiosos comentarios

sobre su estructura, su estilo o su argumento, y en el valor de urdir unas audaces interpretaciones psicológicas, como la relación entre el dinero de Darcy y el enamoramiento de Lizzy. Recrea siempre bien a los personajes de Austen y, de paso, nos los retrata con su mejor perfil. Del señor Bennet, comenta: “No se le notaba cuando estaba y se le echaba de menos cuando se iba”, ascendiéndolo a la categoría de suegro ideal.

De paso, juega con los lectores. Lanza unos graciosos guiños a *Emma*, la otra gran novela de Austen. Y varias veces anota que Elizabeth estaba cansada y que tenía que dividir el viaje a Londres en dos jornadas, para reposar. El lector de *Orgullo y prejuicio* se horroriza de que esa sea su Lizzy (la que era inagotable en sus paseos, tanto que, en buena medida, esa energía enamoró a Darcy). Pero, en las últimas páginas, cuando más desolados estamos ante un fallo tan garrafal de coherencia austeniana, nos enteramos de que Lizzy está embarazada. Oh. A la buena noticia se une la alegría de comprobar que P. D. James no se equivocaba, sino que se divertía escandalizándonos. El embarazo lo explica todo, clara, lógica y felizmente.

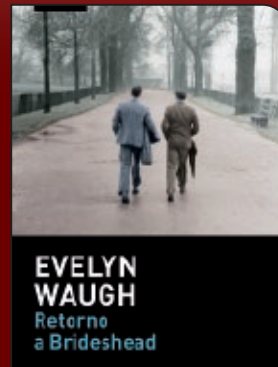
Con lo que llegamos a lo mejor de *La muerte llega a Pemberley*: su dimensión matrimonial. La narradora se deja fascinar por el amor de Lizzy y Darcy. Se ha cotidianizado, se ha solidificado, se ha, en definitiva, conyugalizado, esto es, se ha perfeccionado. Darcy concluye: “Yo he hablado demasiado poco y tú demasiado. Pero juntos hemos conseguido el equilibrio perfecto”.

Colorín colorado, la historia no ha acabado

C. S. Lewis respondía a los jóvenes lectores de *Las crónicas de Narnia* que exigían nuevas entregas animándolos a escribir ellos mismos la continuación. No era una evasiva elegante y original. Conectaba con la tradición de reanudar la historia, ya que, en el ser humano existe una inalterable aspiración a la eternidad, por lo que el fin de las historias nos resulta antinatural. ¿Quién no ha imaginado qué sería de sus personajes amados al correr de los años? No solo **P. D. James** pasó de esa ensoñación a la escritura. **Avellaneda** lo intentó con el *Quijote*, aunque sin demasiada fortuna. **Azorín** tuvo más tino cuando escribió un final alternativo y feliz para *La Celestina* en “Las nubes”, recogido en *Castilla*. Con el *Quijote* volvió a atreverse, siglos después, **Trapiello** con *Al morir don Quijote*. Por su parte, **Don Juan Tenorio** ha conquistado a muchos: de **Zorrilla** a **Torrente Ballester**. Y, hablando de mitos, **Frederic Tuten** hizo una novela cuyo protagonista era Tintín. Y *Carlota en Weimar*, de **Thomas Mann**, tira de **Goethe**. Esto implica una dificultad y una facilidad. Ser fiel al personaje no es sencillo; pero, como el verdadero genio estriba, como decía **Borges**, en ser capaz de crear un personaje vivo, al tomarlo de otro, se vampiriza el mayor talento ajeno. Lo que se justifica, eso sí, por un afán de salvación en quien no se resigna a que la palabra “fin” lo separe de unas vidas que son más que de papel.



Fotografía: ITV/
REX Shutterstock



UN AMOR QUE NO MUERE

Retorno a Brideshead es una lección de vida familiar. “Mi tema es la memoria”, se dice en el libro, pero también lo son la familia y el matrimonio, que, para comprenderse requieren, en efecto, de la memoria y de la tradición. La familia de los Flyte no es, ni mucho menos, perfecta, pero es más familia que la de Charles Ryder. Nos introducimos así en una vía tomista: “Este más y este menos se dice de las cosas en cuanto que se aproximan más o menos a lo máximo”, y lo máximo es la Iglesia. Las familias y las casas quieren converger en el hogar definitivo, esa añoranza tan inglesa: *Rome, sweet Rome*. Charles recibe su primera lección de vida familiar, sobre todo, de Cordelia, la menor de los Flyte. Aprende que el amor no es ni la intolerancia de su primo Jasper ni la indiferencia de su padre. “Nunca condono y nunca condono”, le dice ella. “No dejaré de quererte porque actúes mal, pero no te engañaré diciéndote que lo que haces está bien o que no importa”. La segunda lección se la da la otra hermana, Julia. Muchos lectores que adoran esta novela no logran entender su final porque requiere de fe. El matrimonio es sagrado y exige, incluso, el sacrificio del amor. Aunque ese amor no muere, sino que crece y se eleva. Se salva.

desviar el sereno curso de la historia que se dirige, a través de sus meandros, recta hacia su hondo final cristiano. La última frase del libro nos deja ante el misterio de la conversión, tal vez porque más allá no puede llegar la literatura. A pesar de todo por lo que ha pasado, alguien le dice a Charles Ryder: “Hoy se te nota más contento que de costumbre”.

torias de amor recuerdan a **Jane Austen**. Un delicado esteticismo está presente en el lenguaje, en el ambiente culturalista y en numerosas reflexiones sobre arte. Pero, sobre todo, estamos ante una gran obra apologética, con homenaje a **Chesterton** incluido.

Hay quienes juegan a epatar al cristiano a base de escándalos y provocaciones. Sin embargo, a la milenaria Iglesia nada le coge de nuevas. En esta novela se suceden, entre otras cosas, dipsomanías, adulterios varios, la homosexualidad de Anthony Blanche –como mínimo–, apostasías y divorcios, sin que ningún obstáculo logre

“Ningún obstáculo logra desviar el sereno curso de la historia hacia su hondo final cristiano”

“He estado antes aquí”, se dice en las primeras páginas de esta novela de **Evelyn Waugh**. El mejor lector de *Retorno a Brideshead* será el que pueda decir lo mismo. El consejo de Borges –“Releer es más importante que leer, salvo que para releer es necesario haber leído”–, es muy apropiado para esta historia que trata de regresos.

COMO ALGUNO de ustedes puede no haberla leído aún (siempre tiene que haber una primera vez) ni haber visto la exquisita adaptación televisiva de la ITV, procuraré no desvelar el argumento. Basta saber que el joven londinense Charles Ryder, vagamente ateo y de posición acomodada, conoce en su primer año en Oxford a Sebastian Flyte, aristócrata y católico, cuya familia posee una majestuosa casa de campo llamada Brideshead. La vida de Charles se verá transformada por su íntimo, intermitente e impredecible trato con los Flyte.

Retorno a Brideshead no es solo una novela de formación; en ella se entremezclan otros subgéneros que se armonizan sin fisuras. En principio, es un relato muy frívolo, en la estela de las hilarantes historias de humor y lujo de **P. G. Wodehouse**, y eso que, al mismo tiempo, es una elegía a un estilo de vida que, en 1945, Waugh creía a punto de extinguirse. Por otra parte, el papel central de la casa de campo y las complejas his-

4 del 14

Ilustración: Loreto Fernández

EUGENIO
D'ORS

JUAN
RAMÓN
JIMÉNEZ

JOSÉ
ORTEGA
Y GASSET

RAMÓN GÓMEZ
DE LA SERNA

Aunque **la generación del 14** lleve en su nombre el año del comienzo de la I Guerra Mundial, debe considerarse más bien una generación de entreguerras. Y, desde luego, una generación de “entregeneraciones”. Su renombre resultó muy eclipsado por la fama en prestigioso sepia de la generación del 98 y la fama de colores brillantes de la generación del 27. Sin embargo, la influencia de sus matizados autores en la mejor literatura actual es muy profunda y viva, quizá incomparable.

LA MARCA “generación del 14” está traída por los pelos. El estudioso **Lorenzo Luzuriaga** le colgó esa etiqueta porque en 1914 publicó su primer libro **Ortega y Gasset: Meditaciones del Quijote**. También publicó ese año **Juan Ramón Jiménez** su (nuestro) *Platero y yo*. Vale, pues: algún nombre había que ponerle, ambos libros bien merecen apadrinar a la generación.

Lo más redondo sería hablar de los 14 del 14: los dos ya citados, **Ramón Gómez de la Serna**, **Eugenio d'Ors**, **Wenceslao Fernández Flórez**, **García Morente**, **Cansinos Assens**, **Josep Carner**, **Miró**, **Pérez de Ayala**, **Marañón**, **Madariaga**, **Américo Castro** y **Gutiérrez Solana**, entre otros. Pero, si aun hablando de un solo autor, siempre se nos queda corta esta página, tratarlos a todos es soñar lo imposible. Forzando los límites y poniéndonos telegráficos, intentémoslo con cuatro. Pienso en Ortega, lógicamente, en Juan Ramón, sin duda, en Eugenio d'Ors, tan imprescindible como mal entendido, y en Gómez de la Serna, chispeante, pero a la vez iluminador.

Cada uno de ellos a su modo cumple el empeño generacional de modernizar y europeizar España. No solo

están muy atentos a lo que se hace fuera, sino que contribuyen con originalidad: ni se encierran ni van al rebufo. Quizá por esto siguen vigentes. Juan Ramón es la pieza axial de la poesía española contemporánea, una fuente que mana día y noche. La sombra de Ortega y Gasset en el moderno ensayismo es alargada, por mucho que a veces se disimule. En la prosa moderna y en la poesía de ayer y de hoy rebullen las vivaces greguerías: son ya un ingrediente esencial de toda escritura talentosa. Quizá la influencia menos evidente sea la de Eugenio d'Ors, aunque (léanse cualquiera de los cinco tomos del *Novísimo Glosario*) es un antecedente magistral

de los blogs culturales; y su ironía cultísima y elegante, una de las cosas que más echamos en falta. **M**

BABEL LILIPUTENSE

Las greguerías de Gómez de la Serna son una biblioteca de Babel liliputiense. En su brevedad, hay de todo, concentrado. Tratados morales (“Si vais a la felicidad, llevad sombrilla”), observaciones sociológicas (“Lo grave del solterón es que se va volviendo viudo”), guiones de cine (“Cuando una mujer te plancha la solapa con la mano ya estás perdido”), novelas de Jane Austen (“Hay pupilas en las que quedó para siempre el punto de luz del candelabro de una fiesta”), comedias de Willy Wilder (“El champaña muere en las copas como el borde de la ola en la playa”) y hasta una novela de Conrad (“Al agonizar el viejo marino pidió que le acercasen un espejo para ver el mar por última vez”). También ciencias políticas (“Un tumulto es un bulto que le sale a las multitudes”), metafísica (“Hazte una fotografía y si sales es que existes”), sumas teológicas (“¡Cómo serán los ojos de Dios que con uno ve el sol y con otro la luna!”) y muchas, muchas gotas de poesía: “Chopo: el árbol de las mariposas verdes”, “En las cajas de lápices guardan sus sueños los niños”, “Las rosas rompen sus cartas de amor”...



LA PROSA ANDANTE

Entre los escritores españoles circula una severa advertencia: no está permitido ser dos cosas a la vez. Si eres novelista, no puedes ser crítico. Si eres columnista, ¿cómo te pretendes poeta? Quizá este absurdo interdicto explique por qué la categoría como escritora de **santa Teresa de Jesús** no se pondera cuanto merece. Si ella ya es santa, y hasta doctora de la Iglesia, ¿va a ser, encima, una autora fundamental? Pues sí, lo es.

BASTA LEER a **santa Teresa** en cualquiera de sus libros de prosa para sentir que estamos ante una escritora indiscutible. Sus pocos poemas también le otorgan un lugar de honor en el Parnaso. Su prosa no es menor ni escasa, pero sí popular. Tiene una fuerza enorme. Ella era consciente: “Podrá ser que entendáis mejor por mi grosero estilo que por otros elegantes”, nos dice, casi guiñándonos, en *Camino de perfección*. Hace gala de una conciencia despierta (extremadamente moderna) sobre su arte. Y además se ríe: “Y procuraré abreviar, si supiere; porque mi estilo es tan pesado, que aunque quiera, temo que no dejaré de cansar y cansarme”.

Pero no hace falta meterse en constructos metaliterarios para constatar que su estilo es una maravilla. Abramos los oídos. Por ejemplo, estos fragmentos, entre tantos, en los que habla de la oración: “Es un glorioso desatino, una celestial locura, adonde

se aprende la verdadera sabiduría y es deleitosísima manera de gozar el alma [...] Dice mil desatinos santos, atinando siempre a contentar a quien le tiene así”. Y añade: “Pues daros gracias por tan grandes mercedes, no sabe cómo. Con decir disparates me remedio algunas veces”. Y sigue: “Seamos todos locos, por amor de quien por nosotros se lo llamaron”. Y remata: “¡Qué sabio el que se holgó porque le tuviesen por loco, pues lo llamaron a la misma Sabiduría!... Ya, ya parece que se acabaron los que las gentes tenían por locos, de verlos hacer obras heroicas de ver-

“La lectura cruzada de santa Teresa y Cervantes arroja luz mutua, literaria y espiritual”

daderos amadores de Cristo. ¡Oh mundo, mundo!”. Ustedes han pensado, seguro, en el *Quijote*: por las simetrías temáticas, tan llamativas, y por la música y el aire de la prosa. El parentesco es estrecho, en efecto.

Junto al precedente estilístico, también en el *Libro de la vida* se nos cuentan unas aventuras verdaderamente caballerescas y en *Las Moradas* se persigue el ideal más alto. La fundadora salió a los caminos tras un sueño, y qué bien confunde (o no) las humildes casas que funda con castillos de cristal y riquísimas moradas donde las almas sencillas –Dulcineas místicas– se vuelven princesas enamoradas de Su Majestad. La lectura cruzada de santa Teresa y **Cervantes** arroja luz mutua, literaria y espiritual, además de demostrarnos –son obras que se miran de igual a igual– la grandeza de los libros de la santa, santa y escritora. 



DIARISMO PURO. Las modas son *vintage*, siempre. *Nihil novum sub sole*. Incluso lo que ahora es el último grito, como son los libros autobiográficos, los diarios y la autoficción, esto es, hasta la apoteosis de la literatura del yo, tiene antecedentes clásicos. **Santa Teresa de Jesús**, con su *Libro de la vida* y su *Libro de las fundaciones*, no suele figurar en los recuentos críticos. Pero en ellos se hallan todas las características del diarismo. Están escritos al hilo de la vida, con un lenguaje íntimo, palpitante, coloquial, bienhumorado y de apariencia espontánea, en diálogo con el lector, entreteniéndose en la anécdota, entreverando crónica y comentario, discretamente defendiéndose, creando, sobre la marcha, el retrato de la autora. No tener esto en cuenta sería, en primer lugar, la segunda injusticia literaria con santa Teresa, tras lo poco que se pondera el peso del paso de su prosa en el *Quijote*. Y supondría perder de vista un ejemplo iluminador de lo que el diarismo es y pretende, y de sus altísimas posibilidades.

Fabrice Hadjadj



Fotografía: Lupe de la Vallina

Fabrice Hadjadj (Nanterre, 1971) es el escritor católico de moda y muchas cosas más, y no me refiero solo a sus múltiples facetas biográficas –francés de raza judía, y apellidado y familia tunecinos y padres maoístas, con pasado nihilista y revolucionario, converso desde 1998, casado con la actriz Siffreine Michel y padre de diez hijos–, aunque todos esos factores, todos, dejan una huella muy honda en su escritura. El caleidoscopio que aquí nos interesa es el suyo como escritor: en cualquiera de sus libros, es filósofo, moralista, poeta, escoliasta, humorista, provocador y un largo etcétera.

Euforia de lo políticamente incorrecto

EN ESPAÑA, la editorial Nuevo Inicio –loable iniciativa del Arzobispado de Granada–, irrumpió en 2015 con la traducción de seis volúmenes de **Fabrice Hadjadj**: *La fe de los demonios*, *La profundidad de los sexos*, *Tenga usted éxito en su muerte*, *¿Cómo hablar de Dios hoy?*, *El paraíso en la puerta* y el reciente *¿Qué es una familia?*. Casi en paralelo, otras editoriales incorporaron a su catálogo títulos imprescindibles del autor, como *La suerte de haber nacido en nuestro tiempo* (Rialp, 2016) o *Por qué dar la vida a un mortal* (Rialp, 2020). Bastan los títulos para hacerse una idea de la fuerza explosiva de sus temas y planteamientos. En su afición a epatar al burgués se dejan sentir las maneras del revolucionario que fue. Quizá uno de sus grandes peligros sea su estilo

flamígero, tan excesivo como consciente de sí mismo, pero que también es uno de sus grandes atractivos.

Sus libros no siguen un hilo argumental, sino un reguero de pólvora, que nos conduce a un polvorín de ideas capaces de hacernos saltar por los aires. O de hacer saltar por los aires, mejor dicho, nuestras cómodas ideas preconcebidas y nuestra confortable moral de salón. “Cuidado, que explota”, deberían avisar sus libros

“‘Cuidado, que explota’, deberían avisar sus libros en la portada”

en la portada. Hadjadj te complica la vida. De los ensayos de **Miguel de Unamuno** se dijo que eran un arsenal de ideas. Eso es Hadjadj.

En *¿Qué es la familia?* entra a saco en uno de los más conflictivos campos de batalla de la actualidad con un desconcertante amor por la institución. Y despliega todo un muestrario de ideas y silogismos que defienden su vieja naturaleza, siempre nueva. No teme ser políticamente incorrecto. O aún peor, aparece irresponsablemente eufórico de serlo, como confiesa: “Así que con mucha alegría, ofrezco al lector este libro lleno de consideraciones ultrasexistas, ultrarreaccionario y tan fascitizante, al menos, como la rosa, el potamoquero o la gramática...” La alegría, desde luego, es mutua.

PREDICAR CON EL (MAL) EJEMPLO

Fabrice Hadjadj no engaña. Nada más empezar *¿Qué es una familia?* advierte: “Este libro no hubiera nacido sin el concurso de los que me han impedido hacerlo”. Su posición es la siguiente: es un libro sobre la familia que su familia no le ha permitido escribir (bien). Nos cuenta que cuando le preguntan cómo puede publicar tantos libros con una familia tan numerosa (tiene 10 hijos), contesta: “Pues lo hago mal. Dejo que los niños hagan imposible mi Gran Obra y dejo que los textos que sigo garabateando hagan que no pueda estar del todo disponible para los niños”. Debería ser yo, el crítico, el que extrajese la conclusión, pero lo hace el propio Hadjadj con palabras que suscribo: “Pero puede que así lo esté haciendo bien. Porque lo que una y otra cosa pierden en perfección lo ganan en verdad de vida”. Y en vibración estilística. Esta prosa nerviosa, fibrosa, forzada, deshinchada por los bordes, esta prosa que nos electrifica, sería imposible sin la tensión familiar que la potencia. Vuelve a explicarlo él: su familia es menos un obstáculo que un dique que hace que suba el nivel de las aguas. El acierto de esta imagen de Hadjadj es indiscutible. No estamos ante un libro que hable sobre la familia solamente: habla desde la familia, bajo la familia, con la familia, alrededor de la familia, desde dentro, sumergido en la familia.



ABRIGAD toda esperanza

A **Dante Alighieri**, los papas le han dedicado encíclicas, cartas apostólicas y citas numerosas. Asombran tales elogios pontificios a un poeta que nunca se mordió la lengua. O tal vez no asombran. Los máximos elogios no proceden sólo de Roma: **T. S. Eliot, Harold Bloom, Miguel de Unamuno...**

MARK TWAIN definió a los clásicos como “libros que todo el mundo quisiera haber leído, pero que nadie quiere leer”. Resultaba cínico, sí, pero tenía claro que es altamente deseable haber leído ciertos títulos. Hoy, ni eso. Aunque, antes de hundirnos en el desaliento posmoderno, deberíamos recordar dos detalles. Primero, que,

por fortuna, los grandes influyen sin necesidad de hojearlos, como la *Iliada*, la Biblia, el *Quijote*, *Romeo y Julieta* y, desde luego, la *Divina Comedia*, presentes aún en el imaginario colectivo y en la cultura popular. ¿Quién no sabe –hablando de la obra de **Dante**– que a la puerta del *Infierno* hay un cartel que reza: “Abandonad toda



Dante Alighieri en un detalle de un fresco de Giotto

esperanza”, que Virgilio es su maestro y su guía, que aparecen los amantes Paolo y Francesca, que allí se encuentra Beatriz y su sonrisa, y, sobre todo, que el amor mueve al Sol y a las demás estrellas? Y, segundo detalle, no hay mal que por bien no venga: al menos, ya nadie lee por el áspero imperativo del canon.

Descartadas, pues, la necesidad y la obligación, los motivos para adentrarse en la *Comedia* siguen siendo los importantes: por puro goce, por enriquecimiento personal y por asentarnos con pleno conocimiento de causa en nuestra propia cultura europea, tan profunda. Pero una advertencia: no os conforméis con visitar el *Infierno*, que es la zona turística por antonomasia. Subid por el *Purgatorio*, que purifica al lector, y aspirad al *Paraíso*. No permitáis que el adjetivo “dantesco” sea para vosotros solo esa referencia estereotipada a lo terrible y desolado. El conjunto del libro es, en realidad, un inmenso canto luminoso. Contra el cartel que desalienta a los que entran en el *Infierno*, la *Divina Comedia* –tan católica– ha venido a decirnos: “Abrigad toda esperanza”. ☑

CÓMO NO ESTANCARSE EN EL INFIERNO

Ilustración de Gustave Doré del Infierno, Canto VII de la *Divina Comedia*



La *Divina Comedia* se escribió con la intención, entre otras, de ofrecer una obra legible y pedagógica. Sus dificultades de lectura son, por tanto, extrínsecas, y únicamente tres. **La primera es la teológica:** Dante construye sobre los firmes cimientos de su ortodoxia. Sin creer, la lectura apenas pasa de curiosidad cultural y goce estético a ráfagas. Se puede incluso confundir la naturaleza del libro y asimilarlo a una ficción fantástica *gore*, siendo, en realidad, su pura antítesis. Pero como estamos en *Misión*, podemos dar esa dificultad –la más insalvable para muchos de nuestros contemporáneos– por felizmente superada. **La segunda dificultad es que ignoramos las anécdotas históricas que Dante da por sabidas.** Necesitaremos, como todo hijo de vecino, el apoyo de las notas a pie de página. Para no perder la paciencia ni marearse con tanto dato, se recomienda simultanear esta lectura con otras, y marcarse un ritmo tranquilo y disfrutón: un canto al día. La última dificultad es estética. Nos vendrá bien un guía para no perdernos tantas bellezas minuciosas. Desde los comentarios clásicos de **Boccaccio** en *Vida de Dante*, pasando por el **Borges** de *Nueve ensayos dantescos*, hasta el recién publicado *Dante, poeta del deseo*, de **Franco Nembrini**, hay espléndidos libros auxiliares. Y qué más natural que requerir un guía para transitar por la *Comedia*, si hasta Dante necesitó a Virgilio y a Beatriz. Todo por no quedarse estancado, y en el Infierno, encima. Es un viaje al Paraíso y, en consecuencia, hay que llegar.





SZYMBORSKA, el último tren a la poesía

Excelentes lectores reconocen compungidos que nunca leen poesía. Es una buena noticia. No que no la lean, no: la poesía es un género esencial. Lo bueno es que lo lamenten. Que no pase lo que cantaba Tejada: *"Mal momento para coplas./ Y hacen falta, tanta falta/ que ni su falta se nota"*. Si usted la nota, dese una última oportunidad: lea a Szymborska.

WISŁAWA SZYMBORSKA (Prowent, actual Kórnik, 2 de julio de 1923 - Cracovia, 1 de febrero de 2012) fue una poeta, ensayista y traductora polaca, ganadora del Premio Nobel de Literatura en 1996. Aquel Nobel nos descubrió una poesía muy polaca, pero escrita también en el idioma universal de la inteligencia, la ternura, el humor y la ironía. Fue una sorpresa para todos, menos para **Juan Pablo II**, que era un gran admirador de esta escritora agnóstica.

La recomiendo a ella por tres razones esenciales. La primera, porque es muy buena. A veces, para incitar a leer poesía recomendamos lo más facilón que se nos ocurre, con lo que se ofende la inteligencia del recomendado, que inteligentemente pasa, o recomendamos una poesía muy compleja, para darnos importancia. Podría parecer imposible encontrar el equilibrio entre accesibilidad y hondura, pero ese equilibrio es el de los grandes poetas. Los que merece la pena leer. A Szymborska, sin duda.

Ah, pero ¿por qué no un clásico? Eso lo explicaba muy bien **Juan Ramón Jiménez**: un lector de nuestro tiempo necesita poetas de ahora

que hablan con el idioma de hoy de los temas de interés más palpitante. Los clásicos, esplendorosos, no vendrán sino después. Szymborska es pura contemporaneidad: sufrió la invasión nazi y la dictadura comunista, nada menos.

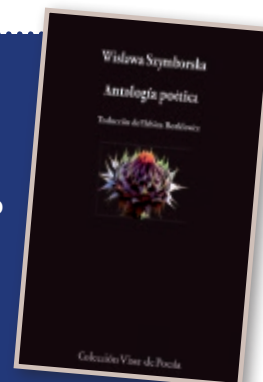
¿Acaso no hay autores españoles que den ese perfil, eh, o tenemos que recurrir a la importación?, podría afeárseme. Los hay, e incluso con asombrosas afinidades con Wisława Szymborska, como **Miguel**

d'Ors; pero, como explicaba **Jaime Gil de Biedma**, el proceso de traducir implica una simplificación de líneas, un irremediable descarte de elementos accesorios, que favorecen el primer contacto con la poesía.

La mejor relación del mercado poético entre claridad y calidad, entre emoción e inteligencia, y entre la eternidad y nuestro tiempo la ofrece Szymborska. Podría ser el último tren (de alta velocidad) a la gran ciudad de la poesía. 

ELOGIO DE LA MALA CONCIENCIA

El mayor valor de la poetisa polaca no es el formal, sino el espiritual, como debe ser. Su fondo presenta siempre una complejidad que contrasta (y este es su gran mérito) con la aparente sencillez. En "Elogio de la mala conciencia de uno mismo" parece que se limita a envidiar la falta de remordimientos de los animales, pero nos convence de lo buena que es la mala conciencia. A partir de entonces, ya no podremos escuchar los consejos autocomplacientes de vivir sin complicaciones morales sin una sonrisa szymborskiana. Por eso la poesía es necesaria: nos cambia la visión del mundo y de nosotros mismos. Lean el inicio y el final del poema: *"El ratonero no tiene nada que reprocharse./ Los escrúpulos le son ajenos a la pantera negra./ No dudan de sus actos las pirañas./ La víbora se acepta sin complejo a sí misma./ No existe un chacal autocrítico. // ... /No hay nada más bestial/ que una conciencia limpia/ en el tercer planeta bajo el sol"*.



Tratamiento

PARA EL DESPRENDIMIENTO

de rutina

Wallace Stegner (1909-1993) es un novelista que da gusto leer. Profesor de creación literaria en las mejores universidades y maestro de escritores de peso (**Raymond Carver**, entre otros), sabía muy bien lo que se traía entre manos. Sus libros son un prodigio de estructura narrativa y de prosa transparente. Luego, la procesión va por dentro.



Un spoiler a medias

El tema de la novela parece ser la vejez. Su protagonista es un jubilado que pasa por la crisis de la tercera edad, malhumorado e hipocondríaco, hilante. Su estado de ánimo recae sobre su estado civil, haciendo un cuadro de la vida matrimonial con tanto cariño como trifulcas. Hasta ahí, la novela tiene interés. Gana más cuando el presunto protagonista encuentra el diario de un viaje de años atrás y empieza a leerlo en voz alta con su mujer cada noche. La novela se desdobra en presente y pasado. Saltan chispas por el contraste, y la historia duplica su interés. Pero al borde de las últimas páginas, el lector descubre, deslumbrado, que el verdadero protagonista ha sido siempre la esposa, más inteligente, hermosa, enamorada y todavía más buena de lo que nosotros y, sobre todo él, había imaginado. Esto es un *spoiler*, sí, pero solo a medias, porque ese descubrimiento nos sucede a casi todos los maridos del mundo. Al final, lo importante siempre empieza a partir de ahora.

LLEVADO POR mi entusiasmo tras la lectura de *El pájaro espectador* (1976), propuse a *Misión* recomendar esta novela en esta sección. Como son tan buenos y me tienen tanta ley, dijeron que sí. Y ahora me encuentro con un problema. No porque la novela no merezca una recomendación fervorosa, que la merece de sobra, sino porque, para explicar mis razones, tendría que destripar el mecanismo que **Stegner** ha elaborado con precisión de relojero y astuta psicología. Sus novelas siempre ejemplifican la perspicacia de **Soren Kierkegaard** cuando advertía que se vive hacia adelante, pero que se comprende hacia atrás.

¿Podría pedirles a ustedes la misma fe que a la revista *Misión*? Podría, pero no debo, porque ellos son mis colegas (el mismo equipo), mientras que ustedes son nuestros lectores y no cabe exigirles complicidad, sino algo de curiosidad (¡gracias!) y mucha exigencia (¡muchas gracias!).

Se me ocurre una solución de compromiso. En el texto principal de la página (en este) expondré que es un libro bueno que se merece una oportunidad, y en el recuadro destacado haré un medio *spoiler*, avisado desde el título, explicando por qué es un libro

extraordinario. Haciéndolo así no haré más que imitar, en la medida de mis posibilidades, el método de Stegner. Él, seguro de sus medios, alarga todo lo que puede los comienzos de sus novelas y tarda muchísimo en ofrecernos el desenlace, siempre sorprendente: una vuelta de tuerca que nos aprieta el corazón. Esa característica formal es tan propia de Stegner como su interés por los personajes corrientes y los hechos comunes. Resulta muy fácil ver reflejadas nuestras vidas normales en sus personajes y en sus tramas.

En consecuencia, Stegner resulta un gran analista de las relaciones personales (matrimonio, amistad, compañerismo) de largo aliento temporal. Sus historias podrían utilizarse como material de primera calidad para esos casos que se estudian en los cursos de orientación familiar. Terminan pro-

“Stegner es un gran analista de las relaciones personales de largo aliento”

vocando siempre un inesperado desprendimiento de rutina. Tras leerlos, nos miramos y nos vemos con inesperada claridad. El amor, siempre al fondo. 

DE PRADA SE VISTE DE DIABLO



EL DIABLO EN SU TINTA

Juan Manuel de Prada cumple literalmente el escolio de **Nicolás Gómez Dávila**: “Gran escritor es el que moja en tinta infernal la pluma que arranca al remo de un arcángel”. No es el único que ha cogido la metáfora al pie de la letra. El diablo es un personaje literario de primer orden. Están los más claros precedentes de De Prada: *Las 36 pruebas de la existencia del diablo* de **André**

Juan Manuel de Prada no necesita ser presentado a los lectores españoles, y mucho menos aún en *Misión*, donde vela armas desde sus inicios. Su libro *Cartas del sobrino a su diablo* (Homo Legens, 2020), está escrito sobre la falsilla de las *Cartas del diablo a su sobrino* de **C. S. Lewis**, aunque con verdades de su propia cosecha.

ESTE LIBRO de **Juan Manuel de Prada**, en cambio, sí necesita presentación. Perdóneseme el facilísimo retruécano que da título a estas líneas, pero es tan exacto que no me ha quedado más remedio. La gracia de este libro, que recoge una serie de columnas que se publicaron en el diario ABC en los meses del confinamiento del coronavirus, estriba exactamente en la perfección con la que De Prada se viste de diablo.

Lo hace en el estilo. No es, desde luego, el humor británico de **C. S. Lewis**, hecho de matices, sutilezas, ingeniosidades y, sobre todo, autoironía. Gasta

Frossard y, sobre todo, las magistrales *Cartas del diablo a su sobrino* de **C. S. Lewis**, a las que Prada rinde un homenaje explícito y hasta numérico (su libro tiene el mismo número de cartas que el original). Pero el diablo nada como pez en el agua en la pez de la tinta negra de los libros. Culebrea por *Fausto*, en la *Divina Comedia*, en las leyendas de **Bécquer**, en *Don Juan*, en *El paraíso perdido*, etc. ¿Por qué? Desde luego, porque el diablo tiene mucha *vis cómica*, aunque a él eso no le haga ni pizca de gracia. También porque sirve (eso tampoco le gusta) para revelar el mal (que él prefiere camuflado) y para que por contraste brillen (esto para él es el remate) el Bien, la Verdad y la Belleza. Hace el papel de lo oscuro del claroscuro. En este libro, Juan Manuel de Prada se suma, gozoso, a esa tradición luminosa de obras tenebrosas.

De Prada un humor quevedesco, agresivo, ibérico hasta las cachas, escatológico en todos los sentidos de la palabra. Es el suyo de siempre, pero exagerado, si cabe. Le viene muy bien, por un lado, a la prosa, que se espesa como un caldo de las bullentes marmitas de **Pedro Botero**, y a la pose de De Prada, que gusta de escandalizar a los que él llama católicos *pompier* (a los que este libro escandalizará, sin duda).

La fusión infernal funciona en las formas, y fundamentalmente en los fondos. Las confesiones del diablo permiten desactivar el prejuicio contra lo que rápidamente se moteja de conspiranoico. Esas tesis de conjuras globales, aquí, desveladas por el mismo diablo que tiene la misión y la afición de conspirar, resultan mucho más verosímiles. El infierno está empedrado de buenas conspiraciones.

El tesoro oculto del libro estriba en el despliegue de sana doctrina, *a sensu contrario*, que nos regala el diablo, citando “con horror” a maestros tales como **Donoso Cortés**, **Chesterton**, **Castellani**, **Aristóteles**, el **Aquinate**, **Dostoievski**, **Léon Bloy**, **Baudelaire** e incluso **José María Pemán**. Lo hace en asuntos muy pegados a la actualidad de cuando se fueron publicando en ABC los artículos, pero sin apartar la vista de las grandes cuestiones de teoría política e incluso de teología. Tras los ropajes del diablo, se esconde y no se esconde un De Prada en todo el esplendor sulfuroso de su prosa y en el angélico de su pensamiento. ▮



Shakespeare y Moro y viceversa



Recomendar la lectura de **William Shakespeare** parece innecesario. El reconocimiento del que goza su obra habla por sí solo. Sin embargo, hay una lectura de Shakespeare que suele pasarse por alto y que es imprescindible para disfrutarlo del todo. Se trata de **Tomás Moro** (Ediciones Rialp, 2013), una obra que va de lo literario a lo biográfico, pasando por lo confesional, en donde el dramaturgo muestra una gran devoción por el mártir inglés.

A **SHAKESPEARE** lo han enfrentado consigo mismo, incluso hasta el extremo de negarle la autoría de sus obras porque no fue a la universidad, no era aristócrata o no estaba en el cogollito del poder –lo que denota un esnobismo pasmoso–. Hay quienes lo consideran un nihilista, una especie de Proteo que se amoldaba a la ideología de cada uno de sus personajes o, como mínimo, un dogmático del escepticismo. Luego, añaden que se salva por el esplendor de su lenguaje, como si la forma equivaliese al fondo, o por su profunda comprensión de lo

humano (esto último al menos, es verdad). Pero esa visión tan extendida del escritor olvida sus circunstancias y no lee entre líneas, que es donde la literatura se la juega.

Shakespeare nace en 1564 en una Inglaterra, la isabelina, sacudida por los conflictos religiosos. El cisma anglicano está todavía muy reciente, y aún más el trágico reinado de **María Tudor**, durante el cual estuvo a punto de restaurarse el catolicismo. Mientras escribe su obra, los católicos están siendo cruelmente perseguidos y ajusticiados, y tienen que vivir su fe a escondidas. Son tiempos de mártires, de heroicos recusantes y de esquivos criptocatólicos.

Las evidencias históricas que apuntan a que Shakespeare pertenecía a ese colectivo perseguido son abrumadoras. **Joseph Pearce** ha repasado los estudios y los testimonios y los ha sistematizado en un libro que se lee con el mismo suspense de una novela policiaca: *Shakespeare. Una investigación* (Palabra, 2008). Lo deslumbrante, desde un punto de vista literario, radica en que el conocimiento del contexto histórico e ideológico en que se escribieron las obras del inmortal escritor inglés arroja una luz muy clara sobre ellas, logrando lo que parecía imposible: que ganen mayor profundidad y excelencia. A la vez, su admirable comprensión de lo humano sigue siendo la misma. 



Tomás Moro y Tomás Moro

El drama histórico de *Tomás Moro*, en cuyo original se hallan los manuscritos más extensos de Shakespeare, fue una obra colectiva en la que nuestro autor tuvo, tal vez, el papel inspirador. En todo caso, su aportación fue tan sustancial que *Tomás Moro* se cuenta entre las obras del canon shakespeareano. En español, fue publicada en 2012 por Ediciones Rialp. Sin que pueda igualarse a los títulos cumbre de su producción, su importancia radica en que ofrece otro indicio poderoso de la fe de Shakespeare, lo que permite hacer una lectura más comprensiva, coherente y excitante de su obra completa. Shakespeare escogió a un significativo mártir como protagonista del drama e introdujo tantos alegatos y guiños procatólicos

que la convirtió en un elegante y divertido auto sacramental. Como era de esperar, la censura no permitió su publicación. Esto nos ayuda a entender fácilmente que fuese más sutil y sigiloso en las obras que sí sobrevivieron a la censura, aunque siempre dejó las pistas suficientes para los perspicaces. En esta pieza teatral resulta admirable la viveza del retrato de Moro, aunque quizá no es tan extraño si pensamos que Shakespeare debió de sentirse muy interpelado por el autor de *Utopía* (Ediciones Rialp, 2013), quien se caracterizaba por su afán de sortear el cadalso, sin renunciar a su fe, su amor a las letras y el teatro, su sentido del humor y, sobre todo, su doble condición de “buen servidor del Rey, pero de Dios antes”.

DE LAS BIOGRAFÍAS A la autobiografía

Joseph Pearce (Londres, 1961) es un reconocido experto en escritores conversos. Siendo él uno de ellos, ha vuelto los ojos sobre su propia historia: de líder juvenil de la extrema derecha a escritor católico, pasando por las sociedades secretas y dos condenas de cárcel. El resultado, *Mi carrera con el diablo. Del odio racial a la fe racional* (Palabra, 2014), es una apasionante narración de la aventura de la fe.



JOSEPH PEARCE tiene un don. Consigue transmitir las vidas y las ideas de los literatos conversos con una emoción intensa y una inquietante capacidad de interpelar al lector. El talento de **Chesterton, de Belloc, de Tolkien, de Roy Campbell**, etc., es razón de sobra, pero otro motivo evidente del actual predicamento de estos escritores en España ha sido, sin duda, la labor incansable de Pearce.

En *Mi carrera con el diablo. Del odio racial al amor racional* (Palabra, 2014), el biógrafo de los escritores conversos se vuelve sobre su propia vida, escritor converso él mismo. La historia es singular, pues arranca de las filas de la extrema derecha inglesa racista y violenta de los años

setenta, de la que fue un líder juvenil, y de sus dos internamientos en la cárcel. De aquel tiempo oscuro, lo salvaron varias luces: su insaciable curiosidad intelectual y literaria, una emocionante capacidad de admirar la nobleza de los adversarios, el sorprendente rezo del rosario y la figura ejemplar de su padre.

Leyendo *Mi carrera con el diablo*, se entiende bien tanta pasión literaria en Pearce: no en vano, fue la literatura, especialmente la de Chesterton, la que le salvó la vida. Para él, en consecuencia, la lectura no puede ser un ejercicio pedante ni un adorno cultural. Y se descubre algo nuevo, inesperado: su interés político. Purificado de odios y racismo, Joseph Pearce mantiene una vocación de servicio social y una perspicaz preocupación por los asuntos públicos. La fe es capaz de redimirlo todo.

Para Pearce, no es casualidad que el desarrollo de la tecnología haya conducido al crecimiento del analfabetismo y de su consecuente irracionalidad. Este entontecimiento

“La lectura para él no puede ser un adorno cultural porque la literatura le salvó la vida”

hasta el nivel del *sound bite* no augura nada bueno. Pero él no cree que el espíritu humano sea capaz de un descenso definitivo hasta el caldo primigenio de la banalidad absoluta. Afirma esperanzado: “Tendrá que haber una reacción hacia la fe y la razón que el alma necesita como sustento para sobrevivir”, convencido de que, tras el dilatado suicidio de la cultura de la muerte, se producirá la resurrección del espíritu humano y de la propia civilización. 



Biógrafo de conversos, él mismo converso

Leyendo la biografía de Joseph Pearce se ve perfectamente su visión este-reoscópica. En los escritores conversos ingleses, ha aprendido de la conversión hasta hacerla propia; pero también ha aprendido a escribir, hasta convertirse en otro escritor converso inglés. Pearce demuestra hasta qué punto la buena prosa puede ser apasionante y contagiosa, transformadora incluso. Vamos de su vida a la fe y de la fe a su vida, con escalas en la mejor literatura inglesa y universal. La carrera será suya con el diablo, como reza el título, pero para nosotros se ha hecho un paseo delicioso.



La razón de la *sinrazón*

HEMOS DICHO ya que el secreto de la vida es encontrarle el sentido. Don Quijote se decidió a dárselo él mismo. Para dejarlo claro, se vistió de caballero andante, cambió su nombre (y el de su caballo) y buscó una enamorada. Frisaba los cincuenta, ¡los cincuenta de entonces!, o sea, que nunca es tarde. Su creador, **Miguel de Cervantes**, tampoco era manco (al menos, metafóricamente) e hizo lo propio: tenía su edad (cincuenta y ocho años) cuando dio con el personaje que daría sentido a su biografía.

A veces, se discute qué escritor es más grande. Admiramos la salida de **T. S. Eliot**, que afirmó que Dante es el más alto, por ser el más transcendente, y Shakespeare, el más ancho, pues su obra abarca toda la espesura humana. Podríamos añadir que Cervantes es el más profundo: interpela directamente al sentido de la vida de cada uno de sus lectores.

Jorge Luis Borges opinaba que la categoría del escritor dependía de su capacidad para crear personajes. Por número, parece que **Shakespeare** se lleva la palma, pero debemos tener cuidado con el efecto óptico. Don Quijote, que emula a Amadís de Gaula, nos insta a emularle a él en la construcción de un personaje propio y singular. Cervantes, de esa manera, ha creado a tantos personajes como hemos salido de sus páginas dispuestos a enderezar entuertos. Esa fuerza vital tiene hasta nombre: *quijotismo*. Es llamativo que *dantesco* haga referencia (injustamente) a un escenario tétrico, que *shakesperiano* se limite a un tono o a unas tramas enrevesadas y que *quijotesco* sea, en cambio, una noble actitud existencial.

La sinrazón de don Quijote responde a una doble razón de la obra. Nadie puede afirmar que el ridículo que hace le resta ese señorío que tiene. Si

acaso, extrañamente, se lo da. A pesar de presentarnos tan a las claras lo desvencijado de su talle y sus propósitos, el Caballero de la Triste Figura emana un poderoso atractivo. **Rubén Darío, León Felipe, G. K. Chesterton y Nicolae Steinhardt**, entre tantos, han hecho firmes propósitos de velar armas junto a él.

“El error de Alonso Quijano radica en la elección de su modelo, Amadís de Gaula, cuando la única imitación auténtica es la de Cristo”

Pero no nos olvidemos del ridículo, que es muy serio. Para empezar, advierte que cualquiera que se sale del carril de lo normalizado, dispuesto a vivir según un



ideal, está forzando la nota y, por tanto, se pegará un porrazo o dos, o se los darán. Contar con ellos, riéndose de uno, los desactiva. Es la cuadratura del círculo: el logro de un idealismo realista.

Y, en segundo lugar, el ridículo entraña la lección más importante, según demuestra el profesor **Cesáreo Bandera**. El error de Alonso Quijano radica en la elección de su modelo, Amadís de Gaula, cuando la única imitación auténtica es la de Cristo. Nos advierte Cervantes durante toda la historia y, sobre todo, con la conversión final de don Quijote.

Como decíamos, el sentido mejor lo da la fe. Y, de paso, alcanzarla es, como enseña nuestro caballero andante, una aventura. **M**



El esnobismo OBLIGA

Ilustración: Marta Jiménez

La baronesa Blixen, **Karen Christence Blixen-Finecke**, que publicó bajo el seudónimo de **Isak Dinesen** (Dinamarca, 1885-1962), es más citada que leída. El éxito cinematográfico de *Memorias de África* (Sydney Pollack, 1985) ha generado la sensación en el gran público de que conoce a la gran escritora. Y nada más lejos de la realidad.

LA OBRA de la baronesa es de una extrema complejidad, pero tan transparente y armoniosa que apenas se percibe. Su chispeante esnobismo no es la clave final, sino una espléndida puerta de entrada. Ella lo confiesa constantemente, con ironía. En su matrimonio con un primo, que no fue feliz, pesó el interés por ostentar la baronía. Y en el establecimiento en Kenia, hubo un regusto austriaco. En el delicioso librito de entrevistas *Ser fiel a la historia* (Confluencias, 2013), confiesa: “Vivir allí [en su plantación] era, creo yo, como en la Inglaterra del siglo XVIII”.

Su buen humor forma parte de una defensa muy suya de las formas exquisitas, como su pasión por la hospitalidad, la buena mesa y su palpable filocatolicismo, lógico en una protestante tan amante del rito, del arte y de los sentidos. “Mi mayor constante en esta vida ha sido la alegría de vivir”, explica.

Escogió como seudónimo Isak porque significa “el que ríe”. Su excelente relación con el servicio doméstico, al que dedica muchísimas más páginas en su libro *Memorias de África* que a su historia de amor —que copa la empalagosa película— con Denys Finch-Hatton, también presupone un deslumbramiento por el señorío, tan presente en los criados como en los señores, ennoblecidos ambos por la fidelidad mutua. Por si no quedase claro, dedica al servicio otro libro: *Sombras en la hierba*. Ambos son altamente recomendables.

“Su buen humor forma parte de una defensa muy suya de las formas exquisitas”

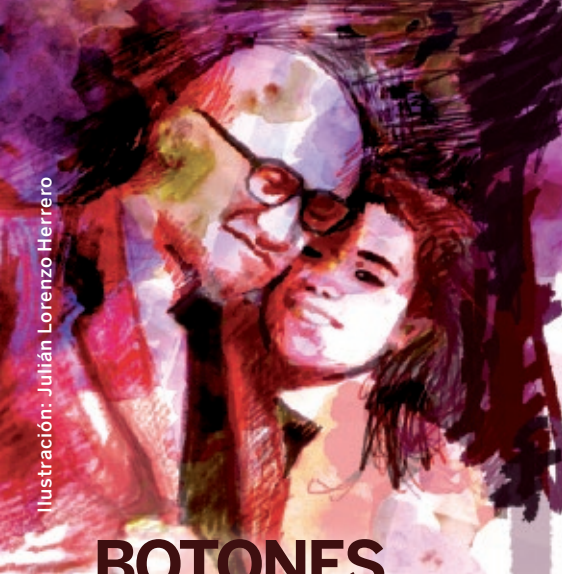
DULCE ironía

Karen Blixen prefiere retratarse en la luz refleja de los demás, ya sean las personas reales de sus libros de memorias, ya sean los personajes de sus cuentos. Su libro de relatos más redondo es, justamente, *Anécdotas del destino*, y allí se encuentra *El festín de Babette*, cuento que dio pie a la magistral película homónima de Gabriel Axel (1987). La actitud la ha descrito perfectamente el profesor Javier de Navascués: “No llamar la atención sobre uno mismo. **Solo narrar una historia con la espontaneidad de los viejos contadores de cuentos**: esa parece la consigna de una escritora que, en el fondo, solo enseñaba sus cartas a quien quisiera mirarlas con más cuidado”. La distorsión de la película *Memorias de África* no tiene que ver solo con el hecho de que relate una historia que Blixen no cuenta. La distorsión atañe, sobre todo, a los primeros planos de nuestra baronesa, que le hubiesen espantado y que en el libro brillan por su ausencia. Toda su literatura está tejida a base de sutiles escorzos, de reflejos irisados, de una dulce ironía y de un pudor que apunta a la trascendencia.

Tampoco la caza es un deporte más, ni la equitación, ni el amor por los animales. La baronesa Blixen encuentra en todo la oportunidad de hacer una vida acorde con la alegría y el sentido de la belleza. Incluso la amistad y el amor están imbuidos de un sentido feudal, casi de cuento gótico. *Siete cuentos góticos* se tituló, significativamente, su primer libro de relatos.

No le hubiese gustado que su historia de amor perdiese el pequeño pellizco del escándalo, un tanto provenzal, sin el que no puede entenderse bien. No fue un romance para ser envidiado ni aplaudido, sino llorado y disculpado. Por fortuna, ese gusto aristocrático por epatar al burgués lo suple su pasión por la caza. Escandalizará a más de un lector de nuestro tiempo cuando narra cómo abate a un hermoso león, que luego despelleja para regalar la piel al rey de Dinamarca: “Inaudito esnobismo”, la embroman sus amigos.

Y ahí sí estriba el secreto de Blixen. Ella se enfrenta sonriendo, pero sin piedad, a los prejuicios modernos. Se confesó escéptica del progreso material y tampoco consideraba que la emancipación de la mujer hubiese resultado muy buen negocio. Contra la modernidad, la forma más incisiva de reacción es el esnobismo, porque es una marginación voluntaria de la marcha de los tiempos a través de la sensibilidad y el encanto. No faltaron en la vida de Blixen ni en su obra. 



BOTONES DE MUESTRA

Escribir una reseña de un escritor de aforismos es complicadísimo, porque no hay un argumento o un propósito que resumir, sino miles de ideas comprimidas y de propósitos asumidos. Como compensación, puede mostrarse el género escolgiendo varios ejemplos. Las partes reflejarán el todo. Lean con sus propios ojos: “El diablo no logra adueñarse del alma que sabe sonreír”; “La plétora de leyes es indicio de que nadie sabe ya mandar con inteligencia. O de que nadie sabe ya obedecer con libertad”; “Todo fin diferente de Dios nos deshonra”; “Todo lo que interrumpa una tradición obliga a principiar de nuevo. Y todo origen es sangriento”; “La más ominosa de las perversiones modernas es la vergüenza de parecer ingenuos si no coqueteamos con el mal”; “La verdad es la dicha de la inteligencia”; “Mientras lo que escribimos no le parezca obsoleto al moderno, inmaduro al adulto, trivial al hombre serio, tenemos que volver a empezar”; “El mal no triunfa donde el bien no se ha vuelto soso”; “Aun cuando la desigualdad no fuera imborrable, deberíamos preferirla a la igualdad por amor a la policromía”; “Verdadero aristócrata es el que tiene vida interior”; “Pocos reparan en la única diversión que no había: tratar de ser año tras año un poco menos ignorante, un poco menos bruto, un poco menos vil”.



Un arsenal de ideas

No solo de novelas vive el lector. Se impone un cambio de tercio, y extremo: la aforística. Que no cunda el pánico, porque a nuestro autor se le aplica su propio aforismo: “Oír una opinión inteligente reconcilia con la vida”.

EL COLOMBIANO **Nicolás Gómez Dávila** (Bogotá, 1913- 1994), uno de los máximos aforistas del siglo xx, no se consideró escritor de aforismos. A los suyos, él prefirió denominarlos “escolios”. Podría parecer una marca personal, como son “greguerías” los aforismos de **Ramón Gómez de la Serna**; “pecios”, los de **Sánchez Ferlosio**; “flechas”, los de **Nietzsche**, etc. Pero es también una denominación de origen y una erudita advertencia: un escolio es una nota en los manuscritos antiguos y en los incunables, añadida por el “escoliasta” entre líneas o al margen para explicar los pasajes oscuros. Gómez Dávila, cuyos aforismos son decantaciones de horas innumerables de aristocrático ocio en una prodigiosa biblioteca personal de más de 33.000 volúmenes, está indicándonos que él es, sobre todo, un heredero atento de toda la tradición intelectual occidental.

Este primer párrafo puede desalentar al lector, primero, porque le dará la impresión de hallarse ante

una cumbre intelectual (lo es) de difícil escalada (no lo es: el escoliasta es quien explica y aclara, precisamente, el texto original). O porque, entre tantos otros aforistas, quizá se decida por leer antes a cualquiera de nombre más prestigioso. Pero cuidado, porque Gómez Dávila no es prescindible. Desde luego, por interés sociopolítico. Gómez Dávila desconoce la autocensura. Es un arsenal de ideas para la lucha por la cultura occidental. **Ernst Jünger** lo calificó como “mina para los amantes del conservatismo”. Su perspicacia interpretativa y su claridad expositiva son tales que hacen tambalearse a las torres más altas del progresismo o del marxismo. **Fernando Savater** reconoce a menudo el magnetismo intelectual que ejerce y **García Márquez** confesó: “Si yo no fuera comunista pensaría en todo y para todo como él”.

Pero al fin hay que leerlo, principalmente, por puro gusto. El mismo Gómez Dávila advertía: “Lector auténtico es el que lee por placer los libros que los demás solo estudian”. A menudo, además, nos reta a un duelo intelectual. Si uno se encuentra un escolio romo, ha de leerlo otra vez, porque, dicho con sus palabras, “el lector se cree ante un error. Y está ante una emboscada”. Con todo, lo más genuino suyo es una árida desesperanza ante el mundo moderno, combinada con una alegría eterna. El cóctel más explosivo: el máximo de pesimismo con la mayor de las esperanzas. 

“Lo suyo es un cóctel explosivo: el máximo de pesimismo con la mayor de las esperanzas”

José Jiménez Lozano

El mismísimo espíritu de la contradicción

Ningún escritor contemporáneo tan sencillo y coloquial es tan complejo y hondo. ¿Cómo consigue conciliar los contrarios? Hay que leer a **José Jiménez Lozano** (Langa, Ávila, 1930-Valladolid, 2020) para buscar la explicación, y quizá no se desentrañe el misterio del todo, pero qué importa. Leerle es la respuesta y la recompensa.

YA JIMÉNEZ LOZANO advierte de su esencial condición paradójica con un recuerdo de niñez. “Debí de mostrar ciertas proclividades que hacían predecir para mí un menor conformismo y un final funesto. María, una mujer muy joven que ayudaba a mi madre, me advertía, como un profeta bíblico ante cualquier trastada infantil, de que yo era el mismísimo espíritu de la contradicción, y que debería tener cuidado, porque eso me iba a llevar

un día a la cárcel o a los periódicos. Quizás fueron esas proclividades las que me hicieron hartito fácil no solo ir

“Los escritores a contracorriente hasta de sí mismos ofrecen un mundo vivo, vibrante, real”

¿POR DÓNDE EMPEZAR? Cualquier libro suyo es bueno (en sí y para empezar a leerle). El criterio más sagaz será dejar que él nos salga al encuentro según nuestra querencia. Si somos aficionados a la novela, su insólita **Historia de un otoño** habrá de deslumbrarnos. O la sonrisa de **Sara de Ur**. Pocas colecciones de relatos tan emocionantes como **El grano de maíz rojo**; aunque **Libro de visitantes** resulta un encantador retablo de Navidad. Si nos apasiona el arte, **Los ojos del icono** es un ensayo inexcusable. **El mudejarillo** es una finísima biografía de la infancia de **Juan de la Cruz**. Cualquiera de sus dietarios han sido un hito de un género en boga: **Los tres cuadernos rojos** fueron pioneros. No olvidemos su poesía, recogida en la antología **El precio**. Para él, sus poemas apenas son esos papelitos que se le cayeron de las manos. Pero fray Luis pensó lo mismo de los suyos, y son clásicos. Como los de Jiménez Lozano, clásico contemporáneo. Es esta otra de sus paradojas, que celebramos tanto.



Fotografía: Guillermo G. Baltasar

contra la corriente del uso de los tiempos, sino también de cualquier identidad cerrada. De manera que me he encontrado, luego, siendo tranquilamente un *tory* anarquista, un agustiniano helenizante o un ilustrado pascaliano. Es decir, un desastre para cualquier carrera de competencia en claridades. Salvo si se trata de palabras, desde luego”.

Con esas tres paradojas andantes se definió a modo de ejemplo. Hay muchas más: amó el silencio retirado, aunque publicó decenas de novelas, cuentos, ensayos, artículos, poemas... Ganó premios importantes, que desdenó. Desconfió de la estética, como **san Bernardo**, que, por el amor a Dios, renunció a las bellezas del mundo y, como él, halló en la sencillez una inesperada belleza, aún más estremecida. Fue cristiano progresista cuando no iba con la mayoría; y fue un católico que amó el dogma, la tradición y la liturgia, poniéndose de nuevo contra viento y marea. Podríamos seguir deshojando paradojas, pero subrayemos lo consciente que es él de que eso conlleva un desastre mundano, pero que es —si se trata de ser escritor— una ventaja indiscutible.

Los literatos sin tensiones interiores pueden hacer una obra redonda y pulida que rueda por el mundo, pero los escritores a contracorriente hasta de sí mismos ofrecen un mundo vivo, vibrante, real. El lector inquieto termina encontrándose allí con un maestro y un amigo para siempre.



AYESTA,

Helena y la alegría de Dios

Si alguna vez tengo que hacerle a usted algún regalo –porque me invite a cenar, por ejemplo–, apareceré en su casa con la corta novela *Helena o el mar de verano* de **Julián Ayesta** bajo el brazo. Regalar un libro más extenso es exigir demasiado tiempo; otro menos feliz, ser cenizo; otro menos perfecto, desagradecido.

POR TANTO, cuando una amiga me pidió que le recomendase un título para su hija adolescente, canté las alabanzas de *Helena o el mar de verano*. Cuando me la volví a encontrar, me dijo que no le había gustado nada porque ya no se veranea en grandes casonas familiares, ni los veranos son tan largos, ni los amores tan intensos. Quedé perplejo. Desde luego, **Julián Ayesta** (Gijón, 1919) no es un autor actual que adule a los adolescentes. Su novela no es de ayer: se publicó en 1952. Pero si un lector no es capaz de sobreponerse a las coordenadas circunstanciales y temporales para disfrutar lo invariable, ¿cómo leerá *La Ilíada*, la *Divina Comedia* o las *Coplas a la muerte de su padre*? Que la madre me diese ese argumento para defender el desinterés de su hija me hizo recordar que el

amor es ciego, y el de una madre inoperable, además.

El argumento a nosotros, en cambio, no nos convence. Por eso, vuelvo a la carga y recomiendo la misma novela. No cabe mayor delicia. Y en menos páginas, y sin dejar fuera ninguno de los grandes temas: la muerte, la soledad, la naturaleza, el pecado, Dios, el perdón, la familia, el amor... La obra tiene una estructura muy pensada y, a la vez, muy ligera, como un concierto

“La obra tiene una estructura muy pensada y, a la vez, muy ligera, como un concierto de Mozart”

de Mozart.

Está compuesta de impresiones de gran intensidad de unos sucesos cotidianos (pero trascendentes) en la vida de su protagonista infantil, primero; preadolescente y joven, después. **Ignacio Garmendia** afirma: “La colección de momentos estelares tiene algo de conjuro para apresar la felicidad perdida”.

¿Perdida? La verdad es que es una felicidad ganada. En el intermedio que es la segunda parte, en principio un adagio musical y un rito de paso, acabamos dándonos de lleno –confesión sacramental mediante– con la alegría de Dios, nada menos. Luego, cuando parecía que no se podía llegar más alto, llega el amor, en comunión con la naturaleza y el universo entero. 



BILDUNGSROMAN. *Helena o el mar de verano* trata de muchas cosas (el verano, el mar, Helena...), pero, sobre todo, del ingreso en la madurez de un niño. Es un **Bildungsroman** con todas sus letras, esto es, una novela de formación. Literariamente, lo más magistral es que vemos crecer al protagonista no solo por lo que nos cuenta, sino por cómo nos lo cuenta. Le oímos la voz, y esa voz se va haciendo más grave y profunda. También en *El guardián entre el centeno* oímos la voz del joven Holden Caulfield, pero en la novela de J. D. Salinger la voz no crece. Ni en el *Diario de un artista adolescente*, de Joyce. El mayor parentesco de Helena es con *La vida nueva de Pedrito Andía* (1951), de Rafael Sánchez Mazas, novela donde pasan más cosas, pero, sobre todo, lo mismo: un chico se hace hombre a través de una fe más profunda y de un amor limpio. Ninguna de las dos novelas va, en efecto, con los tiempos, pero falta le hacen.

EL PASTEL DE PIEL DE PATATA Y LA PIEL DE GALLINA

Si necesitásemos una coartada para recomendar el libro *La sociedad literaria y el pastel de piel de patata* (**Mary Ann Shaffer** y **Annie Barrows**), que ni es una novedad (se publicó en 2008) ni es aún un clásico, nos la brinda la película basada en la novela. Pero cuidado: aunque la película recibió buenas críticas, la previa lectura del libro triplicará el placer de verla.

La película fue dirigida por Mike Newell (*Cuatro bodas y un funeral*) e interpretada por Lily James



ÚNICA, PÓSTUMA, TOTAL Y CUATRO MANOS

Esta novela son mil historias, y la una de sus mil y una es la de la autora. **Mary Ann Shaffer** nació en West Virginia en 1934, se casó, tuvo dos hijas y fue editora y bibliotecaria. Toda la vida acarició el sueño de escribir un libro. Al frustrarse un proyecto que la había llevado a investigar a Inglaterra, pasó unos días en la isla de Guernsey. Ahí comenzó su amor con un paisaje, unos hechos históricos y un ambiente. Su amor por la literatura venía de lejos. De la colisión entre el deslumbramiento y la perseverancia nace, al fin, la escritura. El libro exigió mucho tiempo y muchas revisiones por parte de los editores. Mientras tanto, la autora enfermó y tuvo que pedir ayuda a su sobrina, la escritora **Annie Barrows**. Pocos meses antes de la publicación, Shaffer moría sin ver ni la edición ni el éxito. No importa, porque toda su pasión y su amor por los libros y las historias latían en la novela, y porque en ningún sitio se dice que nadie tenga que ser el espectador del triunfo de sus sueños. Lo noble es realizarlos y regalarlos, como ella hizo.

TRAS LA segunda guerra mundial, la protagonista, la joven escritora Juliet Ashton arriba a la isla de Guernsey (Canal de la Mancha) dispuesta a reconstruir la historia de la ocupación nazi. Son muchas más las cosas que habrán de ser reconstruidas.

La novela quizá podría calificarse de ligera, pero muy a la ligera, porque, de serlo, lo es más por rápida que por frívola, por aérea más que por insustancial. Asombra la cantidad de cosas que pasan y, más aún, la variedad de tonos y de temas. Es, como avisa su título, una novela sobre la afición a la lectura (y la produce); humorística, sobre la amistad; y, además, sin que lo avise el título, tiene épica, múltiples microrrelatos, tragedia, una aguda reflexión sobre el oficio de escribir, costumbrismo, historia y, por encima de todo, amor.

Como una receta fantástica de un pastel hecho con piel de patata, buena parte del mérito de esta obra

“La novela podría calificarse de ligera, pero muy a la ligera, porque, de serlo, lo es más por rápida que por frívola”



La sociedad literaria y el pastel de piel de patata cuenta la historia de Juliet Ashton, una exitosa escritora durante la época de la posguerra

estriba en conseguir, con ingredientes tan variopintos, un plato con un sabor único. Aunque en *La sociedad literaria y el pastel de piel de patata* falta la fe que sostiene el mundo de *El despertar de la señorita Prim* (Planeta Editorial, 2013), de **Natalia Sanmartín**, ambos libros comparten un inconfundible aire de familia. No solo por el carácter y las circunstancias de las protagonistas ni por las continuas meriendas ni por las hondas amistades repentinas ni por las infinitas referencias literarias: sobre todo porque, de fondo, hay una enmienda al mundo moderno desde la ternura, el valor y los buenos libros.

Si quieren un consejo, no dejen que la película les estropee el placer de leer esta novela. La película recibió buenas críticas, pero la previa lectura del libro triplicará el placer de verla, mientras que invertir el orden de los factores podría fastidiarles unas horas de apasionante lectura que les pondrán, a menudo, la piel de gallina. 

De amor de toda la vida

A los admiradores de **Jane Austen** no puede menos que entusiasmarnos el éxito de la nueva novela romántica. Sus títulos la siguen tan de cerca que, como en las persecuciones en círculo de las películas de cine mudo, acabarán corriendo por delante de lectores que serán atrapados, al final, por *Emma* u *Orgullo y prejuicio*.

EL GÉNERO goza de tanta entidad que hasta tiene nombre: se le llama *Clean Romance*, en claro desafío a otras lecturas que se dicen románticas, cargadas de erotismo explícito y sentimientos fuera de madre. Aquí reinan los ideales nobles y las pasiones embriagadas. No en vano sus escritoras han recibido varias veces el premio Christy, pensado para promover la excelencia en la ficción cristiana. Las más destacadas son **Julie Klassen** (*La hija del tutor*; *La institutriz silenciosa*), **Julianne Donaldson** (*Edenbrooke*; *Blackmoore*) y **Kristi Ann Hunter** (*Por fin en Marshington Abbey*).

La dama de Hawthorne). Libros de Seda y Palabra están publicándolas en España.

Dando por seguras sus buenas intenciones, hay que seguir indagando. Estas novelistas, ¿consiguen conectar con el lector, de modo que puedan plantar cara a esas novelas más “dirty”, digamos? Sí. Han dado con una fórmula exitosa. Recrean las tensiones sentimentales de la novela clásica inglesa, pero con una prosa más rauda y una psicología menos honda, con lo que se gana, al menos, en facilidad de lectura. Evocan escenarios prestigiosos, con un indes-

mayable afán *vintage*. La crítica **Reyes Cáceres** ha detectado, con fino olfato, una cierta influencia de la serie *Downton Abbey* y, todavía más, apuntamos nosotros siguiendo esa pista televisiva, de *Poldark*. Se añaden unas gotas de misterio a lo **Agatha Christie** y se remueve bien con dosis de aventura que vagamente recuerdan, incluso, a *Los cinco*. El cóctel emulsiona gracias al elemento base británico y se mezcla tan bien que resultan libros que se beben.

Lo que no nos dispensa de la última, inexcusable pregunta: ¿son buena literatura? Quizá estén dos grados por debajo de los imprescindibles que solemos recomendar en esta sección. Sin embargo, no hay lector exquisito que no reconozca, si además es sincero, que es más fácil engancharse a la lectura con libros rápidos y sencillos, y que así pasó (**Agatha Christie**, **Carmen de Icaza**, **Victoria Holt**) en su adolescencia. Junto a sus buenas intenciones y a su fórmula eficaz para atrapar la atención, estas novelas desbrozarán perfectamente el camino a muchos nuevos lectores hacia títulos más clásicos como *Emma* u *Orgullo y Prejuicio*. 



La hija del tutor

La estadounidense **Julie Klassen** (1964) sitúa la acción de esta novela en el mismo Cornwall de *Poldark* y en la misma época y con los mismos naufragios y con idéntica capacidad de atrapar al lector en una trama laberíntica. Pero hay una defensa, a la vez, muy sorprendente de la religiosidad, de la familia, del honor y de los buenos sentimientos. A estas alturas, es algo que se agradece. Cerramos el libro encantados, aunque con una duda. ¿Qué le pasa a nuestro tiempo que

cuando queremos representar una historia de amor profundo y limpio tenemos que irnos a otros siglos, y mejor si es a principios del siglo XIX? Incluso **Natalia Sanmartín** tuvo que mandar a su inolvidable señorita Prim a un pueblo fuera del tiempo (moderno) y con su mansión como Dios manda. No está mal aprovechar la lectura de nuestras nuevas novelistas románticas para echar una ojeada crítica al mundo que nos han puesto por delante, al que tenemos, me temo, que buscarle las vueltas.





Ilustración: Rikki Vélez

Una vieja novela que predijo nuestros días

En el coloquio de los 10 años de *Misión*, monseñor Munilla nos invitaba a leer *El señor del mundo* (1907). Leí el libro de **Robert Hugh Benson** (1871-1914) hace años, pero su relectura me ha sorprendido nuevamente.

su lectura para ir a cerciorarse de las fechas de nacimiento y muerte del autor. En esta novela futurista se predicen con estremecedor acierto la actual imposición del pensamiento políticamente correcto, el uso de los tópicos como policía intelectual, los peligros del globalismo, la potencialidad manipuladora del buenismo y el sentimentalismo y los subterfugios del poder.

Incluso descubriendo que **R. H. Benson** se apoya en la historia del Cisma de Inglaterra y en la implacable persecución de los recusantes (católicos que se negaron a convertirse al anglicanismo) para construir su novela distópica, hay detalles tan concretos que descon-

ciertan. La prefiguración del calentamiento global, por ejemplo.

Nada de eso había podido olvidarlo de mi primera lectura. De esta, sin embargo, me han conmovido los vislumbres de la vida interior del protagonista, tan pudorosos como poderosos. La novela se convierte en una tácita escuela de oración. También transmite una vívida catequesis de la trascendencia de la liturgia y de la mística sacralidad del sacerdocio.

En este aspecto más secreto late todavía el futurismo de *El señor del mundo*, una vez que sus fantásticos augurios de 1907 están tan palpablemente entre nosotros. Tras tal acierto en el diagnóstico, se puede confiar en el tratamiento que propuso R. H. Benson: más vida interior, más fortaleza, más fe, más santidad personal. Habiéndose cumplido sus más negros augurios, cabe esperar que también se cumplirán sus esperanzas más altas. 

EL VALOR literario de *El señor del mundo* está fuera de duda. Novela perfectamente construida, acoge numerosos personajes secundarios sin dejar hilos sueltos. La prosa es exquisita, incluso ritual, prácticamente litúrgica, a veces. Esa cierta lentitud se compensa con una atrevida agilidad psicológica, capaz de atrapar a un personaje (y al lector) en dos trazos, y con un uso sapientísimo (casi invisible) de la elipsis. Lo digo antes porque el aspecto literario puede pasar desapercibido ante el profundo impacto que produce el argumento.

En una primera lectura resulta increíble que esta narración fuese escrita en 1907 y no en 2007. Estoy seguro de que el lector interrumpirá

“La novela se convierte en una tácita escuela de oración”

R. H. Benson, olvidado inolvidable

En su ensayo *Gigantes escritores católicos* (2014), Joseph Pearce considera a Benson un genio desconocido, aunque no siempre fue así: “Pocas estrellas del firmamento literario, ni antes ni desde entonces, han brillado con tanto brillo en su tiempo para después ser eclipsadas de una forma tan inexplicable en la posteridad”. A tal celebridad contribuyó su condición de converso al catolicismo siendo hijo de la máxima autoridad de la iglesia anglicana, el arzobispo de Canterbury, nada menos; y la de hermano de dos prestigiosos escritores. Ciertamente que su temprana muerte, con 43 años, truncó una carrera literaria de la que todavía se podían esperar grandes frutos, pero sus logros ya eran evidentes, como comprueba de inmediato el lector de *El señor del mundo*. Pearce sugiere que su eclipse se debe a su catolicismo sin ambages, poco dado al halago a las ideas del momento y a dulcificar las exigencias espirituales. Eso explicaría que el mundo no se vuelva loco con la obra de Benson, pero estaríamos locos los católicos si no disfrutamos y aprovechamos este maravilloso escritor *contra mundum*, que falta nos hace.





No por divertidas dejan de ser excelentes las novelas de aventuras. El profesor **John Senior** las recomendaba como puerta de acceso a los clásicos y, sobre todo, a una actitud valiente y generosa frente al mundo.

VIVIR ES una aventura en toda época y en cada edad. Sin embargo, las novelas de aventuras reclaman verano y lectores jóvenes. Por la deliciosa paradoja de estarse muy quietos a la sombra de un árbol viviendo, en realidad, trepidantes acciones en países exóticos con una imaginación ferviente y el alma creciendo. Pero también porque atrapan tanto que más nos vale tener horas por delante y noches libres para leer sin interrupciones.

Mario Crespo, aguerrido defensor del género, hace dos audaces defensas contradictorias. Por un lado, recuerda que "Sandokán, Allan Quatermain, Ed Malone o Miguel Strogoff, todos ellos lejanos descendientes de Ulises, son esforzados soldados en la guerra contra el imperio del tedio. Y siempre ganan". Por otro, constata su valor ético: "En tiempos de antihéroes, no hace ningún daño leer historias de personajes sin dobleces, con un código de honor y una cierta arquitectura moral".

Ese duelo a florete entre el carácter puramente hedónico y entretenido de la novela de aventuras y su indiscutible utilidad ética no es la menor emoción del género.

El autor de la gran *Enciclopedia de la narrativa de aventuras*, **Don D'Ammassa**, afirma que, en las mejores historias, el viaje físico del protagonista es reflejo de un viaje interior. Las peripecias más extraordinarias se entrelazan con el crecimiento espiritual como ya ocurría en las leyendas del ciclo artúrico, brillantemente recopiladas y ordenadas en *Arturo y sus caballeros de la Tabla Redonda* por

"En las mejores historias, el viaje del protagonista es reflejo de un viaje interior"

NUESTRA SELECCIÓN

Dentro del género de aventuras, hay subgéneros apasionantes: de piratas, del Oeste, de romanos, etc. La suerte ha querido que se hayan publicado recientemente dos trepidantes novelas de aventura contrarrevolucionarias, muy oportunas. Homo Legens ha reeditado ***Una familia de bandidos***, de **María de Saint-Hérmine**: un relato tan estremecedor como edificante. También frente a los desmanes de la Revolución Francesa se alza ***El conde de Chanteleine***, de **Julio Verne**, que trae a nuestras manos Libros Libres. Metidos de lleno en esas turbulencias, ¿cómo no releer la fabulosa ***Historia de dos ciudades*** de **Charles Dickens** o intrigar de nuevo con la ***La pimpinela escarlata*** de **Orczy**? ¿Y por qué las veo tan oportunas? Quizá porque vivimos en tiempos revolucionarios, aunque más taimados; porque contra el abuso y el crimen proponen el valor y el sacrificio y, sin duda, porque, cuando la aristocracia perdía sus privilegios, la nobleza de espíritu brilló como nunca, y falta nos hace.



Roger Lancelyn Green (editadas con galanura caballeresca por la editorial Siruela). Un amigo de Lancelyn Green, **J.R.R. Tolkien**, trasplantó ese espíritu a su Tierra Media en la saga de *El señor de los anillos*.

A muchos de nosotros, ya no tan jóvenes, se nos hace la boca agua con tantos títulos por leer o, aún mejor, por releer. ¿Se nos pasó la edad para las novelas de aventuras? En absoluto, son para jóvenes, sí, pero es que leerlas quita años a base de emociones a flor de piel y de ideales eternos. 



Ilustración: Silvia Álvarez

Lo INGENUO y lo MARAVILLOSO

Los **cuentos jasídicos** son el delicioso fruto literario del jasidismo, movimiento judío que floreció en Europa del Este durante el siglo XVIII y que aún perdura. Tienen tanta sensibilidad como humor, tanta fe y amor a Dios como naturalidad y sencillez. No hace falta ser judío para beneficiarse de la belleza, bondad y gracia que regalan.

EL CUENTO jasídico es el haiku de la narrativa, la forma mínima donde se dan la mano la estricta simplicidad y la profundidad y la emoción más grande. El microrrelato, tan de moda, tiene algo de laboratorio metaliterario y no acaba de fluir con la humanidad de estas historias –tan ingenuas como trascendentes– de maestros judíos y sus mujeres, hijos, amigos, discípulos y vecinos. Algunas tienen un contenido narrativo tan mínimo que se acercan al aforismo o al proverbio. Otras son parábolas. Otras, anécdotas. Casi ninguna deja indiferente.

La Torah y los ritos eran importantes para el jasidismo, pero la alegría y la cercanía de Dios también; y eso, sobre todo, es lo que transmiten y contagian sus cuentos. Lo místico y lo ordinario se mezclan a la perfección gracias a dos excipientes: la misericordia y la

ternura, removidos con la fortaleza de la fe y dosificados con la precisión de la finura psicológica.

Cuando el tonel rebosa

Que los cuentos jasídicos resulten joyas literarias no quita para que sean, en realidad, historias transidas de una religiosidad profunda. Esta relación ya la explicó Baal Shem Tov, fundador del jasidismo. Rezaba a Dios: “Cualquier cosa que haya en mí, todo lo nuevo y lo viejo, es solo para Ti”. Le preguntaron entonces sus discípulos: “¿Pero acaso el rabí no nos dice también a nosotros palabras de enseñanza?”. Él repuso: “Sí, cuando el tonel rebosa”. Ha rebosado hasta llegar a nosotros, agradecidos lectores. La milagrosa mezcla de sencillez y profundidad de estas historias la explica otra parábola. “Un rey fue echado de su reino y obligado a convertirse en caminante. Un día llegó a la casa de una pobre gente. Le ofrecieron una modesta comida y le dieron abrigo, pero fue recibido como un rey. Su corazón se aligeró y conversó con su anfitrión tan íntimamente como lo hacía en la corte con los señores. Ahora que está en el exilio, Dios hace lo mismo”. En los cuentos jasídicos, tan pobres y humildes, Dios conversa íntimamente.

Veamos un ejemplo. Se nos dice que el mundo está tan bien hecho que Dios no quiso entregar la maldad intrínseca ni a los venenos. Se usan para hacer medicamentos y eso los redime: los enfermos son, pues, sus médicos. No sorprende que reine la felicidad. Casi chesterntoniano, **Rabí Pinjas** explicó: “Todas las alegrías provienen del paraíso, y también las chanzas, siempre que sean dichas con regocijo verdadero”.

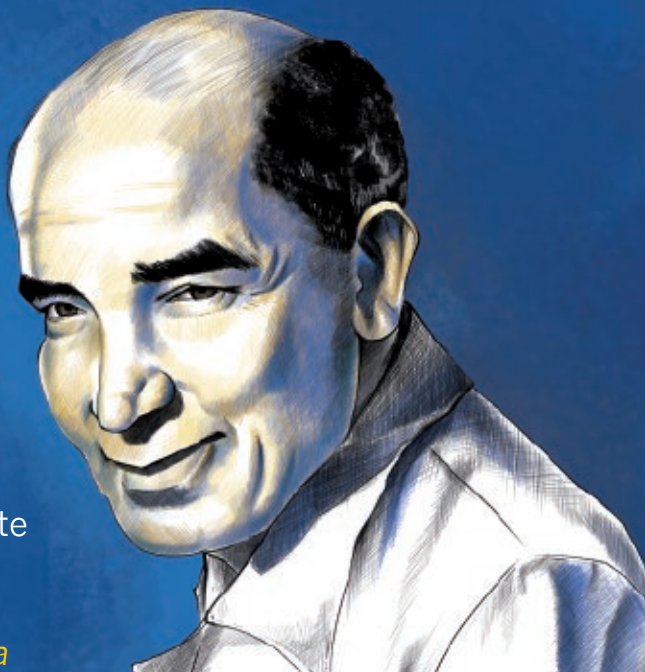
La colección más recomendable es la que hizo en cuatro volúmenes el filósofo **Martin Buber** (1878-1965), publicada en Paidós, aunque difícil de conseguir. Por suerte, en internet circulan muchos de estos cuentos. Se ordenan siguiendo las sagas familiares de maestros, con lo que la familia, el matrimonio y la pedagogía adquieren, indirectamente, un papel protagonista. Otros temas constantes son el estudio, el trabajo y la sinceridad.

La influencia de los cuentos jasídicos se deja sentir en un libro imprescindible que ya recomendamos aquí, *Diario de la felicidad*, del rumano y judío converso al cristianismo **Nicolae Steinhardt**. Después de leer estos cuentos, uno anhela ardientemente que le influyan muchísimo también.

“En los cuentos jasídicos lo místico y lo ordinario se mezclan a la perfección”

Casona de amor y muerte

El dramaturgo **Alejandro Casona** (1903-1965) resiste el paso del tiempo. Nos lo recuerdan este año y el que viene varias efemérides (100 años de su primer poemario: *La empresa del Ave María*; 85 de *La sirena varada* y 70 años de *Los árboles mueren de pie*), que nos invitan a preguntarnos por su secreto.



ENSAYISTA SECRETO

El reconocido dramaturgo también es un agente del ensayismo secreto. Tiene un ameno y sugerente estudio sobre las mujeres de **Lope de Vega** y una biografía de **Francisco Pizarro**, pero su tratado más curioso es *El Diablo* (1925). En este ensayo juvenil da muestra de una amplia erudición y de un tino grande en el tratamiento del tema. En principio, es un repaso del currículum del demonio como personaje literario, sobre todo en la literatura española, pero **Casona** sabe reírse de él a lo **C. S. Lewis**; y hacerlo, además, sin restarle importancia, como tantos ahora, que se creen que nos hacen un favor diluyendo la existencia del Maligno, y nos tienden una trampa. Por supuesto, lo literariamente interesante de Casona son sus obras mayores, *Prohibido suicidarse en primavera*, *La dama del alba* o *Los árboles mueren de pie* (1949); pero, para que su aparente sencillez y su límpida transparencia no nos confundan, es bueno recordar cuántas lecturas, qué de estudio y cuánta fina psicología hay detrás de su literatura.

SI ESTO fuese un juicio civil o penal, tendría que recusarme de oficio por razón de parentesco. En mi adolescencia, mi madre me recomendó ilusiónada que leyese *La dama del alba* (1944). Cuando he ido a repasar sus obras, descubrí que en casa tenía *El caballero de las espuelas de oro* (1965) y, al abrirlo, vi el sello de la librería Don Quijote, de Granada, donde estudió ella, y su firma y la fecha, 1966, de sus esplendorosos años universitarios. Por fortuna, no soy yo el que tiene que juzgar. Con **Casona** rige la cosa juzgada (*exceptio rei iudicatae*). No disfrutó de especial fortuna con la crítica, pero siempre gozó del fervor del público. Y es a pulso de sus lectores y a pulmón de las representaciones de aficionados como ha atravesado el hondón del tiempo.

Bien leído, los lectores tienen razón. Casona es un acendrado representante de su generación, la del 27, y en su obra teatral se conjugan con armonía tres características propias de su momento. El neopopularismo, que en su caso consiste en una atención estudiosa y entusiasta a las leyendas populares y al folclore. Tampoco

olvida un simbolismo sugerente. Ni el sentido del humor, en consonancia con compañeros generacionales como **Mihura** o **Jardiel Poncela**. En algunas de sus comedias como *La sirena varada* (1934) o *Prohibido suicidarse en primavera* (1943), algunos elegantes diálogos recuerdan a **Oscar Wilde**.

Fue un autor muy fiel a sus temas, y estos son eternos, lo que explica, mejor que nada, su pervivencia. Su obra versa sobre la muerte y el amor. Ciertamente España le interesa intensamente, aunque como escenario natural e histórico para el amor y la muerte. Uno de sus dramas históricos se titula *Corona de amor y muerte* (1960), y trata de un personaje que le

“Fue un autor muy fiel a sus temas, y estos son eternos, lo que explica, mejor que nada, su pervivencia”

va como anillo al dedo: Inés de Castro. Podría ser el símbolo de toda su obra. Para Casona (otra vez fiel a los clásicos) la vida es más fuerte que el amor, y la victoria del amor es la vida. 

COPLAS A LA VIDA ETERNA del padre

Uno de los temas peliagudos de este tiempo es el arrinconado lugar del padre en el mundo contemporáneo. Sobre él se publican apasionantes ensayos cada año. Hace casi 550 años, **Jorge Manrique** no sólo escribió a la muerte de su padre, sino a su vida, con agradecimiento y con esperanza en la vida eterna. Es un canto a lo mejor de la paternidad que desafía los tiempos y a este tiempo. O sea, es un texto imprescindible.

LO PRIMERO que llama la atención de las *Coplas a la muerte de su padre* es la facilidad con la que se lee un texto escrito hace medio milenio. Asombra el vigor del idioma castellano de Manrique, que pasa a través de los siglos como una flecha sobrevuela los castillos impugnables, los muros y baluartes y barreras, la cava honda chapada o cualquier otro reparo.

Los años no han embotado el filo de estos versos. **Azorín** les dedicó unas páginas transidas y era el poema preferido de **Menéndez Pelayo**. **Jaime Gil de Biedma** cuenta en su diario de 1956 que al oírlos “tuvo la revelación de la poesía”. Además, se cantan muy bien. La versión de **Paco Ibáñez** es adusta y juglaresca, con una emoción contenida. La versión de **Amancio Prada** es extraordinaria y le saca al poema todo el brillo verbal y toda la hondura espiritual, con una emoción desbordada. Recomendando ambas (se encuentran en YouTube) para acompañar la lectura, pues facilitan el acceso a la poesía. Si hubiese que escoger, la de Amancio Prada es mi debilidad.

El atento estudioso **Vicenç Beltrán** ha subrayado que estamos ante un poema menos ascético de lo que comúnmente se ha pensado. ¿Menos? Sí, pero no en el sentido de que no

sea una obra profundamente convencida del cristianismo que profesa, sino porque no es una obra clerical. Presenta un modelo secolar de pasar por el mundo y de ganarse la gloria “con las manos”. Otra lección para nuestros tiempos, que además está significativamente unida a la de la paternidad. Cabe un cristianismo firmemente sentido y sostenido sin una gota de blandura ni ñoñería.

Durante mucho tiempo dije a la menor ocasión que mi muerte ideal era la de don **Rodrigo Manrique**. Ojalá cercado de mi mujer, y de mis hijos y hermanos y criados, dando el alma a Quien me la dio, y dejándoles –harto consuelo– mi memoria. Lo sigo pensando; pero he añadido de un tiempo a esta parte algo muchísimo más perentorio: entre líneas, Jorge Manrique nos ha dibujado un ideal de vida, al que también nos insta a aspirar. Nos muestra, como quien no quiere la cosa, todo un mundo de virtudes, grandes, medianas y pequeñas,

“Jorge Manrique nos ha dibujado un ideal de vida, al que nos insta a aspirar”



DÍGALO EL DE PORTUGAL

Para disfrutar de las *Coplas* no hace falta conocer la historia de la España de finales del siglo xv, pero, si se la conoce, la obra se irisa de nuevos matices. Es significativo lo poco que presume Jorge Manrique de familia y prosapia en su poema. Tan poco, que muchos lectores han pensado que se trataba de un hidalgo o noble menor. Pertenecía a una de las familias fundamentales de la Castilla de su tiempo, que participó en primera línea en todos los convulsos avatares que precedieron el ascenso de Isabel la Católica al trono. No se perdieron ni una intriga. Que no presuma contribuye, subterráneamente, a darle alcance universal al poema. Un ejemplo: su padre era el conde de Paredes, pero el poema sólo se gloria de los títulos de “buen caballero” y de “claro varón”. Nada más noble. Entre líneas, se puede observar cierto resquemor en *Las Coplas* porque los Reyes Católicos no han pagado tantos servicios. Es bonito, porque la protesta va implícita. Y con un tono de profundo orgullo. Si han sido o no buenos servidores de sus reyes lo tienen que decir sus enemigos, no los monarcas ni menos los cortesanos: “Dígallo el de Portugal / y en Castilla quien tomó / su partido”. Qué chulería perfecta. Por arriba (Dios), por debajo (la muerte) y por los lados (la familia y la política), las *Coplas* son un poema inacabable. La vida de la fama también la tiene asegurada don Rodrigo Manrique por los siglos de los siglos.

que van desde la sobriedad sentimental (pero muy honda) hasta la delección en los placeres del mundo (tan fugaces).. Son lecciones que, unas tras otras, necesitamos aquí y ahora. La fe se conjuga con la fortaleza. Los derechos propios se defienden. Se confronta a los enemigos y se ama tiernamente a los amigos. La familia es un baluarte. La mejor herencia que un padre puede dejar a sus hijos es su ejemplo. 

Soberano Galdós

La conmemoración del centenario de la muerte de **Benito Pérez Galdós** (1843-1920) revivió enconadas polémicas sobre su importancia. Mejor no hacer ni caso, y leerle, que será la prueba indiscutible de que estamos ante un autor de primera categoría. *Fortunata y Jacinta* es su obra cumbre. *Episodios Nacionales*, la más amada.

EL PROYECTO literario de novelar la historia contemporánea de España ocupó media vida de **Galdós** y, por tanto, atravesó muy distintas etapas anímicas, literarias y políticas. En las 46 novelas, divididas en cinco series (la última, incompleta) cabe de todo. Las más luminosas y vibrantes son las dos primeras series, y especialmente la primera, que narra las andanzas y amores de Inés Santorcaz y Gabriel de Araceli en la España que resiste a la invasión napoleónica. Es esta serie —nuestra *Guerra y paz*, digamos— la que recomienda el padre Ladrón de Guevara en su tajante *Novelistas buenos y malos*, condenando las otras a las tinieblas exteriores.

Yo me apunto al consejo del venerable padre, pero concretaré un poco más, y resaltaré una novela, *Cádiz* (1874), octava entrega de la primera serie. Estoy convencido, además, de que quien la lea correrá a leer las otras nueve. No la escojo, ojo, llevado por el amor al terruño, por mucho que yo escriba estas líneas desde Cádiz, precisamente, sino porque se trata del nudo de la serie, que puede leerse como una historia independiente casi sin problemas y donde la deliciosa historia de amor alcanza su romántico apogeo y la historia de España, con la Constitución de

Cádiz (tampoco es chauvinismo) entra de lleno en la época contemporánea (de la que tal vez estemos saliendo ahora precipitadamente).

Además, en esta novela, como quien no quiere la cosa, Galdós desata un nudo gordo, si no gordiano, que atenaza a los españoles. Siempre se ha destacado, véase **Ricardo Gullón** en 1957, “el parentesco espiritual entrañable” de don Benito con **Miguel de Cervantes**; aunque a ratos se le atisba cierta rivalidad girardiana o una ansiedad de las influencias a lo **Harold Bloom**. Pero en *Cádiz* se enfrenta con el problema del quijotismo, que parecía haber convertido en ridícula (aunque íntima) la aspiración a la caballería. Admirén cómo Gabriel de Araceli le quita al mito adherencias folclóricas y resabios arcaizantes, y salva su prístino espíritu de nobleza para la España más moderna, y para siempre. 



Ilustración: Rikki Vélez

HISTORIA muy viva

Últimamente, siempre que se trata de la Historia de España, se habla sólo de la Guerra Civil. Las novelas de **Benito Pérez Galdós** sorprenderán a muchos que ignoran que España existía antes del 18 de julio del 36. ¿Y no sería mejor acudir directamente a los tratados de Historia? Sería bueno, pero no mejor. Galdós cuenta la Historia a través de historias, dejando claro que las vidas cotidianas se hacen sobre la trama de la realidad social, influidas por ella y, sobre todo, influyéndola. La tentación de inhibirnos de la política, entonando el “ándeme yo caliente/ y ríase la gente”, queda conjurada por los *Episodios*, donde percibimos que todos, con nuestros diversos problemas y opiniones, compartimos una suerte. Cuando **Juan Carlos I** era príncipe le aconsejaron que, para reinar sobre los españoles, lo esencial era leer los *Episodios Nacionales*. Ni usted ni yo seremos jefes de Estado (por la gracia de Dios), pero Galdós nos ayudará a ejercer la responsabilidad (“la soberanía nacional reside en el pueblo español”) que la Constitución ha puesto en nuestras manos.

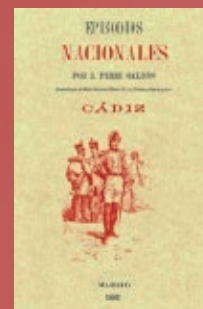




Ilustración: Rikki Vélez

LA CUESTIÓN MORAL

El problema no es que Arsène Lupin sea un caballero, aunque eso empieza a ser una rareza peligrosa, sino que es un ladrón, y a veces lo es crudamente, sin la cobertura de ONG de un Robin Hood. ¿No será poco educativo leer a nuestros hijos las andanzas de un amigo tan íntimo y tan atractivo de lo ajeno? La ficción tiene razones que la legalidad no entiende. Pero además hay una enseñanza muy sutil y subterránea, que quizá sea imprescindible en estos tiempos. Los códigos morales no siempre coinciden con los decretos gubernativos de cada país, y cada vez menos. Lupin, con unas inquietudes muy posmodernas, se desenvuelve en un sistema de lealtades y de honor propio. Él se lo exige con rigor, mientras se pone el mundo por chistera. "Un caballero en cualquier época hubiera preferido al ladrón por yerno antes que al carcelero que lo cuida", sugirió **Chesterton** en *La prensa y otras obviedades*, y yo creo que, si se le quita la pizca de exageración, se entiende. En la conciencia de Lupin no manda nadie, desde luego, pero bien que le manda a él su conciencia. Y eso es una enseñanza moral de extraordinaria y urgente necesidad.

ARSÈNE LUPIN, caballero y ladrón

Los tiempos dorados de la lectura apacible y horizontal, lo que piden –por compensar– son volúmenes de acción, inquietud y suspense. En la novela policíaca siempre hay, como mínimo, un robo (el de nuestra atención) y un crimen (el de nuestra apatía).

NOVELAS POLICÍACAS o amarillas (para los italianos) o negras las hay de todos los colores. Desde el precursor **Wilkie Collins** (qué clásicos espléndidos son *La dama de blanco* y *La piedra lunar*) hasta las últimas correrías de los guardias civiles Rubén Bevilacqua y Virginia Chamorro, firmadas por **Lorenzo Silva**.

Se han intentado diversos métodos para clasificarlas. Tanto Sherlock Holmes, por el lado de la justicia, como Arsène Lupin, por el del robo, son personajes extremados, increíbles, superdotados, precursores de los poderes de los superhéroes. A partir del padre Brown, de **Chesterton**, se buscó más la resolución sorprendente y honesta de un problema intelectual en el que se respetasen unas reglas del juego, como un ajedrez moral. Los famosos mandamientos del *Detection Club* recogen esas reglas. Los norteamericanos **Raymond Chandler**, **Dashiell Hammett** y **James M. Cain** dieron una vuelta de tuerca en busca de una verosimilitud más dura. ¿Y cómo dejarnos fuera al francés **Simenon**, por nada del mundo, ni a los italianos **Sciascia** o **Camilleri**? También por tantas lecturas inabarcables se nos volverá a quedar muy corto este tiempo de lectura apacible.

"Su golpe perfecto es el cariño que el muy truhan nos roba"

¿Por qué leer, entre tanta oferta, a **Maurice Leblanc** (Ruan, 1864-Perpignan, 1941) y alguno de sus veinte volúmenes dedicados a Arsène Lupin, ladrón de guante blanco, caballero contradictorio, Cyrano cínico? Habiendo nacido en 1905, ¿no ha quedado *demodé* por otros personajes más modernos? Si hay algo que Lupin no puede quedar, es pasado de moda, él, capaz de metamorfosearse para estar siempre a la última y dejarnos a los lectores a la penúltima. Hemos de reconocer que la exitosa serie televisiva francesa, que revisita al personaje (cambiando muchas cosas, pero respetando el espíritu) le ha dado un empujón mediático. Pero ya era una lectura entretenidísima que funciona especialmente bien si se hace en voz alta y para niños o preadolescentes. Quedan deslumbrados. La propia ingenuidad original de la prosa de Leblanc juega a su favor.

Sus tramas criminales y el suspense no son más que un incansable telón de fondo para lo verdaderamente intrigante: la personalidad de Lupin, en constante cambio y formación. ¿Quién es, por qué lo hace, cómo acabará, es bondadoso o malvado, dónde está, cuándo vendrá, etc.? Como vio claro el primer editor del primer cuento en la primera revista, el secreto del misterio estaba en el encanto evidente de Arsène Lupin. Su golpe perfecto es el cariño que el muy truhan nos roba con la facilidad con la que birla el reloj de bolsillo al mismísimo Sherlock Holmes [sic].

SENIOR, como su nombre indica

John Senior (1923-1999) fue un simple profesor de literatura en diversas universidades norteamericanas... de una transcendencia capital. Defendió un acercamiento apasionado a los buenos libros, que jamás han de ser jalones de erudición o un lujo cultural, sino llamadas a una vida mejor. La propuso a sus alumnos y lectores, y la predicó con su ejemplo continuo de caballero cristiano.

SENIOR CUENTA en *La muerte de la cultura cristiana* (1978) una anécdota que, aunque no lo parezca a simple vista, adquiere una importancia categórica: “Recuerdo muy bien estar en la universidad, de pie, frente a un buen profesor que había hecho mucho por promover los cien grandes libros, diciéndole: ‘¡Pero yo no puedo leer todos esos libros!’”. En

medio de la lectura de la *Crítica de la Razón Pura*, me desesperé. ‘Por supuesto que no puede’, me dijo **Mark van Doren**. “Nadie puede leer cien grandes libros; pero aquí tiene uno: léalo”. Cogió al azar un volumen de su escritorio y me lo dejó; y resultó ser una colección de los *Diálogos* de Platón que ayudó a cambiar mi vida. Por supuesto, nunca lo terminé; aún leo a Platón, porque todavía no he finalizado mi vida”.

La lección literaria de esta historia es evidente; pero Senior va más allá y empleó este método para acercarse al mundo y a la vida. En su *Integrated Humanities Program* (IHP) en la Universidad de Kansas, se dieron inesperadas historias de transformación de alumnos, muchos de los cuales eran hippies y agnósticos, y descubrieron la fe, e incluso una vocación religiosa. Eso llegó a preocupar a las autoridades académicas, que terminaron por

cancelar el programa. Pero ¿qué hacía el profesor Senior allí? Ponerlos en contacto con la realidad. Una clase podía ser salir de noche al campo y tenderse a ver las estrellas. ¿Nada más? ¡Nada menos! Otra, oír disertar a los profesores como caballeros educados sobre **Shakespeare**. Otra, una fiesta con música y bailes tradicionales.

Pero ese contacto (cualquiera) con la realidad, que guarda las huellas de su Creador, adquiría un inmenso poder transformador para unos alumnos que venían de un mundo cada vez más virtual, más hipotético, más alucinógeno y más ideologizado. “La ideología es el enemigo”, había escrito.

Cuando afirma que la restauración de la cultura cristiana empieza por tirar los televisores está, otra vez, siendo práctico. Como cuando anima, antes que a nada, a cuidar la liturgia. Una sola acción, pero capaz de volver, en poco tiempo, todo del revés. Era un gran intelectual con una desconcertante humildad y un punzante sentido común. Tuvo el don de la obviada transformadora, como cuando en *La restauración de la cultura cristiana* (1983) advierte: “Debido a que nuestro trabajo es desordenado, no hay tiempo para la oración; y porque no hay tiempo para la oración, nuestro trabajo es cada vez peor”; y uno asiente. **M**

El método educativo DEFINITIVO

JOHN SENIOR aplicó a la enseñanza su sentido común y su amor a lo concreto. –*La restauración de la realidad*, se titula una biografía sobre él que ha escrito **Fr. Francis Bethel, OSB**, (Homo Legens, 2023)–. Más sencillo, imposible: “El primer paso, silencioso pero definitivo, para una verdadera reforma de la educación es que los padres y los profesores lean. Comenzando por ellos mismos, estén donde estén y se sientan lo cansados que se sientan, deben leer. No leer los cien grandes libros, o aquellos que creen que deben leer, sino cualquier buen libro que tengan a mano; y comenzando por él, llegar no solo a apreciarlo, sino a conocerlo y amarlo, y después pasar a otro, y a otro”. Esa fe en la buena lectura (“La literatura es el buey de la cultura, su bestia de carga. Sin ella no tenemos forma de transportar la cultura”) y en el valor de las acciones cantantes y sonantes movió montañas.



“Debido a que nuestro trabajo es desordenado, no hay tiempo para la oración y, por eso, nuestro trabajo es cada vez peor”



Ilustración: Rikki Vélez

LA REDONDEZ DEL CUADRO

En *Misión* estamos orgullosos de que un cuento escrito para nuestras páginas diese lugar a la novela *El cuadro* (Libros Libres, 2011) de **Mercedes Salisachs** (Barcelona, 1916-2014). Nos reconocemos en ese libro por su cuidado literario, por su valiente mensaje a favor de la vida, y por la energía de su autora, una de las escritoras más longevas en activo hasta su muerte.

SE CUMPLEN ahora 15 años de la publicación por la editorial Libros Libres de aquella novela “tan nuestra”: *El cuadro*. Escrita cuando **Mercedes Salisachs** tenía 94 años, bosquejó su argumento en el relato “El niño que buscaba un padre”, que publicamos en el número 17 de *Misión*. En su prólogo, nada menos que el sabio **Carlos Pujol** señala que: “El secreto de la literatura está más en lo que se sugiere que en lo que se dice”; y nos adelanta que, aunque “se titula escueta y enigmáticamente *El cuadro* [...] también hubiera podido llamarse *La búsqueda*”.

Se sobreponen dos tipos de ocultamiento en la breve novela: el del secreto y el del misterio. El primero nace de la delicadeza de la autora

frente a la dureza inicial del argumento. El segundo, a través del asombro y la oración, de la trascendencia casi inefable. Gracias al secreto, Salisachs nos cuenta los aspectos graves de la historia de Elena sin ñoñerías, pero sin ninguna morbosa delectación. Se trata de un equilibrio magistral, ejemplar. Cuando tiene que cambiar de registro y la historia se adentra —con pies descalzos— por lo sobrenatural, el secreto se disuelve en una sobrevenida insignificancia. Se enciende el misterio, y la escritora hace la transición sin que le tiemble el pulso. El temblor existe, sí, pero es el de nuestra alma a flor de piel. Decía el poeta **A. E. Housman** que, al final, la única prueba definitiva de la calidad de un texto literario era la piel de gallina. Y esta novela nos la pone.

No era fácil, por lo duro del secreto y por lo hondo del misterio. En unas manos menos expertas, el relato hubiese naufragado en esa contradicción extrema. A lo que hay que sumar su explícito mensaje religioso y, todavía más difícil, descaradamente provida. Los personajes, a pesar de tanto velo pudoroso y tanto silencio ante el misterio, se permiten este diálogo inusitadamente claro: “Así que piensas tenerlo”, le dice una “amiga”. Y contesta Elena: “Naturalmente. No voy a matarlo”. También zanja con contundencia los consabidos argumentos socioeconómicos: “Tener un hijo siempre enriquece”. Quizá esta conversación suponga la línea en la que se acaban los secretos y comienzan los misterios.

Salisachs salva las fronteras y las contradicciones. Quizá porque hace pie firme en la perfecta naturalidad de la relación materno-filial. Ahí, aunque hay silencios, no hay ni secretos ni misterios. Por seguir el juego propuesto por Carlos Pujol, yo más que *La búsqueda* hubiese titulado al libro *El encuentro* o *Los encuentros*, porque hay varios. Aunque el mejor título es el que tiene: *El cuadro*, que salió redondo. 



“En unas manos menos expertas, el relato hubiese naufragado, pero a Salisachs *El cuadro* le salió redondo”

MILITANTE POSTURA PROVIDA. A la vez que celebramos los quince años de la novela de Salisachs, hemos de alegrarnos de la traducción de un libro de relatos de Marisa Maderi (Fiume 1938 - Trieste 1996): *María y otros relatos* (Minúscula, 2021). Comparten ambas la delicadeza de sus respectivas voces femeninas sin afectación ni impostura, pero, sobre todo, la militante postura provida. El relato de Maderi *El ángel con alas* es como para que este Gobierno abortista lo prohibiese. Pocos textos tan inocentes y alegres, pero, en efecto, después de leerlo resulta difícil defender el aborto. Todavía son más asombrosas las similitudes entre *El cuadro* y el relato que da título al libro de Maderi, *María*, aunque en este pesan, por desgracia, mucho más los secretos que los misterios. Por eso, el final de uno es tristísimo; y el de Salisachs es radiante. Esa es la diferencia, pero las autoras comparten dos elementos esenciales: el reconocimiento de la sacralidad de la vida desde su inicio y la convicción de que ni la dignidad de las mujeres ni sus derechos son rivales del feto, sino sus defensores últimos y sus primeros beneficiados.

Miguel Delibes. ÚNICO ENGAÑO

La conmemoración de 40 años desde la publicación de *Los santos inocentes*, de **Miguel Delibes**, sirve de excusa para cuadrar el balance literario de este profesor de Derecho Mercantil. Su narrativa, tan estremecedoramente verdadera, se funda en un hábil trampantojo: parece sencilla y es, sin embargo, brillante en lo estilístico y compleja en lo psicológico.

EL MITO de la simplicidad de su prosa parece representado en su estatua conmemorativa en el Campo Grande en Valladolid. Un arrebujaado **Delibes** con gorra, abrigo y bufanda a pie de calle, con un periódico en la mano, comparte espacio público con un excitado **Zorrilla**, que se erige majestuoso y gesticulante en un alto pedestal, dando nombre, él solo, al Paseo de Zorrilla. En realidad, ambos escritores vallisoletanos representan a la perfección sus papeles. El poeta romántico por las nubes, el novelista contemporáneo al paso de la calle y de su gente.

Tan al paso que sus libros fueron lectura obligatoria de los escolares, especialmente *La sombra del ciprés es alargada* (1948) y *El camino* (1950). Quizá eso haya contribuido al mito de novelista fácil, junto con su identificación total con la tierra castellana y sus anchos espacios diáfanos. Esta identificación es tan plena que el novelista, que había escrito un ensayo titulado *USA y yo* (1966), cuando trata de su tierra se funde con ella y titula el libro: *Castilla habla* (1986).

Contribuye al mito de la claridad una famosa anécdota. **Joaquín Garrigues** le pidió un prólogo a un libro en el que recogía unas conferencias. Delibes le respondió que no se veía capaz de escribirlo, pero sí de afirmar que él se enamoró del arte de

la escritura en las páginas del *Curso de Derecho Mercantil* de Garrigues. Alabó su precisión del adjetivo y la riqueza de las comparaciones. Era un homenaje sutil a **Stendhal**, que había dicho que aprendió a escribir con el código de derecho civil napoleónico, sin descartar el amor de Delibes por la exactitud y por llevarle bien los intercambios comerciales a la realidad.

En sus libros abundan los hombres cabales, de una pieza, serios, a los que se valora especialmente por el trabajo, la constancia y la tenacidad. Con las mujeres suele gastar una mirada más tierna, como con la infancia.

Sin embargo, hay mucho más, no nos llevemos a engaño. Si alguien quiere comprobar empíricamente el dominio del idioma y las técnicas narrativas de Delibes, puede acudir al primer capítulo de *Cinco horas con Mario* (1966), un prodigio descriptivo a ráfagas impresionistas, a ratos costumbrista, a ramalazos psicológico y con un talento siempre a raudales, con un ritmo sincoado. Ese talento sale a relucir en todos sus libros, aunque sin alardes.

El magnetismo que produce su prosa es la mejor prueba de que estamos ante un escritor grandioso, del que no podemos permitir que su trabajadísima transparencia nos engañe ni nos lo minusvalore. Su sensibilidad con el lenguaje y con los seres humanos nos mejora. 



Ilustración: Rikki Vélez

Sobre Fondo gris

Miguel Delibes demuestra una sensibilidad afinadísima para uno de los temas más difíciles y más necesarios por la cuenta que nos trae: el amor conyugal. Frente a la frescura del amor adolescente o la fuerza del amor pasional o el brillo del amor a primera vista, el amor conyugal está lleno de matices, de sutilezas, de honduras, de silencios y de misterios. Aparece en muchos libros de Delibes, pero en ninguno más a fondo que en *Señora de rojo sobre fondo gris* (1991). La novela tendría que estudiarse en los cursos prematrimoniales. Muestra cómo los esposos se enamoran de aspectos que, a los ojos ajenos a la relación, pueden parecer hasta irritantes; mientras que hay virtudes admirables para las que son ciegos. También los celos tontos, las manías pequeñas, los secretos menores, los apoyos invisibles y hasta los enfados momentáneos juegan un papel fundamental y entreverado de pena y gozo. Ya ven: una novela excelente que es, de paso, un manual matrimonial.



De izq. a dch., los poetas de Adonáis Julio Martínez, Marcela Duque y Mario Quintana

Adonáis, PREMIO PARA TODOS

El **Premio Adonáis de Poesía Joven** ha cumplido 75 años. Es el premio más antiguo del panorama español y, paradójicamente (o no) y por antonomasia, el de los poetas jóvenes. Sin la colección homónima, con más de 670 títulos, no se puede entender la historia de la poesía española contemporánea, ni su presente. Ni su futuro.

LA COLECCIÓN y el Premio Adonáis deben su nombre al título del poema que **Shelley** dedicó a **John Keats**. Han sido fieles al lema clásico: “*Nomen omen*”, pues han cumplido todas las sugerencias que se desprendían de tan excelso y exigente nombre.

Siendo John Keats el símbolo del poeta joven y genial, el premio se ha concentrado en premiar a poetas jóvenes. Su ejecutoria en este campo es impresionante. Quizá el epítome se alcanzó cuando premió *Don de la ebriedad* (1953), un libro magistral de un jovencísimo **Claudio Rodríguez** de 17 años. Pero también nos descubrió a **José Hierro**, a **Francisco Brines**, a **Ángel González**, a **José Ángel Valente**, a **Eloy Sánchez Rosillo**, a **Aurora Luque**, entre muchísimos otros.

Por otro lado, el guiño de la España de los cuarenta a la poesía inglesa resultaba significativo. Proclamaba una vocación internacional que se ha mantenido viva con la publicación de insignes traducciones. Son memorables la de **Roy Campbell** (1958) por

Aquilino Duque y la de **G. M. Hopkins** (1984) por **Emilio del Río**, entre otras. Últimamente nos ha descubierto al polaco **Jan Twardoski** (2009) y al brasileño **Mario Quintana** (2019).

Otra evocación del nombre a la que ha sido fiel la colección es a un romanticismo con resonancias clásicas. Se han publicado libros de todas las tendencias estéticas –ninguna de importancia en los últimos 75 años ha dejado de estar representada–, pero prima el equilibrio entre el sentimiento y la claridad, y entre el respeto a la tradición y la atención a la vanguardia. Pura herencia Keats, si se piensa.

El mismo diseño de la colección es una fidelidad más: sobria, elegante

“Toda tendencia estética importante de los últimos 75 años ha estado representada”

y muy reconocible. Los libros llevan en cubierta la imagen de la estatuilla de **Venancio Blanco** que se entrega al ganador del Premio; y un característico juego a dos tintas. El formato es pequeño. La letra limpia. Hay un no sé qué juanramoniano. La poesía no necesita más.

Sí necesita más, perdón; pero Adonáis lo tiene: lectores atentos. Si usted quiere formar parte de este selecto club y darle una oportunidad a la poesía, le recomiendo tres “adonáis” para cubrir todas las facetas de la colección. *Gloria* (2016) de **Julio Martínez Mesanza**, como ejemplo de los libros de autores consagrados que también publican. Como muestra de un premio, *Bello es el riesgo* (2019) de la colombiana **Marcela Duque**, que nos recuerda la atención de Adonáis a las dos orillas de nuestro idioma; y como traducción, la reciente de Mario Quintana, una delicia de poeta brasileño que reta desde el título a todos sus lectores. *Intenta olvidarme*, se llama. Quienes le lean, no lo conseguirán. 

Reforzamiento positivo

¡Qué cantidad de poetas excelentes de la poesía española fueron Premio Adonáis cuando muy jóvenes! Naturalmente, el primer mérito es de los propios autores noveles, que se presentan a este premio con preferencia. Luego está la labor de los jurados, que afinan. Pero hay otros motivos, que nos pueden dar algunas lecciones más allá del

campo poético. Recibir el Premio Adonáis convence a los jóvenes ganadores de su propio talento, lo que les incita a hacer todo lo posible por sacarle partido. Esa fe es esencial; y, además, va acompañada por la esperanza de las editoriales y las revistas literarias, que apuestan por el desarrollo de la carrera de los poetas (ganadores o accésits, lo mismo da) que recibieron el Adonáis. El premio facilita el trato y la amistad con ganadores de años

anteriores. Esa compañía intergeneracional abriga y alienta las nuevas trayectorias. No todos hemos podido ganar un Adonáis y son pocos los que escriben poesía, pero esta lección de fe en la propia vocación, de trabajo consecuente, de la importancia de sentirse parte de una comunidad y de la necesidad de asumir la responsabilidad del propio mérito, vale para todo. La luz del Adonáis alumbra los versos, pero también las vidas.

Hispanidad, la nueva Atlántida

En un mundo globalizado donde los actores principales solo pueden ser grandes bloques geopolíticos, la Hispanidad emerge como una Atlántida de esperanza. O, si prefieren, una “Iberosfera”, que incluye a Portugal y Brasil. Con un nombre u otro, es –tanto en su larga historia como en su hondo futuro– uno de los temas de nuestro tiempo.

SEÑALADAYA la importancia política del bloque iberoamericano en la política del futuro y repasado aparte el gran momento bibliográfico que vive hoy esta cuestión, propondremos aquí su lectura principal: *La defensa de la Hispanidad* (1934) de **Ramiro de Maeztu Whitney** (Vitoria, 1874; Madrid, 1936). Tiene el acierto de recoger la tradición de pensamiento hispánico sobre la cuestión (**Menéndez Pelayo**, **Donoso Cortés**, **Francisco de Vitoria**...). Y a la vez, darle una lectura actual, más allá del siempre necesario repaso histórico. La idea de la “Hispanidad”, enarbolada en Argentina por el vizcaíno **Zacarías de Vizcarra**, le resulta tan atractiva como útil. Mejor que “raza”, que es concepto radicalmente ajeno a lo español, “Hispanidad” remite, por simpatía, al concepto de “Cristiandad”, de la que se quiere hermana menor.

Dice Maeztu: “No hemos nacido para ser kantianos. Ningún pueblo inteligente puede serlo. Si la chispa de nuestra alma no se identifica con la Cruz, mucho menos con ese vago Imperativo Categórico”. La categoría de su libro, admirado por **Eugenio d’Ors**, **Josep Pla**, **Ortega y Gasset**, **García Morente** y **Azorín**, entre otros, se puede apreciar mejor si se compara con la amplia constelación de libros coetáneos que se encaran con el mismo tema.

Frente a *La raza cósmica* (1925) del mexicano **José de Vasconcelos**, Maeztu tiene un tono más mesurado y un entendimiento más profundo. Vasconcelos se deja llevar por la retórica racial de su tiempo. Otro libro que Maeztu supera es la delicia de reflexiones hispanoamericanas de **José María Pemán**, titulado *El paraíso y la serpiente* (1942). Pemán, exquisito cronista de viajes y finísimo observador político, ve la importancia que el bloque geopolítico de la Hispanidad está llamado a jugar en el futuro, y constata el hondo sustrato de unidad que late entre los pueblos hispánicos por la fe y la lengua. En cambio, le falta esta vez el cuerpo de doctrina que, vigoroso y ameno, despliega Maeztu.

La defensa de la Hispanidad, por tanto, es el libro axial sobre el que gira –pasado, presente suyo, presente

“*La defensa de la Hispanidad* es el libro axial de un tema que ha levantado un continente de buenos ensayos en ambas orillas”



Ilustración: Javier Ugarte

UN TEMA CONTINENTAL

Estamos ante un tema de dimensiones primero atlánticas, luego, continentales y, finalmente, hasta filipino; y vuelta a España. Propongo a Maeztu, pero en los últimos tiempos disponemos de una bibliografía inabarcable, con el brillo del éxito de *Imperiofobia* de **Elvira Roca**; recordando a **Julián Marías**; y sin dejar de lado los estudios de **Gustavo Bueno** y sus mejores discípulos. Tanta y tan buena literatura no puede extrañarnos. A diferencia de los vínculos más que nada comerciales, como su mismo nombre sugiere, de la *Commonwealth*; en la Iberosfera los vínculos son principalmente religiosos y, a renglón muy seguido, literarios. Solo la fe nos ha unido tanto como la lengua común y los grandes autores de cada país que se leen sin fronteras. Desde el fenómeno poético de **Rubén Darío**, renovador de nuestra lírica, como la re-renovaría luego **Borges**, hasta la explosión del *boom latinoamericano*. No puede extrañarnos, por tanto, que la vanguardia de su reivindicación venga de la mano de los libros; y no tanto de los políticos. **Pedro Insúa**, **Borja Cardelús**, **Marcelo Gullo**, **Javier Santamarta**, **Fernando Díaz Villanueva**, **Iván Vélez** y **Stanley G. Payne**, entre otros, han puesto toda la tinta en el asador. Con *España, la primera globalización*, **José Luis López-Linares** los ha filmado y nos ha regalado el documental del momento.

nuestro, futuro de todos– el gran tema político, cultural, literario y religioso de estos pueblos hermanos. Se puede leer mucho sobre el particular (crónicas, ensayos, novelas y poemarios); pero a Maeztu no es posible no leerlo. 

EL AMADÍ de Gaula de mis lecturas quijotescas adolescentes fueron las novelas de **P. G. Wodehouse**. Tras leerlas de claro en claro y de turbio en turbio salí a los caminos de la Mancha de la vida dispuesto con todas mis fuerzas a vivir en una buena comedia. Puede que las cosas luego no me hayan salido tan graciosas, pero me he reído bastante en el interín emulativo. Además, P. G. Wodehouse es una de las mejores puertas a la literatura cómica y, también, un gran educador del propio sentido del humor.

Por eso, aunque la cultura popular lo perciba como un autor secundario, los mejores escritores y críticos lo han tenido siempre en la más alta estima. Lo han puesto por las nubes, entre otros, **Orson Welles**, **Hilaire Belloc**, **Stephen Spender**, el nobel **T. S. Eliot** y **Evelyn Waugh**, que lo conocía con el epíteto homérico de “el maestro”. **Sir Iain Moncreiffe** recuerda la reacción de su profesor **T. H. White**, autor de *La espada en la piedra*: “Una mañana, Tim White entró en nuestra hermosa aula georgiana y anunció: Ayer murió **G. K. Chesterton**. Hoy el gran maestro vivo de la lengua inglesa es P. G. Wodehouse”. El gran filósofo **Rémi Brague** ha dicho de Wodehouse que es “uno de los pensadores más profundos del siglo xx”. ¿Lo dice en broma? Por supuesto, pero completamente en serio.

No ha de extrañarnos. Wodehouse se inserta en la tradición venerable del humor inglés que nos legaron **Chaucer** y **Shakespeare**, y que supieron heredar una sutil **Jane Austen** y un **Oscar Wilde** hilarante. Wodehouse no queda atrás. ¿Qué leerle? Hay quien prefiere los archifamosos relatos (tienen serie televisiva) del mayordomo Jeeves. O las historias ambientadas en el castillo Blandings (también con serie). Mis preferidos son, por razones biográficas, la novela *Guapo*,

WODEHOUSE...

Las novelas de humor son un subgénero muy serio, en el que se cuentan clásicos como el mismísimo don Quijote o su sobrino británico, el *Pickwick* de **Dickens**. Es raro que aún haya quien identifique el humor como una categoría inferior, con la tradición que tiene y la falta que nos hace.

rico y distinguido y los cuentos de *Dieciocho hoyos*; pero con ningún título te equivocas.

P. G. posee una prosa literaria de enorme plasticidad, tan eficaz que, de pura gracia, puede pasar desapercibida. Tiene un don para los aforismos redondos. Véanse: “La tendencia humana a meter el dedo en la llaga es

universal”; “Como tantos actos imprudentes, había parecido una buena idea en su momento”; “Hablemos de algún tema trascendente. Esa brillante invitación tuvo el efecto que suele: exterminó la conversación completamente”.

Terminaré, me temo, con un tema trascendente. En el mundo de Wodehouse brilla la bondad intrínseca de los personajes. **Ratcliffe**, editor de su correspondencia, considera que era esa raíz moral la que daba como fruto su humor. El escritor la compartía: “La mención de las penalidades era, para él, lo peor en mala educación. En tiempos de crisis, la alegría era una virtud vital, incluso patriótica”. El poeta **Auden** observó que las historias de P. G. Wodehouse parecen suceder en un mundo ajeno al pecado original. Yo no diría tanto, pero sí que leerle tiene un efecto redentor en el espíritu. **MV**

“Aunque se perciba a P. G. Wodehouse como un autor secundario, los mejores escritores lo han tenido en la más alta estima”

...Y otros animales. Una vez que uno ha aprendido a reírse y, todavía más, ha entendido el valor moral de la risa, toda literatura humorística es poca. Por suerte, la hay en grandes cantidades y para todos los matices del humor. Mi último deslumbramiento es *El libro de la señorita Buncle* de D. E. Stevenson. Pero cómo olvidar otro de mis primeros descubrimientos, allá en la lejana preadolescencia: *Mi familia y otros animales*, de Gerald Durrell, puesto felizmente de moda por una serie también aconsejable. No todo es humor inglés, que el ibérico también es de pata negra. *La venganza de don Mendo* es ya un clásico. *Don Adolfo el libertino* de Miquelarena es una joya escondida, como *Muerte de dama*, maravilla de Lorenzo Villalonga, con tonalidades más graves, pero igualmente desternillante. *La tesis de Nancy* de R. J. Sender tuvo su tiempo, pero el humor es el mejor conservante de la literatura. Si no quiere renunciar a nada: ni a la profundidad ni al lirismo ni a la preocupación social ni a los otros animales ni, por supuesto, al humor, Wenceslao Fernández-Flórez y *El bosque animado*.

Frankenstein: HAY QUE LEERLO

A bote pronto, empezar a leer *Frankenstein* a estas alturas, más que miedo, da pereza. Tras tantas películas y cómics, creemos conocer al monstruo. Y, además, hay monstruos más reales en la vida. Encima, ¿la novela gótica no ha sido superada por las películas de miedo? Sin embargo, la novela de **Mary Shelley** (1797-1851) es muchísimo más que el tópico y el mito. Me temo que hay que leerla con atención.

GREGORIO LURI explica que la novela *Frankenstein o el moderno Prometeo* presenta tres lecturas superpuestas. La primera, precristiana, que recrea el mito del dios filántropo que traspasa los límites. La segunda, moderna, que alerta sobre los peligros de un exceso de esperanza en la técnica. La tercera, posmoderna, que habla sobre la relación entre virtud y felicidad.

Después del nazismo y el comunismo, la rebelión contra la divinidad sabemos a lo que lleva. Tras la bomba atómica, no necesitamos tampoco que nos avisen de los riesgos de la ciencia. Hoy miramos de soslayo a la inteligencia artificial. En cambio, metidos en el maremágnum posmoderno, su lectura nos presenta otros interrogantes imprescindibles. También son los que más interesan a Luri.

La criatura creada por el Dr. Víctor Frankenstein –imbuida de filosofía rousseauniana– exige que le hagan feliz como condición previa para ser bueno: “Yo era bueno y cariñoso –dice–; el sufrimiento me ha envilecido. Concededme la felicidad, y volveré a ser virtuoso”. Eso subvierte el pensamiento clásico, que sostiene que la virtud es la fuente de la felicidad. Pero el monstruo sigue erre que erre, tirando incluso de un victimismo de rabiosa actualidad: “¿Cómo podré conmovérselos? ¿No conseguirán mis súplicas que

os apiadéis de vuestra criatura, que suplica vuestra compasión y bondad? Estoy solo. Me has hecho más desgraciado de lo que me es posible expresar. ¡No me has dejado la posibilidad de ser justo contigo! Soy un malvado porque no soy feliz”.

El derecho a ser amados

El doctor Frankenstein vacila, como el lector actual. ¿No tiene derecho el monstruo a la felicidad? La actual sociedad terapéutica proclama que sí. Ese es el dilema de Mary Shelley. Pero entre la prioridad de la virtud y la dependencia de la felicidad, se alza la respuesta cristiana, que es la que el monstruo necesita, y nuestra sociedad también. La autora no la destaca, supongo, por su ateísmo. Verdad que la virtud a veces no conduce a la felicidad, pero nadie tiene derecho a ser feliz.

“Frankenstein subvierte el pensamiento clásico y exige que le hagan feliz como condición previa para ser bueno”



LA NECESIDAD DEL PADRE

La experiencia familiar de Mary Shelley no fue buena, y se refleja en sus obras. Su madre había muerto durante el parto, y los personajes de *Frankenstein o el moderno Prometeo* han perdido a su madre. Frankenstein, Elizabeth, Walton, los De Lacey, Safie, todos la pierden siendo niños. La relación de Shelley con su padre tampoco fue buena, y la joven novelista –que escribió el libro con 18 años– vuela esa herida en su libro. La falta de unas relaciones familiares normalizadas está detrás, subrepticamente, de la tragedia. El padre del joven Frankenstein le dice a su hijo que mientras cumpla con sus deberes filiales no tendrá problemas; pero no los cumple. Menos aún cumple sus deberes como “padre” de la criatura monstruosa, de la que se desentiende con asco, a la que niega incluso cuando podría salvar otras vidas si confesase su creación y a la que no puede dar amor ni tampoco cuidados. El egoísmo disfrazado de filantropía, la libertad confundida con la irresponsabilidad, la felicidad propia como excusa universal... El verdadero monstruo de Mary Shelley eran esos hábitos pre-posmodernos, que ahora están entre nosotros.

A lo que de verdad tenemos derecho todos es a ser amados. A la criatura de Frankenstein le falla el amor de su creador. Lo que nunca nos falta a los hombres, si lo buscamos en Dios. Shelley eso tal vez no podía entenderlo, pero sí que echa en falta profundamente el amor familiar. 

AMOR Y AMISTAD

CUANDO SE publicó en 1970 fue un inesperado *bestseller*, pero ahora es un indiscutible *longseller*, que es lo que importa. Han hecho una obra teatral, una versión *bestseller*, cinematográfica (titulada en España *La carta final*, con **Anne Bancroft** y **Anthony Hopkins**), un episodio de una serie de TV (*Play for Today*), un musical de Broadway e incluso un videojuego.

Su autora es **Helene Hanff** (Filadelfia, 1916 – New York, 1997), una escritora que no termina de salir de la casi pobreza, pero que ama los libros. Establece una relación epistolar con una librería de viejo en Londres. No es una novela. El libro recoge las cartas que realmente se cruzaron entre Helene Hanff y el personal de la librería, especialmente **Frank Doel**.

Un principio compartido
Hablan mucho de libros, dejando, como quien no quiere la cosa, varias

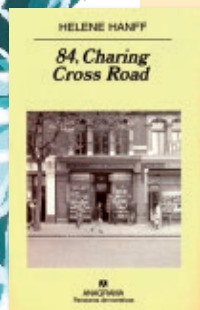
lecciones sobre lectura y bibliofilia. ¿Un ejemplo? Dos caras de la misma moneda: Hanff no concebía comprar ningún libro que no hubiese leído antes y que no desease tener con ella toda la vida y, en justa correspondencia, no comprendía el tabú de no tirar incluso a la basura los libros pésimos, aunque vengan encuadrados en tapa dura. ¿Dónde mejor podrían estar?

Sin embargo, además del amor a los (buenos) libros, el otro protagonismo

“Hanff no concebía comprar ningún libro que no hubiese leído antes y que no desease tener con ella toda la vida”

lo tiene la amistad que vemos nacer y crecer ante nuestros ojos, a veces empañados de una emoción casi inexplicable. Resulta maravilloso ver cómo los sentimientos se van ahondando y ensanchando gracias a la compartida bibliofilia, al sentido del humor de ambos y a la compasión. Hanff, que no tiene dinero, manda alimentos a los libreros para ayudarles a soportar el racionamiento de la posguerra.

Desde fuera, puede quedar la duda de si el libro lo tendrían que haber firmado todos los corresponsales, que además de Helene Hanff, son varios trabajadores de la librería y otras relaciones. En realidad, no, porque es el tono de Hanff –su gracia, su desenfado, el contraste entre su pobreza y su amor por los hermosos volúmenes y su implícita tragedia personal– lo que da a este libro su naturaleza de pequeña obra maestra. 



LA JUSTICIA POÉTICA

La paradoja la puso de relieve la misma **Helene Hanff** cuando asistió en Nueva York al estreno de la obra teatral inspirada en el libro que recogía su correspondencia con los libreros de Marks & Co. Había estado años escribiendo obras de teatro que nadie quiso llevar a escena y ahora llevaban a las tablas una obra sobre sus cartas en la que ella no había intervenido ni en la adaptación. En realidad, toda su

vida estaba destinada a este éxito digamos que al sesgo. Con excelente autocritica ella había confesado que era muy buena haciendo diálogos pero que no sabía montar historias. En las cartas, dialogó magistralmente, y la vida se encargó de montar la historia. También hubo justicia poética en esto. A Helene no le gustaba la ficción: “Jamás he conseguido interesarme por cosas que sé que jamás les ocurrieron a personas que nunca han existido”. Con

Charing Cross 84 nos interesamos muchísimo con las cosas que les ocurrieron (y con las que se les ocurrían) a personas que felizmente han existido. Yo, sin embargo, no vería el éxito de *Charing Cross 84* como una ironía del destino, sino como un regalo de la Providencia, preparado magistral y pacientemente por Dios. Toda la vida de Helene Hanff apuntaba a esta maravilla literaria que tanto nos emociona y tanto bien nos hace.

Los sobrinos del *Tío Vania*

Chéjov es el tapado de la literatura rusa. **Dostoievski** y **Tolstói** son los incontestables; **Pushkin**, el exquisito; **Mandelstam**, el hondo; y **Vodolazkin**, el autor revelación. Chéjov es una cumbre que puede taparnos su propia sencillez y bonhomía, como si necesitásemos rayos (Tolstoi) y truenos (Dostoievski) para asombrarnos de la altura de un pico. **Nabokov**, otro grande, no tenía dudas: “Quien pusiese por delante de Chéjov a cualquier otro autor no entendería nunca la literatura rusa ni, probablemente, la universal”.

EL SIEMPRE añorado crítico **Pedro de Miguel** advertía: “No es costumbre contemporánea leer teatro, pero muchos dramaturgos resisten bien una lectura atenta y brindan un ejercicio reconfortante”. No había que entretenerse en prolijas descripciones de ambientes, como en las novelas. En el teatro se va a lo esencial: la trama, las relaciones humanas y la profundidad del alma humana.

Chéjov es paradigmático, por lo bien que se le lee y por cómo va a lo hondo. Gracias a una paradoja que ha señalado **Nabokov**: “Ningún autor ha creado con menos énfasis tan patéticos caracteres”. En parte gracias a un estilo sencillo secretamente cuidado, como demuestran los estupendos avisos literarios que reunió en un libro muy recomendable para todo joven con vocación literaria: *Consejos a un escritor*. Y en parte porque su obra transparenta el vuelo de un alma herida, quizá por la pobreza inicial, por la enfermedad, por la falta de tiempo, por el mismo talento y por su vocación doble: a la literatura y a la medicina.

De esta última confesaba que era su legítima esposa, y la literatura, la ilegítima. Tan médico era que puso de nombre a sus perros Bromuro y Quinina. Decía que ambas vocaciones se molestan una a la otra, pero no lo suficiente para excluirse mutuamente y que “el

proverbio de las dos liebres nunca quitó el sueño a nadie como a mí”. Ese proverbio es la versión rusa de nuestro “Quien mucho abarca, poco aprieta”.

Tío Vania, siempre actual

Sus cuentos no son apretados: son dulcísimos. En *Tío Vania*, en cambio, toca el meollo del corazón humano. Su tema es que el sacrificio sin sentido se convierte en una locura, y el sentido sin sacrificio es una traición. Si no se cuida con esmero ese núcleo de la existencia que es la vocación, todo se desmorona, hasta el amor más desinteresado.

Andrés Trapiello se preguntaba en el prólogo de su traducción de *Tío Vania* dónde reside la extraña modernidad de esta obra que no deja de editarse y de la que se han hecho espléndidas adaptaciones cinematográficas. (Recomiendo vivamente la de **Ian Rickson** y **Ross MacGibbon**, de 2020.) La obra es valiosa e inquietante:

“Chéjov diagnostica la enfermedad de nuestra época y rectea le medicina: vivir con seriedad y sentido vocacional”



Ilustración: Javier Ugarte

Intelectuales, cuidado

Chéjov apela a la vocación de cada cual (médico, agricultor, ama de casa) y advierte: “Si cada hombre hiciese todo lo que puede en su pequeño trocito de tierra, qué maravilloso sería el mundo”. Pero en *Tío Vania* concentra sus críticas en el falso, fatuo intelectual, que ha estado viviendo a la sopa boba, sin exigirse seriamente. De él dice el *tío Vania*: “Yo estoy loco, pero en cambio los estafadores como el profesor, que se han pasado la vida dando el pego bajo su máscara de sabios, sin el mejor talento y de una estupidez probada... Veinticinco años plagiando aquí y allá las ideas de todo el mundo [...] ¡Y qué humos! ¡Y qué pretensiones!”. Por este profesor, cuñado suyo y padre de la deliciosa Sonya, ambos se han privado de todo para mandarle toda la renta. Pero él se ha dedicado a labrarse una fama hueca y a defraudar a los que se sacrificaban por él. Ese fraude desencadena otros fracasos y frustraciones. No es una obra alegre, ciertamente, pero sí un aviso de hasta qué punto la felicidad de muchos depende de nuestra autenticidad profesional y personal.

la belleza que desata pasiones a su paso, la desidia, un egoísmo puesto en escena, la bondad, la religiosidad sencilla... Pero la modernidad de *Tío Vania* estriba en que una época como la nuestra, que tiene un malestar difuso y contagioso, encuentra que Chéjov le diagnostica la enfermedad y le receta la medicina: vivir con seriedad y sentido vocacional. 

Manuales de CABALLERÍA

En la Edad Media se escribieron guías del buen caballero (o dama) que, bien leídas, pueden aplicarse ahora con más (y mejor) provecho que una biblioteca de libros de autoayuda.

TENEMOS UNA visión de la nobleza demasiado dieciochesca: pelucas empolvadas y una dieta a base de pasteles. O un decorado de Downton Abbey. Lo cierto es que en la Edad Media pesaban más las obligaciones que los privilegios, la exigencia que la exuberancia y la conducta ética que las maneras manieristas, tal y como lo demuestran estas tres guías sin mancha.

Alabanza de la nueva caballería, de san Bernardo de Claraval.

En esta obra inaugural, san Bernardo, nada menos, escribe una primera meditación para los recién fundados caballeros del Temple. Les explica su vocación de monjes-soldados. Han pasado nueve siglos y, sin embargo, su apelación a la santidad de la lucha por la justicia y la verdad no ha caducado. Ni su necesidad. **Santo Tomás** se suma: “Hay que alabar la fortaleza porque sirve a la justicia”.

Libro de la orden de caballería, de Ramón Llull. El segundo libro es también de un autor principal. Si el primero lo escribió un santo, el segundo un beato, que además fue filósofo, y, antes, un caballero con todas las de la ley. Sabe de lo que habla. Es una lectura ligera y honda, motivadora.

Libro de caballería, de Godofredo de Charny. Otros cien años, y la caballería como si nada. A Godofredo se le conocía en Francia y en toda Europa como “caballero verdadero y perfecto”. Fundador de la

Orden de la Estrella, era el portador de la oriflama y el primer propietario conocido de la Sábana Santa. Este manual es el más técnico de todos, en parte porque lo escribe un caballero en ejercicio, que considera la caballería como una vocación ascética específica de los laicos.

Nobleza de alma

Lo más llamativo es que las tres obras coinciden en una misma idea que las cruza de arriba abajo: lo importante no es la nobleza de sangre, sino la del corazón (que bombea la sangre). La clave está, por tanto, en la nobleza de espíritu. “El que hace más, vale más”, repite como un estribillo o una letanía **Godofredo de Charny**.

Esta nobleza del alma sería la categoría, y las sucesivas noblezas históricas (los aristócratas griegos, las familias senatoriales romanas, los jefes godos, los caudillos altomedievales, los cortesanos modernos, las élites contemporáneas, etc.) son concreciones del



ideal adaptadas a sus circunstancias históricas. Asombra verlo expuesto con tanta claridad ya en los manuales medievales.

Dice **Ramón Llull**: “La caballería en ningún lugar está tan a gusto como en la nobleza del corazón [...] ese tal caballero [el que no cumple su oficio] es más vil que el sastre o el cornetín que sí siguen su oficio”. **San Bernardo** había recordado a los caballeros del Temple que lo esencial era el alma. El caballero Godofredo de Charny, ya en el siglo XIV, no considera digno de ser caballero a quien no es un buen profesional, leal y generoso. “En consecuencia, el caballero que no tuviese ojos para ver a los desvalidos ni corazón para preocuparse de sus necesidades, no es caballero verdadero ni está en la orden de caballería”, concluye Llull. La caballería está al servicio de la verdad, de la justicia y de los desfavorecidos. Estas lecciones llegan intactas a don Quijote, aunque él termine hecho polvo por defenderlas. 

Tres lecciones para nuestros días

Los tratados medievales de caballería son muy breves, porque importa más la práctica que la teoría. Se trata de llevarlos corriendo –galopando– a la vida. Pero leyéndolos aprendemos tres lecciones. Primera: aunque hayan cambiado las circunstancias, el ideal caballeresco sigue estando al alcance de quien aspire a la limpieza de corazón y a la fortaleza de ánimo en la defensa del bien, la belleza, la verdad y el auxilio al desvalido. Es fácil, en segundo lugar, percibir el atractivo que tales ideales siguen ejerciendo. Ya se ve en muchas obras de ficción con toques medievalizantes. Algunas son estupendas, pero resulta aún más refrescante beber el agua cristalina de las fuentes más limpias. Por último, es verdad que, como dijo Albert Camus, nuestro tiempo aún está buscando a sus aristócratas. Una manera de encontrarlos es ver qué pedían a los postulantes los mayores expertos de los grandes siglos del esplendor de la caballería. Coincide con lo que hemos de exigirnos hoy a nosotros mismos.

Fajarse con *Saavedra*

Si **Diego de Saavedra Fajardo** (1584-1648) hubiese nacido francés, inglés, incluso italiano o, al menos, catalán en vez de murciano, lo tendríamos hasta en la sopa. Con independencia del agravio comparativo, hay que leerle por placer y por afán de conocimiento, no sólo por patriotismo. El pensador español es un tratadista político de primera magnitud, un gran escritor y un católico de la cabeza a los pies. Tan ameno y citable como **Montaigne**, tan curioso como **Bacon** y tan sagaz como **Maquiavelo**.

CON LA lectura de **Saavedra** hay que fajarse sabiendo que su obra magna, *Empresas políticas*, es, en realidad, un manual de poder y política dedicado al joven príncipe. Se le entiende muchísimo mejor si no nos alejamos de su pulso pedagógico. Está dividido en 100 empresas –como la *Divina Comedia* en 100 cantos– que son 100 lecciones prácticas, precedidas por un precioso emblema con un *motto* prácticamente nobiliario. Si en el último número dedicamos esta Biblioteca imprescindible a hablar de los manuales de caballería, su continuación natural es este libro de Saavedra Fajardo que expone el comportamiento del príncipe como un caballero cristiano, a la vez recto y eficaz.

Siempre defendí que su valor de fondo radica en el empeño de

“Saavedra sabía de lo esforzado de cumplir con la moral católica en los procelosos mares de los intereses coyunturales”

Saavedra Fajardo de conjugar la compleja práctica política con la diáfana ética cristiana. Le echa, desde la fe, un pulso a **Maquiavelo**, sin dejar de reconocer las razones de la sinrazón de Estado, pero sin rendirse. Luego he descubierto que **Azorín** ya lo veía igual que yo con inigualable prosa: “Saavedra –como **Gracián**– fue uno de los canes que ahuyentó a la vulpeja florentina del corral español”. Pero en Saavedra había –como también detecta Azorín– una tremenda tensión latente. Saavedra había sido diplomático y sabía de lo esforzado de cumplir con la moral católica en los procelosos mares de los intereses coyunturales. Esta tensión le da su peculiar sabor y su temple heroico a este ensayo político. También su perenne actualidad.

Su encanto, sin embargo, es mucho más fácil de encontrar y no implica ninguna tensión. Saavedra Fajardo, como **Montaigne**, gusta de poner amenísimos ejemplos y de tirar de las anécdotas históricas para elevarlas a categoría de lo prudencial. Como mínimo, puede leerse como un centón de pequeños relatos. Pero yo no renunciaría a disfrutar de su obra en su trasfondo trágico y noble. El de un católico convencido que quiere, además, ser un buen político que defienda los intereses de su patria. En la superación de



Ilustración: Rikki Vélez

Nos hemos habituado a leer con las pulsiones de la novela y hasta de la novela de intriga. Esos atracones en brazos del suspense, sin embargo, no son la única manera de acercarse a los grandes libros. De hecho, si no practicamos otras formas, nos vedamos el acceso a la mayoría de los clásicos, que requieren una lectura más mesurada, más concentrada y mucho más vertical que horizontal. Así hay que leer a don **Diego de Saavedra**, poco a poco, quizá una Empresa (tres o cuatro páginas) al día. Tiene una densidad conceptual muy al estilo de **Quevedo** o de **Gracián**, por lo que no se puede leer a salto de mata ni en transversal. Otro de sus encantos es una prosa sonora que gana si algunas frases especialmente redondas se paladean en voz alta. Por último, da consejos de gobierno al príncipe. Son clases particulares de política práctica. Lo bonito es que el lector, presidente de la república independiente de su casa o, si lo prefiere, señor del condado soberano de su hogar, se aplique los consejos como si de los de un preceptor particular suyo se tratasen. No es broma: todos gobernamos –o deberíamos hacerlo– nuestras vidas. Lo que don Diego de Saavedra Fajardo propone para los Estados vale para nuestro estado (civil).

esas tensiones, sin renunciar nunca ni a su conciencia ni a la jerarquía de los fines, radica la honda enseñanza que Saavedra nos ha dejado para siempre; y con la que algunos debemos y queremos fajarnos.

CHESTERTON y EL AQUINATE, **irremplazables**



Ilustración: Javier Ugarte

Celebramos este año de una tacada el 750 aniversario de la muerte de **santo Tomás de Aquino** (esto es, de su *dies natalis*) y el 150 del nacimiento de **Chesterton**. Dos fechas redondas para dos autores ídem. Para cuadrar el círculo, un solo libro: *Santo Tomás de Aquino* de Chesterton (Rialp, 2022), con el que podemos sumar ambas fiestas.

EL GRAN tomista **Etienne Gilson**, tras leer el pequeño ensayo chester-toniano *Tomás de Aquino*, exclamó: “**Chesterton** desconcierta. A lo largo de toda mi vida he estudiado a **Tomás** y nunca hubiese podido escribir un libro semejante”.

La génesis de ese libro la conoció muy bien su editora **Maisie Ward**, que contó que Chesterton, para escribir su biografía del Aquinate, apenas hojeó media mañana, cuando ya llevaba medio libro dictado, la montaña de volúmenes que su eficaz secretaria le había comprado en Londres precipitadamente. Luego, Chesterton continuó dictando su libro. En conversación con Gilson, Ward, dudosa de que el elogio que había hecho de este ensayo fuera tal y como sonó, volvió a pedirle su opinión. Él contestó:

“Lo tengo por el mejor libro sin comparación que jamás se haya escrito sobre **santo Tomás**... Quienes durante treinta o veinte años hayan estudiado a *Tomás de Aquino* y tal vez incluso hayan publicado dos o tres volúmenes sobre él, no pueden menos de notar que el llamado ingenio de Chesterton ha eclipsado su erudición. Él ha hecho todo lo que ellos más o menos torpemente buscaban expresar en formulaciones académicas”. No es el único tomista de campanillas

“El periodista inglés nos explicó al filósofo medieval con hondura”

que ha loado el librito de Chesterton. Hay que sumar a **Jacques Maritain**, **Anton C. Pegis**, **Josef Pieper** y **Hans Conrad Zander**.

Conexión entre ambos

Como en las mejores historias del Padre Brown, esto, que parece misterio o milagro o magia, tiene una explicación racional y, todavía más, metafísica. Entre Chesterton y Aquino hay una íntima conexión mental y anímica en el gozo por la Creación y en la acción de gracias. Explica el propio Chesterton: “Aquino creyó en la vida con una convicción más sólida y colosal (...) Uno lo respira, en cierto modo, en sus primeras frases acerca de la realidad del Ser. Si el mórbido intelectual del Renacimiento se supone que dice ‘Ser o no ser: he ahí el problema’, el macizo doctor medieval responde, ciertamente, con voz de trueno: ‘Ser: he ahí la respuesta’”.

En todo lo que existe hay como mínimo un punto de bien que vale más que todo el mal. “En el mundo no hay nada que sea malo totalmente”, había advertido Aquino y glosó incansablemente Chesterton. Por eso el periodista inglés, architomasiano, entendió tan profundamente al filósofo medieval, protochestertónico, y nos lo explicó con tanta claridad como hondura.

La urgencia de Tomás

La filosofía tomista y la dialéctica chester-toniana responden a uno de los temas más sensibles de nuestro tiempo. Postulan el realismo, y un realismo pleno de trascendencia y alegría. Los términos enfrentados de los innumerables debates políticos y sociales de hoy se resumen entre los que sostienen que, en realidad, nada es verdad y los que mantienen que existen la realidad y la verdad. Para los primeros, todo depende de la cultura y la sociedad, o sea, de la imagen y del relato, esto es, de la voluntad subjetiva y de la demagogia que la maneja. El hombre es una tabla rasa donde escribiremos, prometeicos, cuanto queramos. Por otro lado, están aquellos que defienden la consistencia de lo existente, incluyendo las instituciones, las tradiciones o el cuerpo humano. Tomás de Aquino ha hecho la exposición más profunda de la opción realista, ahondando en Aristóteles. Y Chesterton ha demostrado para nuestro tiempo la inagotable capacidad de sorpresa, resistencia y gozo que conserva. Son posiciones irrenunciables.

TAÑERÉ PARA TI: salmos y glosas

De todos los libros del Antiguo Testamento, quizá el más querido sea el de los Salmos. Jesús los citaba tan constantemente que **Robert Spaemann** concluye que “Él es el orante ejemplar del salterio”.

S. STUART PARK subraya “el hecho no siempre reconocido de que las interioridades del alma de Cristo, su ‘biografía íntima’, se revelan en el Antiguo Testamento más que en el Nuevo (por ejemplo, en el profeta Isaías y en los Salmos)”. Natural que dos filósofos católicos del mayor nivel, el alemán **Spaemann** y el norteamericano **Peter J. Kreeft**, hayan escrito sendos libros glosándonos los Salmos.

Un segundo encanto de los Salmos es que están escritos para ser rezados en comunidad. Cantados o, al menos, recitados, con el pueblo haciendo de coro. Esa comunidad, en cada iglesia, se reúne en el espacio, pero también se pueden leer en comunidad en el tiempo, haciéndolo junto a los Padres, teólogos, místicos, poetas y filósofos católicos que los han comentado y rezado a lo largo de los siglos. A eso nos invitan, sumándose, *Meditaciones de un cristiano*, el libro (en dos volúmenes) de Spaemann, publicado en la BAC; y *La sabiduría de los salmos*, de Kreeft, publicado por Homo Legens. Ambos traducidos ejemplarmente por **Fernando Simón Yarza** y **Beatriz Jiménez Castellanos**, respectivamente.

Este sentido de lectura en comunidad en el tiempo viene potenciando por la generosa cantidad de citas que ambos autores, sin ninguna pedantería, prodigan. **Léon Bloy**, **Kierkegaard**, **Platón**, **Von Balthasar**, **Benedicto XVI**...

Se nos cuenta que el salmo 16 era uno de los favoritos de **C. S. Lewis**, y corremos a leerlo con sus ojos. A Peter Kreeft le impactó cuando vio cómo lo tenía de subrayado en su libro de oraciones.

La sana doctrina y la lectura informada logran un equilibrio con el entusiasmo y la oración personal de sendos comentaristas. Ambas lecturas son una fiesta. Spaemann nos confiesa que rezar correctamente el salmo 16, por ejemplo, es tarea de toda la vida, pero él nos ayuda a hacerlo antes y mejor. Spaemann, con todo, es más sistemático y teológico, más germánico, diríamos, mientras que Kreeft es más libérrimo y divagatorio. El primero, en consecuencia, comenta todos los salmos, uno tras otro. El segundo, algunos. “No es este un trabajo de erudición, sino uno de *midrash*”, se explica, refiriéndose a los comentarios libres, bienhumorados, pero también eruditos de los judíos, especialmente de los jasídicos. Es su tradición.

“Los Salmos están escritos para ser rezados en comunidad, cantados o recitados en coro”



POESÍA Y MÚSICA

Los Salmos son poemas. Hemos perdido mucha comprensión lectora de textos poéticos. Todavía con los narrativos nos defendemos algo mejor, pero la poesía empieza a ser una dificultad añadida, a pesar de su belleza, naturalidad y hondura. Ambos comentaristas nos ayudan no sólo a entenderla, sino también a disfrutarla. “En lugar de usar principios abstractos, utilizan imágenes concretas”, se nos explica. Además del amor por lo concreto, encontramos la concentración y la tensión propia de la lírica. En los salmos la oración va oscilando entre la llamada suplicante y la certeza de la salvación, entre la queja y el himno, sin que la contradicción reste coherencia. “Necesitamos más contacto con primitivos como David que con eruditos como nosotros”, dice Peter Kreeft. Entonces es fácil recordar y recomendar un tercer libro sobre los Salmos: el poemario del chileno **José Miguel Ibáñez Langlois**, que siempre veneró al rey David y terminó por dedicarle un libro entero: *El rey David* (Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1998). Esa tensión de los Salmos se hace paz en la oración, como nos muestran sus comentaristas, que nos ofrecen atisbos de su intimidad. Leemos en los Salmos que “la ley del Señor es la partitura de la vida justa”, y los salmos son su música. En estos libros, la “interpretamos”.

Avisa Kreeft que “tenemos un TDH espiritual” y que, a menudo, nos distraemos. Los dos libros son una llamada de atención –delicada, profunda y constante– a la belleza y a la altura de los Salmos. 



Ilustración: Javier Ugarte

El lector de los anillos

J. R. R. Tolkien sigue más vivo que nunca. Sus obras despiertan un apasionado interés, y su influencia es casi ubicua, incluso entre quienes no comparten su catolicismo de fondo. Se nota en productos tan dispares como *Juego de tronos* o *La guerra de las galaxias*. Sus secuelas cinematográficas son poderosas.

más de los mitos mediterráneos de muerte y resurrección, Tolkien defendía que el cristianismo es el mito real, del que todos los demás son anhelos, anuncios y evocaciones.

Gracias a la exposición de esa teoría, propició la conversión de **C.S. Lewis**. Sin duda, entre los propósitos de *El señor de los anillos* estaba encarnarla, de modo que se crease una mitología de raíces católicas, como su autor, pero sin referencias explícitas, como los mitos primitivos. El empeño es fascinante. Quería que *El señor de los anillos* pudiese mirar a los ojos a las otras mitolo-

gías y decirles: “Soy tan mítica como vosotras, y vosotras, aunque no lo supieseis, sois tan cristianas como yo sabiéndolo, ni más ni menos”. Para que nadie le estropee este brillante juego de espejos, trató siempre de bloquear las interpretaciones y las explicaciones demasiado concretas y, como él las llamaba, alegóricas.

Como aquí hablamos de literatura, no quiero dejar atrás un elemento indispensable de su obra que contribuye a su éxito y a nuestro disfrute. Consigue una prosa que evoca a la poesía épica, por sus buscadas resonancias y ecos, por sus repeticiones, por su dominio de los campos semánticos del combate medieval y de la lucha moral –otro juego de espejos–. Si un crítico moderno hace una cata aleatoria, podrá protestar de su lenguaje esquemático y arcaizante. Pero si te dejas llevar del flujo de la historia, pronto descubres su poder encantatorio. Es una hazaña lingüística: lograr poesía épica en prosa. 

¿DE DÓNDE nace un éxito así, sin precedentes? **Tolkien** se propuso revivir el espíritu de la épica en un siglo que la necesitaba como el comer. La ley de la oferta y la demanda podrían explicar su celebridad. Necesitamos aventura, heroísmo, compañerismo, entrega... El profesor de Oxford sabía de lo que hablaba. Era un experto en inglés antiguo y conocía de primera mano los grandes poemas épicos del norte. Tradujo el *Beowulf* y nadie lo ha entendido como él. No se trataba sólo de un hombre con una gran fantasía. Aunque también. Su afición por los cuentos de hadas (en el sentido amplio de **Andrew Lang** y **George MacDonald**) se convirtió en un sesudo tema de estudio, sobre el que arrojó una luz esclarecedora.

Por último, no hay que olvidar el espléndido pulso que le echa a *La rama dorada* de **Frazer**. Lejos de aceptar que el cristianismo no es sino uno

“Tolkien se propuso revivir el espíritu de la épica en un siglo que la necesitaba como el comer”

Cómo Tolkien quería ser leído

Los críticos oficiales de *El señor de los anillos* andan por un campo de minas. Antes que tarde, se encuentran con una prohibición expresa de **Tolkien** para dar una interpretación detallada. Tiene algo de creador gruñón que no quiere que nadie encorsete su obra. También aletea ahí, probablemente, su afición a las adivinanzas, heredadas de su tutor el padre **Francis Morgan Osborne**, que las había traído de España, de su tía abuela materna, **Cecilia Böhl de Faber (Fernán Caballero)**. Pero, sobre todo, Tolkien estaba defendiéndonos a nosotros, los lectores de a pie, casi pequeños hobbits, y a nuestra interpretación personalizada. No quería guías oficiales de lectura ni equivalencias ni alegorías, sino que proponía otro concepto: la aplicabilidad. Cada cual ha de leer *El señor de los anillos* dispuesto a dejarse contagiar del heroísmo, del sacrificio, del coraje y de la amistad; y luego, llevar esas virtudes a la propia vida, esto es, a la Comarca particular. Expuesto así, al lector desprevenido le puede parecer exigente, pero, tras una apasionante lectura, la trasposición sale sola. Nadie vuelve a su casa siendo el mismo después de haber habitado en la Tierra Media.





Dios en la poesía actual

Tiene que ser *poesía*

Para que la poesía actual hable de Dios no solo tiene que hablar de Dios, sino que tiene que ser poesía y, además, actual. O sea, un texto creativo donde el lenguaje de nuestro tiempo dé el máximo de sus posibilidades. Siempre se dijo que, para Dios, lo mejor. Es importante subrayarlo, sin embargo, porque, si en un extremo están quienes piensan que la poesía moderna tendría que ser atea por lo mismo que no tendría que rimar; en el otro, los que creen que todo texto que hable de Dios y esté escrito con buenos sentimientos ya es poético. La poesía religiosa tiene que cumplir los mismos “estándares de exigencia” que la poesía laica, o sea, ser audaz, emocionada, culta y sutil. Aunque una vez cumplidos, el lector y el poeta pueden olvidarse de los estándares e hincarse de rodillas. La poesía, si es buena, elevará su alma en oración; y Dios, que inspiró esa Biblia que guarda entre sus páginas muchos de los mejores poemas de la Humanidad, la oír con una doble satisfacción.

No tendría que chocarnos que los poetas, tan sensibles a la magia del mundo, hablen mucho de Dios, aunque hoy por hoy choca. En este sentido, el poeta brasileño **Mario Quintana** dio el deslumbrante punto de vista del sentido común: “En este mundo de prodigios/ y de la magia de Dios lleno/ lo más sobrenatural que existe/son los ateos”.

HASTA 1970, a nadie en España se le había ocurrido antologar poemas contemporáneos que hablasen de Dios. Pero no porque fuese un asunto (un Asunto) insólito, sino por lo contrario. “Quien habla solo espera/ hablar a Dios un día”, había escrito **Antonio Machado**. Junto al tiempo, la belleza, el amor y la muerte, es uno de los temas eternos de la poesía.

Ese año, sin embargo, **Ernestina de Champourcín** publicó una antología titulada *Dios en la poesía actual* (BAC, 1976), que tuvo algo de sorprendente y hasta de provocativo. No para los poetas. El ya citado **Mario Quintana** había explicado por qué: “Los poetas son los únicos que no pueden hablar contra los absurdos de la religión. Incluso aquellos que se juzgan materialistas

deben sentirse ingenuamente aludidos: la poesía es un síntoma de lo sobrenatural”.

Y a este lado del Atlántico, **Dámaso Alonso** añadía: “Toda poesía es religiosa. Buscará unas veces a Dios en la Belleza. Llegará a lo mínimo, a las delicias más sutiles, hasta el juego, acaso. Se volverá otras veces, con íntimo desgarrón, hacia el centro humeante del misterio, llegará quizá a la blasfemia. No importa. Si trata de reflejar el mundo, imita la creadora actividad. Cuando lo canta con humilde asom-

“La poesía es un
síntoma de lo
sobrenatural”

bro, bendice la mano del Padre. Si se revuelve, iracunda, reconoce la opresión de la poderosa presencia. Si se vierte hacia las grandes incógnitas que fustigan el corazón del hombre, a la gran puerta llama. Así va la poesía de todos los tiempos en busca de Dios...”.

Resultó llamativo, en cambio, para el público, por el prejuicio de que los poetas actuales, como los intelectuales en general, son contrarios a la religión. Como ese falso tópico se ha extendido, aún más asombro han producido dos nuevas antologías últimas: *La luz se hizo palabra* (2019), de **Antonio Praena**, o la muy completa que han publicado en la colección Adonáis los poetas **José Julio Cabanillas** y **Carmelo Guillén Acosta** con el mismo título de la de Champourcín: *Dios en la poesía actual* (Rialp, 2018).

Su índice deja una cosa clara. No están todos los que son, pero casi. Muy pocos poetas españoles de hoy no han cantado a Dios. “Naturalmente –exclamarían al unísono Machado, Quintana y Alonso–, porque son poetas”. 

El canto del puro gozo



Los villancicos son un género literario que inauguraron los ángeles. Los hombres les hemos seguido el compás. Es tan buena nueva la Navidad que no hubo época que no rompiese a cantar de puro gozo y maravilla. En español, desde sus comienzos, no faltaron ilustres continuadores, además de los anónimos (que existen para el Niño, pues Él lleva la cuenta de todos).

De siempre

AQUÍ HEMOS cantado villancicos desde los inicios de nuestra poesía, con **Juan del Encina** y **Álvarez Gato**, o incluso antes, con los villancicos medievales y anónimos. Continuaron en nuestro gran Siglo de Oro con **Luis de Góngora** y con **Lope de Vega**, que los escribió inolvidables: “Reyes que venís por ellas/ no busquéis estrellas ya,/ porque donde el Sol está/ ya no lucen las estrellas”.

De ayer...

Hasta ayer mismo con **Eugenio d’Ors** (“Cuídate de ser Mago/ si no eres pastor”) y **Gerardo Diego** y tantos más. **Luis Rosales**, **Pablo García Baena**, **Alfonso Canales** y **Aquilino Duque** publicaron sus propios libros íntegramente dedicados a la Navidad. Muchos de estos villancicos antiguos y modernos fueron recogidos en una antología titulada *Hoy son flores y rosas* (El Monte, 1995) al cuidado de **Antonio Cáceres**. Ilustrada por el

gran **Ramón Gaya**, ese volumen es hoy un objeto de culto para coleccionistas. Todavía puede encontrarse –aguja en un pajar– en algunas librerías de viejo.



“Todo, a la vera de la cuna del Niño en Belén, se hace canción, alegría, dulzura y esperanza”

Y de hoy...

Numerosos poetas actuales mantienen viva la tradición. No se conforman con el “fum, fum, fum” y el “arre, arre, arre”, que están fenomenal, pero que no tienen por qué copar el repertorio. Escriben uno cada Navidad, generalmente en verso menor y tono juguetón, y con él felicitan a sus íntimos en un *christmas* que también dibujan o diseñan ellos o sus hijos o sobrinos. Se trata de una costumbre privada, pero que ha dado versos tan bonitos que merecieron recogerse en un libro de 2013, titulado *Navidades modernas. Antología del Villancico Actual*, editado en Jerez de la Frontera por **José Mateos**.

Entre los muchos que he tenido la suerte de recibir a lo largo de los años, los hubo de todo tipo. En primer lugar, situaría los *villancicos puros*, que siguen más de cerca la tradición desde un punto de vista temático y también métrico, con versos de arte menor y estribillo, y que hablan del misterio del Nacimiento, como este de **José Julio Cabanillas**, de la Navidad de 1999: “Pesebre/ de fiebre./ Tiritan/ estrellas:/ ojillos/ del Pillo./ centellas./ El burro/ y el buey/ y Curro./ pastor./ pregunta: –¿Quién séis?/ y atranca/ la puerta/ a todo/ el que entra./ Currillo/ –chistando– / pastor: /–Silencio.../ shis... shis.../ Que duerme/ mi Amor”.

Otra línea enlaza con *la infancia* y están las canciones más decorativas como de ambiente navideño, con sus nieves y sus abetos. Nada sobra, ni siquiera la dulce melancolía del paso del tiempo ni la añoranza de los seres queridos. Porque todo, a la vera de la cuna del Niño en Belén, se hace canción, alegría, dulzura y esperanza. 

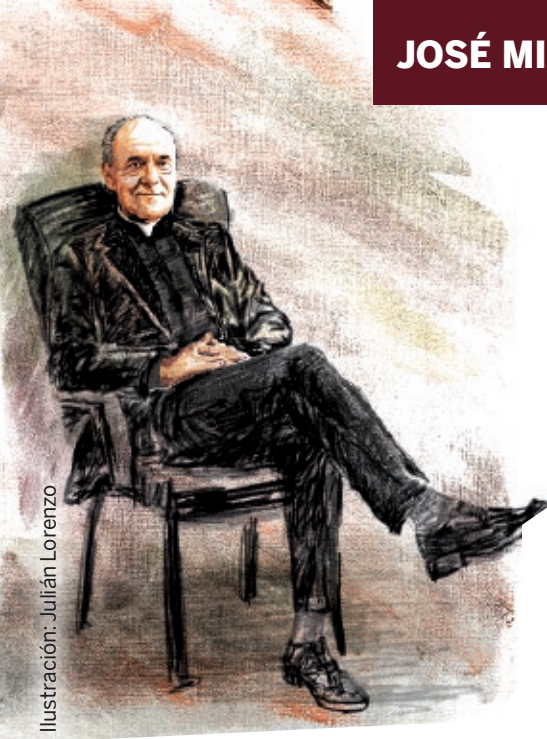


Ilustración: Julián Lorenzo

Además es poeta, ¿y qué?

La poesía de **José Miguel Ibáñez Langlois** (Santiago de Chile, 1936) merece ser mucho más conocida. ¿Habrá pesado en su contra su condición de sacerdote, quizá? Él, desde luego, no la esconde. Su poema preferido, “Oficio”, empieza y termina con estos dos pequeños versos inmensos: “Soy cura / y qué”.

NI ESCONDE ni renunciaría a su condición de sacerdote por nada. Busquemos, pues, otras explicaciones del porqué **Ibáñez Langlois** no es tan conocido como debería. La primera razón es biográfica. No ha vivido ni para forjar su obra ni mucho menos para promocionarla. Tal como relata en el recientemente publicado libro de memorias en forma de entrevistas *Conversaciones*

con J. M. Ibáñez Langlois (Editorial Universitaria, 2015), ha escrito poesía impelido por las urgencias de la inspiración, sacando tiempo que no tenía, pero sin desatender jamás sus deberes sacerdotales. Ya lo había dicho en verso: “Qué son estas palabras / cuando un hombre se salva o se condena. / Qué son todos los libros de este mundo / a las puertas del Cielo y del infierno. / Que Dios me deje ciego / si alguna vez me olvido de su Iglesia / por escribir palabras”. Consecuentemente, en esas mismas memorias, los recuerdos de su labor pastoral o de su vocación al Opus Dei y al sacerdocio ocupan mucho más espacio que su labor poética.

La segunda razón por la que no goza de mayor predicamento es periodística. Ibáñez Langlois ha sido

“Todo lo dispone Ibáñez Langlois para crear una poesía total, compleja”

el crítico de poesía por excelencia en Chile desde las páginas del prestigioso diario *El Mercurio*. Un crítico dificulta la difusión de su propia obra porque genera o bien cierto rencor entre quienes puso mal o bien el pudor entre aquellos sobre los que escribió elogiosamente. Un manto de silencio se cierne siempre alrededor de la obra de creación del crítico.

La tercera razón, y última, es formal. El culturalismo y el coloquialismo se dan la mano en sus versos sin que ninguno predomine sobre el otro, la voz propia y la voces ajenas se unen en un coro sin ahogarse; la subjetividad y la objetividad, la libertad literaria y la coherencia interna, el dogma y la emoción, el humor y la trascendencia, las rimas internas y los versos blancos, la escritura semiautomática y el proyecto unitario, la sátira y la caridad... Todo lo dispone Ibáñez Langlois para crear una poesía total, compleja. Pero que las exigencias de una obra de arte no nos arredren; un poeta (e Ibáñez Langlois lo es en toda la extensión de la palabra) da mucho más de lo que exige a los demás.

Los últimos días de Jesús

De la extensa obra de **Ibáñez Langlois**, el único poemario que se encuentra en las librerías sin dificultad es el *Libro de la Pasión* (Ediciones RIALP, 2015). Por suerte para sus lectores, es el más redondo, aunque yo siento predilección por *Poemas dogmáticos* (1971) y por *Futurologías* (1980). El crítico **Juan Manuel Martínez**, tras un pormenorizado análisis de los aspectos literarios del *Libro de la Pasión*, afirma que “si tuviésemos que quedarnos con uno, como orientador o aglutinador del estilo, elegiríamos el de fuerza poética”. El libro realiza un recorrido a través de los últimos días de Jesucristo, su Pasión y Cruz, intercalando reflexiones y diálogos. Ibáñez Langlois sigue los relatos evangélicos y otros libros piadosos, especialmente el *Via Crucis*, de san Josemaría Escrivá de Balaguer, y *La dolorosa pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, de la beata **Anna Katharina Emmerich**. Conozco a algunos lectores que todas las Cuaresmas leen la *Divina Comedia* o, incluso, el *Quijote*, por lo que tiene de purificación y defensa de la bondad; y a otros que leen, los miércoles de Ceniza, el poema homónimo de T. S. Eliot; pero, sobre todo, conozco a muchos lectores que vuelven cada Semana Santa al *Libro de la Pasión* de Ibáñez Langlois. Si usted hace la prueba, no solo lo entenderá, sino que, probablemente, Ibáñez Langlois pase a engrosar sus ritos de cada Triduo Pascual.



Lady Windermere

UNA PARADOJA WILDEANA

Los que amamos la buena literatura no permitiremos que ni la leyenda negra ni la leyenda rosa de la biografía de **Oscar Wilde** opaquen su magnífica obra, que es donde él quiso quedar. No sólo es divertidísima y estéticamente perfecta, sino cristiana, aunque sorprenda a propios y extraños.

MI OBRA preferida, con el corazón en la mano, es la comedia *El abanico de lady Windermere*. En estos tiempos de cinismo contra el matrimonio, da muchísima alegría el retrato de uno joven, hermoso y profundamente enamorado. Si ustedes odian los *spoilers* vayan corriendo a leerla.

¿Yá? Se han alegrado de leerla ¿verdad? No me extraña porque la obra trata de lo que más reconforta el corazón del hombre: es la historia de una redención. Y, por tanto, tiene un mensaje central absolutamente cristocéntrico.

Nada más empezar, la bellísima lady Windermere, tan joven, se marca un manifiesto reaccionario, reclinándose en el sofá, que es casi otro *spoiler*: “Me mira usted como a una mujer de otros tiempos, ¿verdad? Pues sí, señor, lo soy. Y sentiría muchísimo estar al mismo nivel de un tiempo como éste”. Lord Darlington, que ya sabe

“Podemos salir de la comedia muertos de risa sin ver la parábola que esconde sobre la misericordia y la esperanza”

usted que es el canalla de la historia, defiende este tiempo, claro: “¿Tan malo lo encuentra usted?”. Y nuestra señora de Windermere contraataca con perfecta teología: “Malísimo. Hoy día, todo el mundo parece considerar la vida como una especulación. ¡Pues no es una especulación! Es un sacramento. Su ideal es el amor. Su purificación, el sacrificio”. Toda la acción consistirá en demostrar que, en efecto, el sacrificio es la clave y que el amor es el ideal.



UN MATRIMONIO IDEAL

El abanico de lady Windermere pone en el centro del escenario un matrimonio ideal. Qué sorpresa ahora que casi todas las representa-

ciones conyugales que nos ofrece la cultura son problemáticas, rotas o al borde la ruptura, con engaños y traiciones. Aquí hay un amor como una casa. La comedia nos deja tres enseñanzas esenciales sobre el matrimonio. La primera es que no hacen falta malas intenciones ni tan siquiera imprudencias para que un matrimonio pase por pruebas difíciles y laberínticas. La segunda es que la ingenuidad que acompaña a la bondad es estupenda y, además, singularmente atractiva, pero que no podemos olvidarnos de la otra mitad del consejo evangélico: hay que ser cándidos, sí, como palomas: pero también astutos contra las lenguas bífidas. La tercera lección es que ningún matrimonio nunca es del todo auto-suficiente. Necesita de amigos y de familiares que, con discreción y buen humor, velen con el rabillo del ojo por su felicidad.

La purificación la llevará a cabo Mrs. Erlynne. Acepta el escándalo y la afrenta en casa de otra por salvarla. Se echa sobre los hombros la perdición ajena. Ella es la más inesperada figura de Cristo (paradoja wildeana y, por tanto, verdadera).

Toda la efervescente frivolidad previa y hasta la posterior no son más que la preceptiva discreción: que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha. Y tan bien disimulan **Oscar Wilde** y sus personajes que podemos salir de la comedia muertos de risa sin darnos cuenta de la parábola que se nos acaba de representar sobre la misericordia y la esperanza. ¿O no nos dimos cuenta de cómo ardía nuestro corazón al final de la obra, justo antes del aplauso? (Que el Oscar Wilde del decadentismo y del escándalo se convirtiese al catolicismo en su lecho de muerte, nos parece –tras leer *El abanico de lady Windermere*– lo más natural).



Jane Eyre, HEROÍNA

Cuando te resumen el argumento de **Jane Eyre**, no te imaginas la grandísima novela que, en realidad, es. Hay que leerla, encima, entre líneas, tenuemente. Entonces nos damos cuenta de que estamos ante una **epopeya cristiana de la libertad**. Mientras tanto, por fuera, el argumento también es muy interesante.



¿CUÁL ES el verdadero salto cualitativo entre la gran literatura de los clásicos grecolatinos y la literatura cristiana? La libertad. Lo explica de maravilla **José Enrique Ruiz-Domènec** en *La novela y el espíritu de la caballería* (Mondadori, 1993): “Los ideales, ritos y formas de vida creados por el espíritu de la caballería han hecho de los europeos unos individuos diferentes al resto de los habitantes de la tierra: unos buscadores constantes, tenaces, de la libertad como único ámbito de acción. [...] En esta titánica tarea la novela fue el principal elemento, entre otras muchas cosas porque liberó al europeo del peso de la tragedia clásica, que había encerrado a griegos y romanos en el tiempo circular”.

La imagen más potente de esta idea la había encontrado yo en el cómic de Corto Maltés, de **Hugo Pratt**: en Córdoba, una gitana agarró la mano izquierda de un muchacho, y la soltó enseguida, con desagrado. En la palma no se veía la línea de la fortuna. Era un mal presagio. El chico se dirigió a su casa, cogió tranquilamente la navaja de afeitar de su padre y se cortó la palma, trazando una raya larga, serena y profunda a su gusto. Ahí estaba la plasmación de que el destino, los cristianos nos lo trazamos —con la ayuda de la sombra paterna— a base de voluntad y sacrificio.

Sin tanto tremendismo, un siglo antes, **Charlotte Brontë** nos dice exactamente lo mismo. Cuando una

supuesta bruja va a leer la mano de Jane Eyre se asombra de la levedad con la que están dibujadas en su palma las líneas del destino.

Ella, que es muy aficionada al dibujo, ya las trazará, y las traza, contra viento y marea. Va venciendo uno a uno todos los obstáculos contra nuestra libertad: los condicionamientos del origen, los miedos, los resentimientos y complejos, las coyunturas sociales, las necesidades económicas, la fuerza del amor, la coacción de los ideales abstractos...

“Jane Eyre va
venciendo
uno a uno los
obstáculos contra
la libertad: miedos,
resentimientos...”

En esa batalla desigual que, nueva heroína, libra Jane Eyre por su libertad, sólo cuenta con tres apoyos: una conciencia prístina, una excelente educación y el manto de la Providencia, a la que recurre en sus oraciones y que acude en su auxilio, desde luego. Y entonces la novela hace el más difícil todavía: no sólo nos muestra que somos libres, sino que Dios, lejos de interferir en esa libertad, es su garantía y su garante. 

Un spoiler canónico

Si tanto Jane Reed Eyre como Edward Fairfax Rochester hubiesen sido católicos, la novela no habría resultado tan apasionante, pero sus vidas habrían sido más apasionadas y apacibles. El matrimonio previo de Rochester con la desdichada Berta Mason, que precipita el drama sobre la pareja de protagonistas, no habría sido un impedimento. Es un matrimonio nulo de libro, esto es, de manual de Derecho Canónico.

Rochester se casó impelido por la voluntad de su padre y de su hermano mayor, y todavía hay una causa de nulidad más clara: entre todos le ocultaron la locura de su novia. Se casó obligado y engañado. No se casó, por tanto. No pudo haber matrimonio... católico, aunque en el mundo protestante de la novela, ya vemos la que se lía, por haberse separado ellos de Roma y no tener, en consecuencia, claros los rudimentos de la institución.

La novela nos sirve para certificar la sabiduría ontológica del Derecho Canónico. Todos los lectores sentimos un rescoldo de simpatía hacia Rochester porque en el fondo sabemos que ese matrimonio previo no lo fue. De hecho, la inteligentísima **Charlotte Brontë** se encarga de señalar que, si la locura hubiese sido sobrevenida, entonces Rochester se hubiese sentido casado de verdad. Menos mal que en la novela, la Providencia se encarga de arreglar lo que el cisma había embrollado, y todo acaba felizmente, como tiene que ser.

Un millón de

GRACIAS

Las *gratitudes* de **Delphine de Vigan** suma, como quien no quiere la cosa, otra gratitud más al muestrario de aquellas en las que consiste la novela: la del lector, mejorado, cuando cierra el volumen.

NACIDA EN Boulogne-Billancourt en 1966, **Delphine de Vigan** es una escritora, guionista y directora francesa, formada en la Sorbona. Ha merecido premios como el Prix des Libraires y el Premio Renaudot des Lycéens. Su obra navega entre la autobiografía, como en *Días sin hambre* (2001), y la ficción clínica y social de *Nada se opone a la noche* (2011). Destacan los críticos que su prosa está atravesada por el dolor contenido y la búsqueda del consuelo. Verdad, pero leyendo *Las gratitudes* (Anagrama, 2021), traducción de **Miriam Fernández Valdés**, uno se da cuenta de que, en realidad, todo, también la alegría, el amor y la esperanza, atraviesan su obra de un modo contenido.

Prueba en contra

Estamos ante otra novelista europea que apuesta por la levedad extrema, como **Alessandro Baricco** o como, entre nosotros, **Jesús Montiel**. Hay en el aire una apuesta muy firme por la sencillez. Confieso un prejuicio: me temo que a veces se halaga así a un público que quiere posar de exquisito sin necesidad de leer demasiadas páginas.

Sin embargo, mi prejuicio admite prueba en contra, como me ha pasado con Baricco y con Montiel. **Delphine de Vigan** ha deshecho mi prejuicio

con suavidad. Más como quien desata un lazo haciendo una delicada pinza con los dedos que como quien destroza una piedra a martillazos. Su brevedad es la pulida superficie de mucho fondo que el lector descubre a medida que avanza. Además, el frágil hilo de la novela conjuga muy bien con el tema del apagamiento de la vida y de la memoria. De manera que cumple dos misiones en una y crea crecientes ondas concéntricas en el alma. Lo explícito se conjuga con lo velado, llevando de la mano al lector a una minuciosa atención a lo gestual y a lo tácito.

Para lograrlo, despliega su aguda observación del lenguaje. La protagonista se enfrenta a sus problemas de afasia, sacando de ellos, para empezar, humor; luego, por su parte, la novelista logra una admirable instrumentalización retórica –como quien no quiere la cosa– para mostrar el paso del tiempo y la diferencia entre los sueños y la realidad. Al

“Su brevedad es la pulida superficie de mucho fondo que el lector descubre a medida que avanza”



GRACIAS ENCADENADAS

Si el lenguaje es el secreto protagonista de esta novela, le acompañan en primera línea la vejez, la memoria y, sobre todo, como avisa el título, la gratitud. **Una vida, nos dice Delphine de Vigan, no está bien terminada hasta que ha podido dar las gracias a todos nuestros bienhechores.** La autora no tiene inquietudes religiosas ningunas, pero el mensaje sobre la gratitud deviene trascendente. **Dejando que lo adivinemos, hay otra gratitud implícita. El compromiso moral de hacer prácticamente el mismo bien que te hicieron y, si es posible, multiplicado.** Eso no se dice, pero se hace; y a los lectores –sin que nos lo remachen– se nos mete dentro. Si el tema de la divinidad no aparece en ningún momento, como si viviésemos en un mundo sin dimensión religiosa, **sí hay un grito silencioso a favor de la paternidad y de la maternidad responsable, y un leve hilo de esperanza, que reside en el amor; y que es más fuerte que la muerte.**



final, vemos que la expresión siempre se eleva por encima de las limitaciones del lenguaje. Sin ninguna pedantería, *Las gratitudes* es una gran obra metalingüística. Y escribo “gran” con plena conciencia. Nos anima a hablar bien, a recordar a fondo, a dar muchas gracias. 

POR DONDE SALE EL SOL UNA GRAN NOVELA

La novela de **Blanca García-Valdecasas** (1936-2023), *Por donde sale el sol* (1987), es conocida, aplaudida, incluso reeditada y, sin embargo, está infravalorada aún. No porque sea, como es, una obra de sólidos principios cristianos y los personajes hagan gala de virtudes acendradas sino porque es una grandísima novela... que se lee muy mal. Aquí vamos a explicarla a fondo.

AL EXPLICARLA a fondo llegaremos al final. Por eso, si usted odia los *spoilers* y no ha leído la novela, lo más prudente es que la lea (le encantará) y después vuelva a esta reseña para que comentemos juntos sus impresiones. A mí, generalmente, no me importan los destripes, pero aquí la sorpresa final tiene un valor artístico esencial. Más que prólogo, si me lo pidiesen, yo querría escribir el epílogo.

La novela se nos aparece al principio con una línea cronológica difusa, con una prosa imprecisa, con pequeños saltos de lógica, con ligeros olvidos, con ambigüedades, casi errores y una aparente sencillez. Lo que el lector aún no sabe –y no puede saber– es que todo ese aparente desorden está trabajando para otra cosa. Algo perplejo, sigue leyendo porque García-Valdecasas tiene una visión lírica, porque inserta lo que se dirían relatos levemente inconexos y porque tira de nuestro interés humano por las vicisitudes de la familia protagonista, tan numerosa. El pintor Rogelio Díaz ha perdido a su mujer, Violeta, pero mantiene sus planes de viaje a Chile con los siete hijos del matrimonio. La adaptación al nuevo país no es demasiado complicada (tienen dinero y amigos), pero la novelista nos cuenta muy bien los pequeños contratiempos y las inevitables vicisitudes.

Maquinaria narrativa

Lo apasionante de *Por donde sale el sol* es una maquinaria narrativa compleja y exacta, minuciosa, aunque no se revele hasta el mismísimo borde final. Todos esos pequeños defectos que uno le iba perdonando –por encanto, por confianza, por cariño– resultan no ser defectos. Acaban encajando como complejos engranajes de un reloj puntual. Hay una inesperada fusión del fondo y la forma que sólo una mano maestra puede conseguir. Los despistes, los saltos, las brumas estaban perfectamente justificados y preparaban el ambiente y el desenlace.

Quien habla de que *Por donde sale el sol* es una historia de memoria y nostalgia o de amor dice la verdad... a medias o, menos aún, un cuarto. La novela es un cuento de fantasmas que cumple todos los requisitos del género y los borda. Y además los supera. Comparándola con sus pares, se ve su singularidad. Por la resolución (en

“Hay una inesperada fusión del fondo y la forma que sólo una mano maestra puede conseguir”



Ilustración: Javier Ugarte

LECCIÓN MATRIMONIAL

“Más fuerte que la muerte es el amor”, reza *El cantar de los cantares*. “Nadar sabe mi llama el agua fría”, cantó Quevedo. García-Valdecasas habla también del amor que no muere, pero ella da un paso sacramental. Es la unidad del matrimonio lo que parece no quebrarse ante el morir de uno de los cónyuges. Todos los relatos que se insertan en la novela tienen como invisible común denominador una reflexión sobre alguna dimensión del matrimonio: infeliz, traicionado, negado, anhelado, roto, perseverante, salvífico... El matrimonio invisible hace de eje sobre el que giran tantas otras historias de amor.

los dos sentidos: por el final y también por la nitidez resultante) debería ser tenida por una de las obras cumbre de esta literatura. ¿Cómo es posible que la crítica no haya caído en la cuenta de esta dimensión y se entretenga en hablar de una novela entrañable de memoria y duelo? Quizá porque la paradoja es demasiado luminosa. Es un cuento de fantasmas sin fantasma: con un alma. Y es una novela de ausencia sin ausencia: con una presencia. Es una historia de separación sin separación posible: con unión. Y todo eso no se nos explica: se revela. 

Misión, la revista católica que necesitas

Una **publicación gratuita en papel** donde encontrarás testimonios, reportajes y entrevistas que muestran la belleza de nuestra fe.

Recíbela gratis cada tres meses.

➔ **TESTIMONIOS
CONMOVEDORES**

➔ **REPORTAJES
EN PROFUNDIDAD**

➔ **ENTREVISTAS
INSPIRADORAS**

ESCANEA PARA
ACCEDER A LA WEB:



Suscribirse es muy fácil:



LLAMA AL 900 31 34 34



VISITA REVISTAMISION.COM